



CLARICE LISPECTOR

Cerca del
corazón salvaje

Cerca del corazón salvaje es el intento de construir la biografía de Joana, no el personaje central, sino uno de ellos, desde la infancia hasta la madurez, buscando la verdad interior, estudiando la complejidad de las relaciones humanas, intentando olvidar la muerte, la muerte del padre, que Joana no aceptará jamás. Nadie duda hoy de que la obra de Lispector es una de las experiencias más profundas para expresar temas que nos desbordan: el silencio y el ansia de comunicación, la soledad en un mundo en el que la comunicación ficticia nos abisma en el desamparo, la situación de la mujer en un mundo creado por los hombres. *Cerca del corazón salvaje* es ya, en este sentido, un clásico, y su importancia no hará más que destacarse con el tiempo.

Lectulandia

Clarice Lispector

Cerca del corazón salvaje

ePub r1.0

Titivillus 25.09.16

Título original: *Perto do coração selvagem*
Clarice Lispector, 1944
Traducción e introducción: Basilio Losada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

En la literatura brasileña, tan próxima a la oralidad, tan vinculada a una realidad sociológica y al mismo tiempo tan libre, tan creativa, tan desinhibida, la obra de Clarice Lispector destaca por sus características insólitas. Muy lejos de la oralidad y del folclorismo, se asienta toda su obra en una investigación del lenguaje, de las relaciones humanas y, sobre todo, en un análisis minucioso del alma femenina. No creo que haya en ninguna literatura de nuestro tiempo un ejemplo tan perfecto de literatura de mujer, y quizá nadie ha llegado a una precisión, a veces incluso obsesiva pero plausible siempre, de las posibilidades de la palabra como manifestación de mundos interiores.

Podría pensarse que esta ruptura con la tradición colorista de la literatura brasileña —pensemos en José Lins do Rego, en Jorge Amado— se debe al origen de Clarice Lispector. Ucraniana de nacimiento, aunque de origen incierto, porque su nacimiento en Ucrania fue la consecuencia de la huida de sus padres, judíos rusos, en busca de una tierra de acogida. Ni siquiera el año de su nacimiento nos consta realmente, aparte de lo que de púdica ocultación del yo, tan ávidamente explorado en sus novelas, había en la personalidad de Clarice. Nació, quizá, en 1917, o en diciembre de 1920, como constaba en sus papeles. Tenía dos meses cuando sus padres se instalaron en Brasil: Recife, Río, São Paulo marcan etapas de su integración. No se sintió judía, al menos en el aspecto religioso, aunque algunos críticos, y Antonio Maura en primer lugar, han rastreado en su obra claras resonancias hebraicas. Estudió en escuelas judías, y está enterrada en el cementerio judío de Río de Janeiro. Posiblemente, este judaísmo ni practicante ni concienciado, fue en Clarice un elemento más de la búsqueda de identidad que centra toda su obra. En este sentido, y en su acuciante consciencia de soledad, la obra de Clarice Lispector aparece con elementos sustanciales que la aproximan a Kafka. Despatriados los dos, difícilmente integrados en su entorno familiar, en ruptura con su mundo burgués, hay entre Clarice y Kafka una identidad difusa por encima de cualquier diferencia evidente.

La lengua es el elemento central de su obra. La búsqueda de la precisión analítica en un esfuerzo denodado por sentir suyo un mundo y un ámbito lingüístico al que, sin ser ajena, se sabía solo integrada a través de un aprendizaje trabajoso. Parece ser que en su casa hablaba portugués, incluso con su padre, pero hubo siempre en ella la consciencia de un instrumento lingüístico en cierto modo ajeno y por ello más amado aún. Casada con un diplomático, vivó casi veinte años lejos de Brasil, y estas experiencias de contacto con otras lenguas y con situaciones diversas en su inserción social y cultural, acentuaron la búsqueda de una expresión propia en la lengua que sentía como suya de origen. Era la procura acuciante de una identidad. La lengua como medio para penetrar en una realidad que, en el fondo, apenas siente como suya, pero que ama y sabe, oscuramente, que es la única que le es dada. Habría que ver si

este no es un signo de la creación literaria de muchos judíos en nuestro tiempo. Dice Antonio Maura: «Siguiendo la tradición judía, busca el santuario que cada uno alberga en sí mismo, allí donde habita la divinidad, por medio de anécdotas, de cuentos que sirvan tanto a quien cuenta como a quien escucha. La obra literaria se vuelve así sapiencial o profética, el relato se convierte en un mensaje repetido y recibido como una oración». Clarice dejó dicho que al escribir *Cerca del corazón salvaje* aún no había leído a Kafka. Había, sin duda, entre los dos, un mundo muy hondo de relaciones y coincidencias.

La obra de Clarice se centra toda en la palabra: la palabra entrañada en espíritu de mujer. No es la suya una literatura de mujer calcada sobre los esquemas de la literatura masculina y con intención de transgredirla. El hombre apenas aparece, y no se establecen sobre él juicios ni tácitos ni expresos. El hombre es algo que dispara los elementos centrales del alma femenina para construir una historia que quizá solo pueda ser comprendida enteramente desde una perspectiva que escapa a la mentalidad masculina.

Elena Losada, que ha aportado elementos fundamentales para una adecuada comprensión de la obra de Clarice, nos dice que esta obra aporta percepciones, no hechos; una mirada de mujer, mirada urbana, mirada contemporánea. Y que se centra en la lucha entre la necesidad de comunicación y la tentación del silencio.

Un crítico portugués, Benedito Nunes, definía a Clarice como «una mujer tímida y altiva, más solitaria que independiente». Podría añadirse que fue un espíritu obsesionado por la introspección y por los rincones oscuros del lenguaje, buscando siempre la máxima precisión en el análisis de los estados del alma (del alma de mujer), y preocupada por el fracaso de la palabra como medio de penetrar en la realidad. ¿Influiría quizá en ello todo el misterio de su nacimiento, todo el misterio con el que intentó desesperadamente rodearse, al tiempo que necesitaba acuciantemente la comunicación al nivel más profundo, quizá para sentirse viva?

Su obra, a partir de *Cerca del corazón salvaje* (1944), fue acogida por la crítica y los lectores de Brasil con una mezcla de entusiasmo y desconcierto. Rompía con la tradición barroquizante de la narrativa brasileña, con el desborde idiomático de un João Guimarães Rosa, por ejemplo, y se instalaba incómoda en una introspección obsesiva. A partir de su muerte, en 1977, la obra de Clarice ha obtenido un reconocimiento universal. El reconocimiento relativo que puede obtener una literatura como la brasileña, inmensa y sugestiva quizá como ninguna otra de nuestro tiempo, pero que no tiene entrada en los circuitos del mundo editorial, quizá por su misma peculiaridad.

Desde la consciencia de la radical incomunicación y del fracaso de la expresión conceptual para penetrar en el mundo de las vivencias, Clarice trabaja sobre lo indecible desde una inmensa, desmedida, pasión por la escritura, y renuncia a contar historias para expresar sensaciones. Lo valioso entonces es la escritura en sí, la búsqueda de la consciencia a través del lenguaje. Solo la palabra puede salvarnos de

la contingencia.

Las élites culturales de Brasil vivieron deslumbradas la eclosión de una obra diferente. Hoy, nadie duda de que la narrativa de Clarice Lispector constituye uno de los testimonios más profundos de nuestro tiempo, un intento, quizá sin esperanza, de expresar las contradicciones, los riquísimos matices, el misterio profundo del alma femenina.

Clarice Lispector era tan minuciosa y obsesiva en la plasmación de estados cambiantes de un alma de mujer como en la meditación sobre las raíces de la escritura. Declaraba querer escribir una historia sin fin, que no acabara nunca, algo semejante a la elaboración inconsciente de Joyce. Incluso el título, *Cerca del corazón salvaje*, procede del genial irlandés. Pero hay en Clarice también una obsesión por la claridad, por la comunicación, a sabiendas de que le resultará imposible, porque jamás se pueden expresar las vivencias mediante conceptos.

Cerca del corazón salvaje es el intento de construir la biografía de Joana, no el personaje central, sino uno de ellos, desde la infancia a la madurez, buscando la verdad interior, estudiando la complejidad de las relaciones humanas, intentando olvidar la muerte, la muerte del padre, que Joana no aceptará jamás. Clarice se mueve en una atmósfera vocabular dominada por el ansia de la precisión sintáctica, aunque las palabras se muevan en un halo semántico variable, de imprecisión matizadísima. Solo las palabras pueden expresar el silencio, las palabras o los sonidos ordenados en música según una precisa ordenación sintáctica. El silencio es el centro de su obra. Y también, la meditación y la experimentación sobre los límites de la palabra.

Nadie duda hoy de que la obra de Clarice Lispector es, en nuestro tiempo, una de las experiencias más profundas para expresar temas que nos desbordan: el silencio y el ansia de comunicación, la soledad en un mundo en el que la comunicación ficticia nos abisma en el desamparo, la situación de la mujer en un mundo creado por los hombres. *Cerca del corazón salvaje* es ya, en este sentido, un clásico, y su importancia no hará más que destacarse con el tiempo.

Basilio Losada

Estaba solo. Abandonado, feliz, cerca del salvaje corazón de la vida.

JAMES JOYCE, *Retrato del artista adolescente*

Primera parte

El padre...

La máquina de papá hacía tac-tac... tac-tac-tac... El reloj sonó con un tintineo callado. El silencio se arrastraba zzzzzz. El guardarropa decía ¿qué? ropa-ropa-ropa. No, no. Entre el reloj, la máquina y el silencio había un oído a la escucha, una oreja grande, color de rosa, muerta. Los tres sonidos estaban ligados por la luz del día y por el crujir de las hojas de los árboles que rozaban unas contra otras radiantes.

Apoyando la cabeza en la vidriera brillante y fría miraba hacia el patio del vecino, hacia el gran mundo de las gallinas que-no-sabían-que-iban-a-morir. Y podía sentir, como si estuviera muy cerca de su nariz, la tierra caliente, prieta, perfumada y seca, donde muy bien sabía, muy bien sabía que una u otra lombriz de tierra se estaba desperezando antes de ser comida por la gallina que las personas se iban a comer.

Hubo un momento grande, parado, sin nada dentro. Dilató los ojos, esperó. No pasó nada. Blanco. Pero de repente, con un estremecimiento le dieron cuerda al día y todo empezó de nuevo a funcionar, el tecleto de la máquina, el puro de papá humeando, el silencio, las hojitas, los pollos pelados, la luz, las cosas reviviendo llenas de prisa como una tetera a punto de hervir. Solo faltaba el tintineo del reloj, que adornaba tanto. Cerró los ojos, fingió escucharlo y al son de aquella música inexistente y ritmada se alzó sobre la punta de los pies. Dio tres pasos de danza muy leves, alados.

Entonces súbitamente miró todo con disgusto, como si hubiera comido demasiado de aquella mescolanza. «¡Huy!, ¡huy!, ¡huy!...», gimió bajito cansada y después pensó: ¿qué va a ocurrir ahora ahora ahora? Y siempre, en la gotita de tiempo siguiente nada pasaba si ella continuaba esperando lo que iba a pasar, ¿comprenden? Apartó aquel difícil pensamiento distrayéndose con un movimiento de su pie descalzo en el suelo de madera polvoriento. Restregó el pie mirando de soslayo hacia su padre, esperando su mirada impaciente y nerviosa. Pero nada vino, sin embargo. Nada. Resulta difícil aspirar a las personas como el aspirador de polvo.

—Papá, he inventado una poesía.

—¿Cómo se llama?

—El sol y yo. —Y sin esperar mucho recitó—: «Las gallinas que están en el corral ya se han comido dos lombrices pero yo no lo he visto».

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que tú y el sol tenéis que ver con la poesía?

Lo miró un momento. Él no había comprendido...

—El sol está encima de las lombrices, papá, y yo hice la poesía y no vi las lombrices... —Pausa—. Puedo inventar otra ahora mismo: «Oh, sol, ven a jugar conmigo». Y otra más larga:

*Vi una nube pequeña
pero la pobre lombriz*

creo que no la vio.

—Son muy bonitas, pequeña, muy bonitas. ¿Cómo consigues hacer unas poesías tan bonitas?

—No es nada difícil, solo hay que ir diciéndolas.

Cuando vestía a la muñeca o la desnudaba se la imaginaba yendo a una fiesta donde lucía entre todas las otras hijas. Un coche azul arrollaba a Arlete, la mataba. Después llegaba el hada y su hija revivía. Su hija, el hada, y el coche azul no eran sino Juana, de lo contrario habría sido un aburrimiento. Siempre se las arreglaba para colocarse exactamente en el papel principal cuando los acontecimientos iluminaban a una u otra figura. Actuaba seria, callada, con los brazos rígidos a lo largo del cuerpo. No necesitaba acercarse a Arlete para jugar con ella. Poseía las cosas incluso desde lejos.

Empezó a divertirse con los papelotes. Los miraba un momento y cada papel era un alumno. Juana era la profesora. Uno de ellos era bueno y el otro era malo. Sí, sí, ¿y qué más? ¿Y ahora qué? Nunca ocurría nada si ella... bueno.

Una vez inventó un hombrecillo del tamaño del dedo índice, con pantalones largos y corbata de pajarita. Lo llevaba en la mochila de ir al colegio. El hombrecillo era una perla, una perla de corbata, tenía la voz gruesa y decía desde dentro de la mochila: «Su Majestad doña Juana, ¿podéis escucharme un minuto, podéis interrumpir vuestro continuo trabajo solo por un minuto?». E inmediatamente decía: «Soy vuestro siervo, princesa. Mandad y yo obedeceré».

—¿Papá, qué puedo hacer?

—Vete a estudiar.

—Ya he estudiado.

—Vete a jugar.

—Ya he jugado.

—Entonces cállate y no molestes.

Dio una carrerita y se paró, mirando sin curiosidad las paredes y el techo que rodaban y se desmoronaban. Anduvo de puntillas pisando las tablas oscuras. Cerró los ojos y empezó a andar con las manos extendidas hasta encontrar un mueble. Entre ella y los objetos había siempre alguna cosa, pero cuando cogía aquella cosa con la mano, como si fuera una mosca, y después la miraba —tomando grandes precauciones para que no se escapase—, encontraba solo su propia mano, rosa y decepcionada. ¡Ya lo sé, es el aire, el aire! Pero no servía de nada aquello, nada explicaba. Ese era uno de sus secretos. Nunca se permitiría contarle a nadie, ni siquiera a papá, que no conseguía nunca agarrar «aquella cosa». Lo que de verdad más le interesaba no lo podía contar. Solo decía tonterías cuando hablaba con las personas. Cuando le contaba, por ejemplo, algunos secretos a Rute, luego la odiaba. Lo mejor era callar. Otra cosa: si tenía algún dolor y mientras le dolía miraba las agujas del reloj, veía entonces que los minutos que contaba el reloj iban pasando pero

el dolor seguía doliendo. Y si no, incluso cuando no le dolía nada, si se quedaba frente al reloj mirando, lo que ella dejaba de sentir también era mayor que los minutos contados en el reloj. Pero, cuando tenía una alegría o una rabieta, corría hacia el reloj y observaba pasar los segundos en vano.

Fue hacia la ventana, trazó una cruz en el alféizar y escupió hacia fuera en línea recta. Si escupiera otra vez —ahora solo podría hacerlo de noche—, el desastre no tendría lugar y Dios seguiría siendo amigo de ella, tan amigo que... ¿que qué?

—¿Papá, qué puedo hacer?

—Ya te lo he dicho: ¡vete a jugar y déjame en paz!

—Pero si ya he jugado. Te lo juro...

El padre se echó a reír:

—Nunca se acaba de jugar...

—Sí se acaba.

—Pues inventa otro juego.

—No quiero jugar ni estudiar.

—¿Qué quieres hacer entonces?

Juana se quedó meditando:

—Nada de lo que sé...

—¿Quieres volar? —le preguntó papá distraído.

—No —contesta Juana. Pausa—. ¿Qué puedo hacer?

Papá le contestó esta vez:

—¡Date de cabezadas contra la pared!

La niña se aparta y empieza a hacerse una trencita con sus lacios cabellos. Nunca nunca sí sí, canta bajito. Aprendió a trenzarlos hace poco. Se va hacia la mesita donde están los libros, juega con ellos mirándolos de lejos. El ama de casa, el marido y los hijos, el verde es el hombre, el blanco la mujer, el encarnado puede ser tanto chico como chica. «Nunca» ¿es hombre o mujer? ¿Por qué «nunca» no es chico ni chica? ¿Y «sí»? Había muchas cosas completamente imposibles. Se podía quedar pensando en todo aquello tardes enteras. Por ejemplo: ¿quién dijo por primera vez así: nunca?

Papá termina su trabajo se acerca a ella y la encuentra sentada llorando.

—¿Pero qué es eso, pequeña? —La coge en brazos y mira tranquilo aquella carita ardiente y triste—. ¿Qué pasa?

—No tengo nada que hacer.

Nunca nunca sí sí. Todo era como el ruido del tranvía antes de quedarse dormido, hasta que uno siente un poco de miedo y se duerme. La boca de la máquina se había cerrado como una boca de vieja, pero venía aquello oprimiendo su corazón como el ruido del tranvía, solo que ella ahora no se iba a dormir. Era el abrazo del padre. El padre medita un instante. Pero nadie puede hacer nada por los demás. Anda tan suelta la pequeña, tan delgadita y precoz... Respira aceleradamente, mueve la cabeza. Esto es un huevecito, un huevecito vivo. ¿Qué será de Juana?

El día de Juana

Estoy segura de que soy mala, pensaba Juana.

¿Qué sería si no aquella sensación de fuerza contenida, a punto de reventar con violencia, aquel ansia de emplearla a ojos cerrados, entera, con la seguridad irreflexiva de una fiera? ¿No era acaso solo en el mal donde alguien podía respirar sin miedo, aceptando el aire y los pulmones? Ni el placer me daría tanto placer como el mal, pensaba sorprendida. Sentía dentro de sí un animal perfecto, lleno de inconsecuencias, de egoísmo y de vitalidad.

Se acordó de su marido que posiblemente la desconocía en ese aspecto. Intentó recordar la figura de Octavio. Tan pronto como él salía de casa, ella se transformaba, se concentraba en sí misma y, como si solo hubiese sido interrumpida por él, continuaba lentamente viviendo al filo de su infancia, le olvidaba y se movía por los aposentos profundamente sola. De aquel barrio quieto, de casas aisladas, no llegaban ruidos. Y, libre, ni ella misma sabía qué pensaba.

Sí, sentía dentro de sí un animal perfecto. Le repugnaba la idea de dejar suelto aquel animal algún día. Por miedo tal vez a la falta de estética. O por temor de alguna revelación... No, no —se repetía a sí misma—, es preciso no tener miedo de crear. En el fondo posiblemente el animal le repugnaba porque todavía había en ella el deseo de agradar y de ser amada por alguien poderoso como la tía muerta. Para después sin embargo pisotearla, repudiarla sin contemplaciones. Porque la mejor frase, e incluso la primera, era: la bondad me da ganas de vomitar. La bondad era tibia y sin consistencia, olía a carne cruda guardada mucho tiempo. Sin que llegara a pudrirse enteramente pese a todo. De vez en cuando la refrescaban, le echaban un poco de condimento, el suficiente para conservarla como un pedazo de carne tibia y quieta.

Un día, antes de casarse, cuando aún vivía su tía, había visto a un hombre comiendo con glotonería. Había visto aquellos ojos desencajados, brillantes y estúpidos, mientras intentaba no perder ni el menor sabor del alimento. Y la mano, las manos. Una de ellas sujetando el tenedor clavado en un pedazo de carne sanguinolenta —no silenciosa y quieta, sino vivísima, irónica, inmoral—, mientras la otra se crispaba sobre el mantel, arañándolo nerviosamente, ya con el ansia de comer un nuevo bocado. Debajo de la mesa las piernas marcaban el compás de una música inaudible, la música del diablo, de la pura e incontenida violencia. La ferocidad, la riqueza de su color... Rojiza en los labios y en la base de la nariz, pálida y azulada bajo los ojos menudos. Juana se había estremecido horrorizada delante de su pobre café. Pero después no sabía si fue de repugnancia o de fascinación y voluptuosidad. Seguro que de ambas cosas. Sabía que el hombre era una fuerza. No se sentía capaz de comer como él, era sobria por naturaleza, pero aquella demostración la perturbaba. También la emocionaba leer las terribles historias de los dramas donde la maldad era fría e intensa como un baño de hielo. Era como si hubiera visto beber agua a alguien

y de pronto hubiera descubierto que ella tenía sed, una sed vieja y profunda. Tal vez fuera solo falta de vida: estaba viviendo menos de lo que podía y su sed tal vez pedía inundaciones. O tal vez solo unos sorbos... Es una lección, es una lección diría la tía: nunca hay que adelantarse, nunca hay que robar antes de saber si lo que quieres robar existe en alguna parte honestamente reservado para ti. ¿O no? Robar hace todas las cosas más valiosas. El gusto del mal, masticar rojo, engullir fuego empalagoso.

No debo acusarme. Tengo que buscar la base del egoísmo: todo lo que no soy no me puede interesar, es imposible ser algo que no se es —sin embargo yo me excedo a mí misma incluso sin el delirio, soy más de lo que suelo ser normalmente—; tengo un cuerpo y todo lo que haga es continuación de mi principio; si la civilización de los mayas no me interesa, es porque nada tengo dentro de mí que se pueda relacionar con sus bajorrelieves; acepto todo lo que viene de mí porque no tengo conocimiento de las causas y es posible que esté hollando lo más vital sin saberlo; y esa es mi mayor humildad, adivinaba.

Lo peor era que podía suprimir todo lo que pensaba. Sus pensamientos eran, una vez concebidos, estatuas de un jardín por donde ella pasaba mirando y siguiendo su camino.

Estaba alegre aquel día, y bonita también. Un poco febril también. ¿Por qué ese romanticismo un poco febril? Pero la verdad es que tengo fiebre: ojos brillantes, esa fuerza y esa debilidad, latidos desordenados del corazón. Cuando la brisa leve, la brisa de verano, golpeaba en su cuerpo, todo él se estremecía de frío y calor. Entonces pensaba a borbotones, sin poder parar de inventar. Es porque soy muy joven aún y siempre que me tocan o no me tocan, siento —reflexionaba—. Pensar ahora, por ejemplo, en arroyos rubios. Exactamente porque no existen arroyos rubios, ¿comprendes?, así se huye. Sí, pero los dorados por el sol son rubios en cierto modo... Es decir que no lo imaginé realmente. Siempre el mismo fallo: ni el mal ni la imaginación. En principio, en el centro final, la sensación simple y sin adjetivos, tan ciega como una piedra rodando. En la imaginación, pues solo ella tiene la fuerza del mal, solo la visión engrandecida y transformada: bajo ella la verdad impasible. Se miente y se cae en la verdad. Incluso en la libertad, cuando alegremente escogía nuevos caminos, los reconocía después. Ser libre era proseguir, he aquí de nuevo el camino trazado. Ella solo vería lo que ya poseía dentro de sí. Perdido, pues, el gusto de imaginar. ¿Y el día en que lloré? —había cierto deseo de mentir también—, estaba estudiando matemáticas y súbitamente sentí la imposibilidad tremenda y fría del milagro. Miro por esa ventana y la única verdad, la verdad que no podría decirle a aquel hombre, abordándolo, sin que él huyera de mí, la única verdad es que vivo. Sinceramente, vivo. ¿Quién soy? Bien, eso ya está de más. Me acuerdo de un estudio cromático de Bach y pierdo la inteligencia. Es frío y puro como el hielo, pero se puede dormir sobre él. Pierdo la consciencia pero no importa, encuentro mi mayor serenidad en la alucinación. Es curioso cómo no sé decir quién soy. Es decir, lo sé muy bien, pero no lo puedo decir. Sobre todo tengo miedo de decirlo, porque en el

momento en que intento hablar, no solo no expreso lo que siento, sino que lo que siento se transforma lentamente en lo que digo. O al menos lo que me hace actuar no es lo que siento, sino lo que digo. Siento quien soy y esta impresión está alojada en la parte superior del cerebro, en los labios —en la lengua principalmente—, en la superficie de los brazos y también penetrando dentro, muy dentro de mi cuerpo, pero dónde, dónde exactamente, no lo sé decir. El gusto es ceniciento, un poco enrojecido, en los pedazos viejos un poco azulado, y se mueve como la gelatina, perezosamente. A veces se vuelve agudo y me hiere, golpea contra mí. Muy bien, ahora pienso en el cielo azul, por ejemplo. Pero ¿de dónde viene esa certeza de que estoy viviendo? No, no va bien. Nadie se hace esas preguntas y yo... Pero es que basta con silenciar para vislumbrar, debajo de todas las realidades, la única irreductible, la de la existencia. Y bajo todas las dudas —el estudio cromático—, sé que todo es perfecto, porque siguió de escala en escala el camino fatal en relación consigo mismo. Nada escapa a la perfección de las cosas, esa es la historia de todo. Pero eso no explica por qué yo me emociono cuando Octavio tose y se pone la mano en el pecho, así. O cuando fuma y la ceniza le mancha el bigote sin que él lo note. Entonces siento piedad. La piedad es mi forma de amor. De odio y de comunicación. Es lo que me sustenta contra el mundo, así como hay quien vive para el deseo y quien para el miedo. Piedad por las cosas que ocurren sin que yo lo sepa. Pero estoy cansada a pesar de mi alegría de hoy, alegría que no se sabe de dónde viene, como la de una mañana de verano. ¡Ahora estoy terriblemente cansada! Vamos a llorar juntos, bajito. Por haber sufrido y continuar haciéndolo tan dulcemente. El dolor cansado en una lágrima, simplificado. Pero ahora ya es deseo de poesía, lo confieso, Dios. Durmamos con las manos enlazadas. El mundo rueda y en alguna parte hay cosas que no conozco. Durmamos sobre Dios y el misterio, nave quieta y frágil flotando sobre el mar, he aquí el sueño.

¿Por qué ella estaba tan ardiente y leve como el aire que viene del horno cuando se abre?

El día había sido igual a los otros, y tal vez de ahí procediera el cúmulo de vida. Se había despertado plena de la luz del día, invadida. Hasta en la cama pensaba en arena, mar, en beber agua del mar en casa de la tía muerta, en sentir, sobre todo en sentir. Esperó algunos segundos en la cama y como nada ocurrió vivió un día común. Todavía no se había liberado del deseo-poder-milagro de cuando era pequeña. La fórmula se realizaba tantas veces: sentir la cosa sin poseerla. Solo era preciso que todo ayudase, la dejase leve y pura, en ayunas para recibir la imaginación. Difícil como volar, y, sin apoyo en los pies, recibir en los brazos algo extraordinariamente precioso, un niño por ejemplo. A veces, en un momento del juego, perdía la sensación de que estaba mintiendo —y tenía miedo de no estar presente en todos sus pensamientos—. Quiso el mar y sintió las sábanas de la cama. El día prosiguió su marcha y la dejó atrás, sola.

Se había quedado silenciosa, todavía acostada, casi sin pensar, como solía sucederle a veces. Observaba distraídamente la casa llena de sol a aquella hora, y las

cristaleras altivas y brillantes como si ellas mismas fueran la luz. Octavio había salido. No había nadie en casa. Y hasta tal punto no había nadie dentro de sí misma que podía tener los pensamientos más desligados de la realidad, si quisiera. Si yo me viera en la tierra, allá desde las estrellas, tendría solo la sensación de mí misma. No era de noche, no había estrellas, imposible observarse a tal distancia. Distraída, se acordó entonces de alguien —grandes dientes separados, ojos sin pestañas— diciendo muy seguro de su originalidad, pero sincero: tremendamente nocturna es mi vida. Después de hablar, ese alguien se quedaba parado, quieto como un buey en la noche; de cuando en cuando movía la cabeza en un gesto sin lógica ni finalidad, para después volver a concentrarse en la estupidez. Llenaba de asombro todo el mundo. Ah, sí, aquel hombre venía de su infancia y junto a su recuerdo había un ramo húmedo de grandes violetas, trémulas de lozanía... En este instante, más despierta ya, Juana, si quisiera, con un poco más de abandono podría revivir toda su infancia... Su corto tiempo de vida junto al padre, la mudanza a casa de la tía, el profesor enseñándole a vivir, la pubertad creciendo misteriosa, el internado..., la boda con Octavio... Pero todo aquello era mucho más corto, una simple mirada sorprendida agotaría todos aquellos hechos.

Era un poco de fiebre, sí. Si existía el pecado, ella había pecado. Toda su vida había sido un error, era trivial. ¿Dónde estaba la mujer de la voz? ¿Dónde estaban las mujeres solo hembras? ¿Y la continuación de lo que ella había iniciado de niña? Era un poco de fiebre. Resultado de aquellos días en que vagaba de un lado a otro repudiando y amando mil veces las mismas cosas. De aquellas noches, vividas, oscuras y silenciosas, mientras las pequeñas estrellas brillaban en lo alto. La joven tendida sobre la cama, ojo vigilante en la penumbra. La cama blanquecina nadando en la oscuridad. El cansancio arrastrándose por su cuerpo, la lucidez huyendo del pulpo. Sueños desgarrados, inicios de visiones. Octavio viviendo en el otro cuarto. Y de repente todo el cansancio de la espera concentrándose en un movimiento nervioso y rápido del cuerpo, el grito mudo. Frío después, y sueño.

... Un día...

Un día el amigo del padre llegó de lejos, y lo abrazó. A la hora de la cena, Juana vio estupefacta y apenada una gallina desnuda y amarilla sobre la mesa. Su padre y aquel hombre bebían vino y el hombre decía de vez en cuando:

—No puedo llegar a creer que tengas una hija...

El padre se volvía riendo hacia Juana y decía:

—La compré en la esquina...

El padre estaba alegre pero miraba serio mientras hacía bolitas de miga de pan. A veces bebía un largo trago de vino. El hombre se volvía hacia Juana y decía:

—¿Sabes que el cerdito hace ron-ron-ron?

Y el padre decía:

—Lo haces muy bien, Alfredo...

Su nombre era Alfredo.

—No ves, continuaba diciendo el padre, que la pequeña ya no está en edad de andar jugando a lo que hace el cerdo...

Todos reían, y Juana también. Papá le ponía otra ala de gallina y la niña se la comía sin pan.

—¿Qué sensación produce tener una chiquilla? —mascullaba el hombre.

El padre se secaba la boca con la servilleta, inclinaba la cabeza hacia un lado y decía sonriendo:

—A veces la de tener un huevo caliente en la mano. Otras veces ninguna: pérdida total de la memoria... Alguna que otra vez la de tener una cría mía, verdaderamente mía.

—«Cría, cría, mía...» —cantaba el hombre mirando a Juana—. ¿Qué vas a ser cuando crezcas y seas toda una mujer?

—No tiene la menor idea, amigo mío —decía el padre—, pero si ella no se enfada ya te contaré yo sus proyectos. Me dice que cuando crezca va a ser héroe...

El hombre reía, reía, reía. De repente se paró, cogió a Juana por la barbilla; mientras él le cogía la barbilla, ella no podía masticar:

—¿No te vas a echar a llorar porque he conocido tu secreto, eh pequeña?

Después hablaban de cosas que habían sucedido antes de que ella naciera. A veces, incluso, ni siquiera hablaban sobre el tipo de cosas que suceden, solo eran palabras —pero también de antes de que ella naciera—. Juana habría preferido mil veces que estuviera lloviendo, sería mucho más fácil dormir sin sentir miedo de la oscuridad. Los dos hombres buscaron los sombreros para salir; entonces, ella se levantó y tiró de la chaqueta del padre:

—No te vayas...

Los dos hombres se miraron y hubo un momento en que la niña no supo si se iban a quedar o a marcharse. Pero cuando el padre y el amigo se pusieron un poco serios y después se echaron a reír a la vez, ella supo que se iban a quedar. Por lo menos hasta

que ella tuviese bastante sueño para acostarse sin oír lluvia, sin oír gente, pensando en el resto de la casa negra, vacía y callada. Se sentaron y fumaron. La luz empezaba a hacerle guiñar los ojos y al día siguiente, si se acordaba, iría a mirar en el patio del vecino, para ver las gallinas porque hoy había comido gallina asada.

—Yo no podía olvidarla —decía el padre—. No es que viviera pensando en ella. De vez en cuando algún pensamiento, como un recuerdo en el que había que pensar más tarde. Después venía, pero yo no lograba pensar seriamente. Era solo una idea ligera, sin dolor, un ¡ah! no esbozado, un instante de vaga meditación y un olvidarse después. Se llamaba... —Miró hacia Juana—. Se llamaba Elsa. Recuerdo que hasta le dije: Elsa es un nombre como un saco vacío. Era delgada, esbelta (ya me entiendes, ¿no?) llena de poder. ¡Tan rápida y áspera en sus conclusiones, tan independiente y amarga que la primera vez que hablamos la llamé bruta! Figúrate tú... Ella se rió, después se quedó seria. En aquel tiempo yo me ponía a imaginar qué haría ella de noche. Porque parecía imposible que durmiese. No, no se entregaba nunca. Y aquel color marchito (afortunadamente la niña no lo heredó) aquel color no combinaba bien con un camisón... Debía pasarse la noche rezando, mirando hacia el cielo oscuro, o velando a alguien. Tengo mala memoria; ya no me acuerdo de por qué la llamé bruta. Pero no tanto como para olvidarlo. La veía aún caminando por un arenal, con pasos duros, el rostro hermético y lejano. Lo más curioso, Alfredo, es que no podía haber existido ningún arenal. Pero la visión era obstinada y resistía todas las explicaciones.

El hombre fumaba, casi echado sobre la silla. Juana rascaba con la uña el cuero rojo del viejo sofá.

—Una vez, de madrugada, me desperté con fiebre. Aún me parece estar sintiendo la lengua dentro de la boca, caliente, seca, áspera como un trapo. Ya sabes mi horror al sufrimiento, prefiero vender mi alma. Pues pensé en ella. Increíble. Ya había cumplido treinta y dos años, si no me equivoco. La había conocido a los veinte, fugazmente. En un momento de angustia, de entre tantos amigos —incluso tú, que no sabía por dónde andabas—, en ese momento pensaba en ella. Era el diablo...

El amigo se reía:

—Es el diablo, sí...

—No puedes llegar a imaginártelo siquiera: nunca vi a nadie que odiara tanto a la gente, rabia sincera y desprecio. Y al mismo tiempo era tan buena..., ásperamente buena. ¿Estaré equivocado? A mí no me gustaba aquel tipo de bondad, parecía que se riera de la gente. Pero me acostumbré. Ella no me necesitaba. Ni yo a ella, la verdad. Pero vivíamos juntos. Lo que todavía ahora me intriga, daría cualquier cosa por eso, es saber en qué pensaba ella. Tú, que me conoces, me verías como el tipo más simple al lado de ella. Imagínate entonces la impresión que causó en mi pobre y escasa familia: fue como si les hubiera llevado a su seno rosado y abundante, ¿te acuerdas, Alfredo? —los dos se echaron a reír—, fue como si les hubiera llevado el microbio de la viruela, un hereje o yo qué sé... Aunque, la verdad, yo mismo prefiero que eso no vuelva a repetirse. Ni a mí, por Dios... Afortunadamente tengo la impresión de

que Juana va a seguir su propio camino...

—¿Y después? —dijo el hombre casi inmediatamente.

—Después... nada. Se murió en cuanto pudo.

Luego, el hombre dijo:

—Fíjate en tu hija, está casi dormida... Haz una obra de caridad y llévala a la cama.

Pero la niña no dormía. Con los ojos medio cerrados y dejando caer la cabeza hacia un lado, tenía la sensación de que estaba lloviendo, todo se mezclaba en su memoria levemente. Así, cuando se acostara y tirara de la sábana, estaría más acostumbrada al sueño y no sentiría la oscuridad pesando sobre su pecho. Y más hoy que le daba miedo Elsa. Pero no se puede tener miedo de la madre. La madre era como un padre. Mientras el padre la llevaba en brazos por el pasillo hacia su cuarto, apoyó la cabeza contra él y notó el fuerte olor que desprendían sus brazos. Decía sin hablar: no, no, no... Para animarse, pensó: mañana por la mañana muy temprano voy a ver las gallinas vivas.

El sol se estremecía al atardecer, allí afuera, en las ramas verdes de los árboles. Las palomas ensuciaban libremente el suelo. De vez en cuando llegaba hasta el aula la brisa y el silencio del patio de recreo. Entonces todo parecía más leve, la voz de la profesora flotaba como una bandera blanca.

—Y de ahí en adelante él y toda la familia fueron felices. —Pausa, los árboles oscilaban en el patio, era un día de verano—. Escriban un resumen de esta historia para la próxima clase.

Todavía sumergidas en el cuento, las chiquillas se movían lentamente, los ojos leves, las bocas sonrientes.

—¿Qué es lo que se consigue cuando se es feliz? —Su voz era una saeta clara y fina. La profesora miró a Juana.

—Repite la pregunta...

Silencio. La profesora sonrió mientras ordenaba los libros.

—Haz de nuevo la pregunta, Juana, no te he oído.

—Quería saber qué pasa después de que se es feliz. ¿Qué ocurre después? —repitió la niña con obstinación.

La profesora ponía cara de sorpresa.

—¡Qué idea! ¡No entiendo qué quieres decir, vaya una idea! Haz esta misma pregunta con otras palabras a ver...

—Uno es feliz, ¿para qué?

La profesora se ruborizó. —Nunca se sabía por qué se ruborizaba—. Vio que toda la clase estaba pendiente de ella, y mandó a los chiquillos al recreo.

El bedel vino a llamar a la pequeña para que fuera al despacho. La profesora estaba allí.

—Siéntate... ¿Has jugado mucho?

—Un poco...

—¿Qué vas a ser cuando seas mayor?

—No lo sé.

—Está bien. Mira, yo también tengo una idea. —Se ruborizó—. Coge un pedazo de papel y escribe esa pregunta que me has hecho hoy, y guárdala durante mucho tiempo. Cuando seas mayor léela de nuevo. ¿Quién sabe? Tal vez algún día tú misma podrás contestártela de alguna manera... —Perdió su aire serio, se ruborizó—. Entonces pensarás tal vez que eso no tiene importancia, y por lo menos te divertirás con...

—No.

—¿No, qué? —preguntó sorprendida la profesora.

—No me gusta divertirme —dijo Juana con orgullo.

La profesora se volvió a ruborizar.

—Bien, vete a jugar.

Cuando ya Juana había llegado a la puerta en dos saltos, la profesora la llamó de nuevo; esta vez estaba colorada hasta el pescuezo, con los ojos bajos y revolviendo los papeles que tenía sobre la mesa:

—¿No te pareció raro... mejor dicho sorprendente, el que te dijera que escribieras esa pregunta y la guardaras?

—No —dijo Juana.

Y se volvió al patio.

El paseo de Juana

—Yo me distraigo mucho —le dijo Juana a Octavio.

Así como el espacio rodeado por cuatro paredes tiene un valor específico, provocado no tanto por el hecho de ser espacio sino por estar rodeado de paredes, Octavio la transformaba en algo que no era ella sino él mismo y que Juana recibía por piedad de ambos, porque los dos eran incapaces de liberarse por el amor porque aceptaba vencida el propio miedo de sufrir, su incapacidad de actuar más allá de la frontera de la rebelión. Y también: ¿cómo ligarse a un hombre si no es permitiendo que él la aprisione? ¿Cómo impedir que él despliegue sobre su cuerpo y su alma sus cuatro paredes? ¿Había algún medio para tener las cosas sin que las cosas la poseyeran?

La tarde era desnuda y límpida, sin principio ni fin. Pájaros leves y negros volaban nítidos en el aire puro, volaban sin que los hombres los acompañaran siquiera con una mirada. A lo lejos quedaba la montaña grande y cerrada. Había dos maneras de mirarla: imaginando que estaba lejos y era grande, o creyendo que era pequeña y estaba cerca. Pero de cualquier manera resultaba una montaña estúpida, parda y dura. ¡Cómo odiaba la naturaleza a veces! Sin saber por qué, le pareció que aquella última reflexión, en la que había incluido la montaña, llevaba a alguna conclusión, golpeó con la mano sobre la mesa: ¡vaya! pesadamente. Aquello ceniciento y verde tendido dentro de Juana como un cuerpo perezoso, delgado y áspero, metido muy dentro de ella, completamente seco, como una sonrisa sin saliva, como ojos sin sueño y enervados, todo aquello se confirmaba delante de la montaña impasible. Lo que no conseguiría alcanzar con la mano quedaba ahora glorioso, alto y libre, y era inútil intentar resumirlo: aire puro, tarde de verano. Porque seguramente había algo más que eso. Una victoria inútil sobre los árboles de amplia copa, un no saber qué hacer de todas las cosas. Oh, Dios. Eso, sí, eso: si existiera Dios habría desertado de aquel mundo súbitamente, excesivamente limpio, como una casa en sábado, quieta, sin polvo, oliendo a jabón. Juana sonrió. ¿Por qué una casa encerada y limpia le causaba aquella impresión de encontrarse perdida, como en un monasterio, desolada, vagando por los corredores? Y había observado muchas cosas más. Si se ponía hielo sobre el hígado, se sentía atravesada por sensaciones lejanísimas y agudas, por ideas luminosas y rápidas, si entonces hubiera tenido que hablar habría dicho: sublime, con las manos extendidas hacia adelante, tal vez con los ojos cerrados.

—Me estoy distrayendo mucho —repitió.

Se sintió como una rama seca clavada en el aire. Una rama quebradiza cubierta de viejas cortezas. Tal vez tuviera sed pero no había agua por allí cerca. Tenía la asfixiante certeza de que si un hombre la hubiera abrazado en aquel momento habría sentido, no una blanda dulzura en sus nervios, sino zumo de limón ardiendo sobre ellos, tendría el cuerpo como madera junto al fuego, doblado, quebradizo, seco. No

podía calentarse diciendo: esto es solo una pausa, la vida vendrá después como una ola de sangre, lavándome, humedeciendo la madera chamuscada. No podía engañarse, sabía que estaba viviendo y que aquellos momentos eran la culminación de algo difícil, de una experiencia dolorosa que ella tenía que agradecer: era casi como sentir el tiempo fuera de sí misma, abstrayéndose.

—Veo que te gusta andar —le dijo Octavio cogiendo una ramita seca—. Ya te gustaba antes de casarnos.

—Sí, mucho —contestó.

Podría darle un pensamiento cualquiera y entonces crearía una nueva relación entre ambos. Aquello era lo que más le agradaba con las personas. No se veía obligada a seguir en el pasado, y con una palabra podía inventar un camino de vida. Si de repente dijera: ¡estoy embarazada de tres meses!, entre ambos viviría algo. Aunque Octavio no fuera especialmente estimulante. Con él la posibilidad más próxima era la de atarse a lo que ya había acontecido. Incluso así, bajo su mirada «no me lées, no me lées», Juana abría la mano de vez en cuando y dejaba volar de repente un pajarillo. A veces, sin embargo, tal vez por la cualidad de lo que decía, no se creaba entre ellos ningún puente, al contrario, se producía un intervalo. «Octavio —decía Juana de repente—, ¿has pensado alguna vez que un punto, un punto único sin dimensiones es el máximo de soledad? Un punto no puede contar ni consigo mismo, es y no es, está fuera de sí». Como si estuviera balanceando una brasa encendida delante del marido, la frase iba de un lado a otro, se escurría de sus manos hasta que él se libraba de ella con otra frase, fría como ceniza, ceniza para cubrir la pausa: está lloviendo, tengo hambre, el día es bonito. Tal vez era porque ella no sabía bromear. Pero ella lo amaba, le gustaba su manera de tronzar ramitas secas.

Aspiró el aire tibio y claro de la tarde, y lo que en ella pedía agua permanecía tenso y rígido como quien espera con los ojos vendados que le disparen un tiro.

Llegó la noche y Juana continuó respirando con el mismo ritmo estéril. Pero cuando la madrugada empezó a iluminar el cuarto dulcemente, las cosas salieron frescas de las sombras, sintió la nueva mañana insinuándose entre las sábanas y abrió los ojos. Se sentó en la cama. Dentro de sí era como si no hubiera muerte, como si el amor pudiera fundirla, como si la eternidad fuese la renovación.

... La tía...

El viaje era largo y de los bosques lejanos venía un aire frío de espesura mojada.

Era por la mañana, muy temprano, y Juana solo había tenido tiempo de lavarse la cara. A su lado la criada se distraía deletreando los anuncios del tranvía. Juana se había sentado en el banco y se dejaba adormecer por el dulce ruido de las ruedas, transmitido somnoliento por la madera. El suelo corría bajo sus ojos entreabiertos, rápido, ceniciento, rayado en listas veloces y fugaces. Si abriera los ojos vería cada una de las piedras, acabaría con el misterio. Pero los entornaba, así le parecía que el tranvía corría más y que se volvía más fuerte el viento salado y fresco del amanecer.

Tomó el café con un bollo extraño, de color oscuro —con gusto de vino y de cucaracha—; se lo habían hecho comer con tanta ternura y piedad que a ella le habría avergonzado rechazarlo. Ahora le pesaba en el estómago y le producía una tristeza en el cuerpo que se unía a aquella otra tristeza —una cosa inmóvil detrás de la cortina— con la que había dormido y despertado.

—Esa arena tan blanda, si se hunde mata a un cristiano —rezongó la criada.

Atravesó la extensión de arena que llevaba hasta la casa de la tía, que quedaba anunciando la proximidad de la playa. Bajo la arenilla nacían hierbas flacas y oscuras que se retorcían ásperamente en la superficie de blancura suave. La ventolera venía del mar invisible y traía sal, arena, el ruido cansado de las aguas, le metía la falda entre las piernas, lamiendo furiosamente la piel de la niña y de la mujer.

—¡Qué horror! —dijo entre dientes la criada.

Una ráfaga más fuerte le levantó la falda hasta el rostro dejando desnudos sus muslos oscuros y musculados. Los cocoteros se retorcían con desespero, y la claridad, a un tiempo velada y violenta, se reflejaba en la arena y en el cielo, sin que el sol se hubiera mostrado todavía. ¿Dios mío, por qué las cosas tenían que ser así? Todo gritaba: ¡no!, ¡no!

La casa de la tía era un refugio donde no entraba el viento ni la luz. La mujer se sentó con un suspiro en la sombría sala de espera, donde, entre los muebles pesados y oscuros, brillaban levemente las sonrisas de los hombres enmarcados. Juana se quedó de pie, respirando difícilmente aquel viento pesado que después de la fuerte brisa llegaba suave y quedo. Moho y té con azúcar.

Finalmente se abrió la puerta y la tía, vestida con una bata de flores grandes, se precipitó hacia ella. Antes de que Juana pudiese hacer ningún movimiento de defensa se vio sepultada entre aquellas dos masas de carne fofa y cálida que se estremecía con los sollozos. Desde allí dentro, desde la oscuridad, como si las oyera a través de una almohada, escuchó las lágrimas:

—¡Pobre huerfanita!

Sintió su cara violentamente apartada del pecho de su tía por sus manos gordas y se sintió observada durante un segundo. La tía pasaba de un movimiento a otro sin transición, en sacudidas rápidas y bruscas. Una nueva ola de llanto reventó en su

cuerpo, y Juana empezó a recibir besos angustiados en los ojos, en la boca, en el cuello... La lengua y la boca de la tía eran blandas y tibias como las de un perro. Juana cerró los ojos un instante y se tragó el asco y el bollo oscuro que le subía del estómago dándole escalofríos en todo el cuerpo. La tía sacó un pañuelo grande y arrugado y se secó la nariz. La criada continuaba sentada, observando los cuadros, con las piernas extendidas y la boca abierta. Los senos de la tía eran profundos, se podía meter la mano como dentro de un saco y retirar de allí una sorpresa, un bicho, una caja, Dios sabe qué. Los sollozos crecían, crecían y de dentro de la casa llegó un olor a alubias y ajo. En alguna parte alguien debía estar bebiendo grandes tragos de aceite. ¡Los senos de la tía podían sepultar a una persona!

—¡Déjeme! —chilló Juana, golpeando con el pie contra el suelo, con los ojos desorbitados y el cuerpo estremecido.

La tía se apoyó en el piano, aturdida. La criada dijo:

—Déjela; no puede más, está cansada.

Juana se ahogaba y tenía el rostro blanco. Paseó los ojos oscuros por toda la salita, perseguida. ¡Las paredes eran sólidas, estaba presa, presa! Un hombre desde el cuadro la miraba, aquellos bigotes, y los senos de la tía podían derramarse sobre ella como sebo disuelto. Empujó la pesada puerta y huyó.

Una ola de viento y arena entró en el vestíbulo, levantó las cortinas y trajo un soplo de aire leve y fresco. A través de la puerta abierta, con el pañuelo en la boca tapando el sollozo y la sorpresa —oh, la terrible desilusión— la tía vio por algunos momentos las piernas flacas y desnudas de la sobrina corriendo, corriendo entre cielo y tierra, hasta desaparecer camino de la playa.

Juana se secó con el dorso de la mano el rostro húmedo de besos y lágrimas. Respiró más profundamente, sintió una vez más el gusto insulso de aquella saliva blanda, el perfume dulce que venía de los senos de la tía. Sin poderse contener, la cólera y la repugnancia le subían en oleadas violentas e, inclinada hacia la cavidad que formaban las rocas, vomitó, con los ojos cerrados, con el cuerpo doloroso y vengativo.

El viento la lamía rudamente ahora. Pálida y frágil, con la respiración leve, lo sentía salado, alegre, corriendo por su cuerpo, por dentro de su cuerpo, revigorizándolo. Entreabrió los ojos. Allá abajo el mar brillaba en olas de estaño, profundo, grande, sereno. Llegaba denso y revuelto y se enroscaba alrededor de sí mismo. Después se estiraba sobre la arena silenciosa..., se estiraba como un cuerpo vivo. Más allá de las pequeñas olas estaba el mar, el mar. El mar, dijo bajo, con voz ronca.

Bajó de las rocas y caminó desfallecida por la playa solitaria hasta que el agua le tocó los pies. Agachada, con las piernas trémulas, bebió un poco de mar. Luego se quedó descansando. A veces entreabría los ojos, al nivel del mar, y vacilaba, tan aguda era la visión —solo la inmensa línea verde, sus ojos prendidos en el agua infinitamente—. El sol rompió las nubes y los pequeños reflejos que centelleaban

sobre las aguas eran fuegos que se encendían y apagaban. El mar, más allá de las olas, miraba de lejos, callado, sin llorar, sin senos. Grande, grande. Grande, sonrió. Y, de repente, así, sin esperar, sintió una cosa fuerte dentro de sí, una cosa agradable que la hacía estremecerse un poco. Pero no era frío, ni estaba triste, era una cosa grande que venía del mar, que venía del gusto de sal en la boca, y de ella, de ella misma. No era tristeza, era una alegría casi horrible... Cada vez que veía el mar y reparaba en el brillo quieto del mar, notaba aquel ahogo y después aquella lasitud en el cuerpo, en la cintura, en el pecho. No sabía siquiera si tenía que reírse porque nada resultaba risible. Al contrario, oh, al contrario, detrás de aquello estaba lo que había sucedido ayer. Se cubrió el rostro con las manos esperando casi avergonzada, sintiendo el calor de su risa y de su respiración sorbida nuevamente. El agua corría por sus pies ahora descalzos, escurriéndose entre sus dedos, huyendo clara, clara como un bicho transparente. Transparente y vivo... Hubiera querido beberlo, morderlo lentamente. Lo cogió con las manos en concha. El pequeño lago quieto centelleaba serenamente al sol, se volvía más tibio, se escurría, huía. La arena lo aspiraba aprisa, aprisa, y continuaba como si nunca hubiera conocido el agua. Mojó el rostro en ella, y se pasó la lengua por la palma vacía y salada. La sal y el sol eran pequeñas saetas brillantes que nacían aquí y allí, picándola, tensando la piel de su rostro mojado. Su felicidad aumentó, se concentró en su garganta como una bolsa de aire. Pero ahora era una alegría seria, sin ganas de reír. Era una alegría casi de llorar, Dios mío. Lentamente iba viniendo el pensamiento. Sin miedo, no ceniciento y lloroso, como había venido hasta ahora, sino desnudo y callado bajo el sol como la arena blanca. Papá había muerto. Papá había muerto. Respiró lentamente. Papá había muerto. Ahora sabía exactamente que papá había muerto. Ahora, junto al mar donde su brillo era una lluvia de peces, de agua. ¡Papá había muerto de la misma manera que era profundo el mar!, comprendió de repente. Papá había muerto, de la misma manera que no se ve el fondo del mar.

No estaba cansada de llorar. Comprendía que papá había acabado. Solo eso. Su tristeza era un gran cansancio, pesado, sin ira. Caminó con él por la inmensa playa. Miraba sus pies oscuros y finos como brotes gemelos de blancura quieta hundiéndose y saliendo rítmicamente, como una respiración. Anduvo, anduvo y no había nada que hacer: papá había muerto.

Se echó de bruces sobre la arena, cubriéndose el rostro con las manos, dejando solo una pequeña rendija para que entrara el aire. Se fue poniendo todo oscuro, oscuro, y luego aparecieron círculos y manchas rojas, bolas compactas y trémulas que aumentaban y disminuían. Los granos de arena le picaban la piel y se enterraban en ella. Incluso con los ojos cerrados notó que en la playa las olas eran sorbidas por el mar rápidamente, rápidamente, lo notaba incluso con los párpados cerrados. Después volvían lentamente, abiertas las manos, el cuerpo suelto. Era agradable oír aquel ruido. Yo soy una persona. Y muchas otras cosas iban a venir. ¿Qué? Lo que aconteciera se lo contaría solo a sí misma. Nadie más la entendería: pensaba una cosa

y después no la sabía contar. Sobre todo aquello de pensar era imposible. Por ejemplo a veces tenía una idea y sorprendida pensaba: ¿por qué no pensé en esto antes? No era lo mismo que ver súbitamente una pequeña entalladura en la mesa y decir: ¡antes no lo había visto! No, no era lo mismo... Una cosa que se pensaba no existía antes de pensarla. Por ejemplo, así: la marca de los dedos de Gustavo. Esto no tenía vida antes de decirse: la marca de los dedos de Gustavo... Lo que se pensaba pasaba a ser pensado. Más todavía, no todas las cosas que se piensan llegan a existir luego... Porque si yo digo: la tía come con el tío, no hago vivir nada. Lo mismo si digo: voy a pasear, y me paseo... y nada existe. Pero si digo, por ejemplo: flores encima de la tumba, de repente surge una cosa que no existía antes de que yo pensara flores encima de la tumba. Y con la música, lo mismo. ¿Por qué no tocaba sola todas las músicas que existían? —Miraba el piano abierto—. Allí estaban contenidas todas las músicas... Sus ojos se alargaban, oscuros, misteriosos. «Todo, todo». Fue entonces cuando comenzó a mentir. Ella era, pues, una persona que ya había empezado. Todo aquello era imposible de explicar, como aquella palabra «nunca», que no era ni masculina ni femenina. Pero incluso así ella no sabía cuándo tenía que decir sí. Lo sabía. Lo sabía cada vez más. Por ejemplo, el mar. El mar era mucho. Tenía ganas de hundirse en la arena pensando en él, y de abrir los ojos, mirar, pero después no hallaba hacia dónde mirar. En la casa de su tía, desde luego, le darían dulces los primeros días. Se bañaría en la bañera azul y blanca cuando viviera en la casa. Y todas las noches, cuando oscureciera, se pondría el camisón y se iría a dormir. Por la mañana, café con leche y bizcochos. La tía siempre hacía los bizcochos grandes. Pero sin sal. Como una persona de negro mirando hacia el tranvía. Mojaría el bizcocho en el mar antes de comer. Le daría un mordisco y correría hacia la casa para beber un vaso de café. Y así siempre. Después jugaría en el patio, donde había palos y botellas. Y sobre todo aquel gallinero viejo sin gallinas. El olor de cal, de suciedad y de cosas secándose. Pero se podría quedar allí sentada, en el suelo, viendo la tierra. Aquella tierra formada de tantos pedazos que a una le dolía la cabeza de pensar en cuántos. El gallinero tenía hasta escalones, sería su casa. Y además estaba la hacienda del tío, que ella apenas conocía, pero donde pasaría de ahora en adelante los días de fiesta. Cuántas cosas estaba ganando, ¿verdad? Ocultó la cara entre las manos. ¡Qué miedo, qué miedo! Pero no era solo miedo. Era como cuando terminaba una cosa y decía: ya acabé, señorita. Y la profesora decía: espera a que acaben los otros. Y todos se quedaban quietos, esperando, como dentro de una iglesia. Una iglesia alta y sin decir nada. Con los santos leves y delicados. Cuando la gente los toca, son fríos. Fríos y divinos. Y nada dice nada. ¡Oh, el miedo, el miedo! Pero no era solo miedo. No tengo nada que hacer y no sé qué hacer. Como mirar una cosa bonita, un pollito blando, el mar, un ahogo en la garganta. Pero no era solo eso. Ojos abiertos parpadeando, mezclados con las cosas de detrás de la cortina.

Alegrías de Juana

La libertad que a veces sentía no procedía de reflexiones nítidas, sino de un estado como hecho de percepciones excesivamente orgánicas para ser formuladas en pensamientos. A veces, en el fondo de la sensación latía una idea que le daba leve consciencia de su especie y de su color.

El estado hacia donde se deslizaba cuando murmuraba: eternidad. El propio pensamiento adquiría una cualidad de eternidad. Se profundizaba mágicamente y se alargaba, sin tener propiamente un contenido y una forma, sin dimensiones. Tenía la impresión de que, si conseguía mantenerse en la sensación unos instantes más, tendría una revelación —fácilmente, como ver el resto del mundo inclinándose de la tierra al espacio—. Eternidad no era solo el tiempo, sino algo como la certeza arraigadamente profunda de no poder contenerlo en el cuerpo a causa de la muerte; la imposibilidad de rebasar la eternidad era eternidad; y también era eterno un sentimiento de pureza absoluta, casi abstracto. Sobre todo, daba idea de eternidad la imposibilidad de saber cuántos seres humanos se sucederían después de su cuerpo que un día estaría distante del presente con la velocidad de un bólico.

Definía la eternidad y las explicaciones resultaban fatales como los latidos del corazón. De ellas no cambiaría ni un término siquiera, tal era su verdad. En cuanto brotaban quedaban vacías de lógica. Definir la eternidad como una cantidad mayor que el tiempo y mayor incluso que el tiempo que la mente humana puede soportar en idea; no nos permitiría alcanzar su duración. Su cualidad era exactamente no tener cantidad, no ser mensurable ni divisible porque todo lo que se puede medir y dividir tiene un principio y un fin. Eternidad no era la cantidad infinitamente grande que se desgastaba, la eternidad era la sucesión.

Juana comprendía súbitamente que en la sucesión era donde se encontraba la máxima belleza, que el movimiento explicaba la forma —era tan alto y puro gritar: ¡el movimiento explica la forma!—, en la sucesión también se encontraba el dolor porque el cuerpo es más lento que el movimiento de continuidad ininterrumpida. La imaginación aprehendía y poseía el futuro del presente, mientras el cuerpo se quedaba en el comienzo del camino, viviendo en otro ritmo, ciego a la experiencia del espíritu... A través de estas percepciones —por medio de ellas Juana hacía existir alguna cosa—, se comunicaba con una alegría suficiente en sí misma.

Había muchas sensaciones buenas. Subir a la montaña, pararse en la cima y, sin mirar, sentir atrás la extensión conquistada, con la hacienda allá lejos. El viento hacía volar la ropa y el cabello. Los brazos libres, y el corazón latiendo salvajemente, y el rostro claro y sereno bajo el sol. Sabiendo principalmente que la tierra, bajo los pies, era tan profunda y tan secreta que no tenía que temer una invasión del entendimiento disolviendo su misterio. Aquella sensación tenía una calidad de gloria.

Ciertos momentos de música. La música era de la misma categoría que el pensamiento, ambos vibraban en el mismo movimiento y especie. De la misma

calidad del pensamiento tan íntimo que, al oírla, este se revelaba. Del pensamiento tan íntimo que oyendo a alguien repetir los ligeros matices de los sonidos, Juana se sorprendía como si quedara invadida y dispersa. Incluso dejaba de sentir la armonía cuando esta se popularizaba —entonces ya no era suya—. Lo mismo le ocurría cuando la escuchaba varias veces, con lo que destruía la semejanza: porque su pensamiento jamás se repetía, mientras que la música se podía renovar igual a sí misma otra vez —el pensamiento solo era igual a la música mientras se estaba creando—. Juana no se identificaba profundamente por igual con todos los sonidos. Solo con aquellos puros, donde lo que amaba no era trágico ni cómico.

Había muchas cosas que ver también. Ciertos instantes de visión valían como «flores sobre la tumba»: lo que se veía pasaba a existir. Sin embargo, Juana no esperaba la visión en un milagro anunciado por el ángel Gabriel. La sorprendía incluso en lo que ya había visto, pero de repente lo veía por primera vez, comprendiendo que aquello aún vivía. Por ejemplo un perro ladrando, recortándose contra el cielo. Eso existía por sí solo, no precisaba nada más para quedar explicado... Una puerta abierta balanceándose de allá para acá, rechinando en el silencio de una tarde... Y de repente, allí estaba la cosa verdadera. Un retrato antiguo de alguien a quien no se conoce y nunca se reconocerá porque el retrato es antiguo o porque el retratado se convirtió en polvo —esta modesta falta de intención provocaba en ella un momento quieto y grato—. Y lo mismo un mástil sin bandera, erecto y mudo, hincado en un día de verano —rostro y cuerpo ciegos—. Para tener una visión, la cosa no necesitaba ser triste o alegre o manifestarse. Bastaba con que existiera, sobre todo parada y silenciosa, para que sintiera en ella la señal. Por Dios, la señal de la existencia... Pero eso no debería ser buscado dado que todo lo que existía existía forzosamente... La visión consistía en sorprender el símbolo de las cosas en las propias cosas.

Los descubrimientos llegaban en confusión. Pero en esto también había cierta gracia. ¿Cómo explicarse a sí misma, por ejemplo, que las líneas delgadas y largas tenían claramente la marca? Eran finas y delgadas. En determinado momento parecían solo líneas, igual que al comienzo. Interrumpidas, siempre interrumpidas no porque terminasen, sino porque nadie podía llevarlas a un fin. Los círculos eran más perfectos, menos trágicos, y no la sorprendían lo suficiente. El círculo era el trabajo del hombre, acabado antes de la muerte, y ni Dios lo habría completado mejor. Mientras que las líneas rectas, finas y sueltas eran como pensamientos.

Había otras confusiones aún. Se acordaba de Juana-pequeñita ante el mar: la paz que venía de los ojos del buey, la paz que venía del cuerpo tendido del mar, del vientre profundo del mar, del gato aplastado sobre la calzada. Todo es uno, todo es uno... cantaba. La confusión estaba en el entrelazamiento del mar, del gato, del buey con ella misma. La confusión venía también de que no sabía si había entrado «todo es uno» aun de pequeña, ante el mar, o después, recordándolo. Sin embargo, la confusión no solo ponía la gracia, sino que era la realidad. Le parecía que si ordenaba

y explicaba claramente lo que sentía, habría destruido la esencia de «todo es uno». En la confusión, ella era la propia verdad inconscientemente, lo que tal vez le daba más poder-de-vida que conocerla. Esa verdad que, incluso revelada, Juana no podía usar porque no formaba su tallo, sino la raíz, prendiendo su cuerpo a todo lo que no era ya suyo, imponderable, impalpable.

Oh, había muchos motivos de alegría, alegría sin risas, seria, profunda, lozana. Cuando descubría cosas sobre sí misma exactamente en el momento en que hablaba y el pensamiento corría paralelo a la palabra. Un día le había contado a Octavio historias de «Juana-niña», del tiempo de la criada que sabía jugar como nadie. Jugaba maravillosamente.

—¿Estás durmiendo?

—Mucho.

—Despierta entonces; es ya la madrugada... ¿Has soñado?

Al principio soñaba con ovejas, con ir a la escuela, con gatos bebiendo leche. Luego, soñaba con ovejas azules, con ir a la escuela en medio del bosque, con gatos bebiendo leche en cazos de oro. Y los sueños cada vez eran más densos y adquirían colores difíciles de traducir en palabras.

—Soñé que unas bolas blancas me subían por dentro...

—¿Qué bolas? ¿De dentro de dónde?

—No lo sé, solo sé que venían...

Después de escucharla, Octavio le había dicho:

—Estoy pensando que tal vez te abandonaron muy pronto... en casa de tu tía... los extraños... después el internado...

Juana pensó: pero estaba el profesor. Contestó:

—No... ¿Qué más habrían podido hacer conmigo? ¿Haber tenido una infancia, no es lo máximo ya? Nadie podrá arrancármela... —En ese instante ya empezaba a escucharse, curiosa.

—Yo por nada del mundo querría volver a mi infancia —continuó diciendo Octavio, absorto, pensando seguramente en el tiempo de su prima Isabel y de la dulce Lidia—. Ni por un momento.

—Yo tampoco —se apresuró a decir Juana—. Ni por un segundo. No siento añoranza, ¿sabes?

En ese momento hablaba alto, lentamente, deslumbrada. Siguió:

—No es añoranza, porque yo ahora tengo mejor mi infancia que cuando esta transcurría...

Sí, había muchas cosas alegres mezcladas con la sangre.

Y Juana podía pensar y sentir en varios caminos diversos, simultáneamente. Así, mientras Octavio hablaba, a pesar de estar escuchándole observaba por la ventana a una viejecita al sol, mugrienta, enjuta y apresurada —trémula rama agitada por la brisa—. Un brote seco donde había tanta feminidad, pensaba Juana, que hasta podría tener un hijo si la vida no se hubiera secado en su cuerpo. Después, incluso mientras

contestaba a Octavio, recordaba aquel verso que su padre había compuesto para que ella jugara:

*Margarita a Violeta conocía,
una era ciega, la otra bien loca vivía;
la ciega sabía lo que la loca decía
y terminó viendo lo que nadie más veía...*

como una rueda rodando, rodando, agitando el aire y creando brisa.

Incluso sufrir era bueno, porque mientras se desarrollaba el más bajo sufrimiento también se existía —como un río aparte—.

Y también se podía esperar el instante que llegaba... que llegaba... y, de repente, se precipitaba en presente, y de repente se disolvía... y otro que venía... que venía...

... El baño...

En el momento en que la tía fue a pagar la compra, Juana cogió el libro y lo metió cuidadosamente entre los otros que llevaba debajo del brazo. La tía palideció.

Una vez en la calle, la mujer buscó con cuidado las palabras:

—Juana... Juana, lo he visto...

Juana le lanzó una rápida mirada y continuó callada.

—¿No dices nada? —dijo la tía sin poderse contener, con voz llorosa—. ¿Dios mío, qué va a ser de ti?

—No se preocupe, tía.

—Pero si todavía eres una niña... ¿Tú sabes lo que has hecho?

—Lo sé...

—¿Sabes..., sabes la palabra...?

—Que robé el libro, ¿no es eso?

—¡Dios me valga! Ya no sé qué hacer. Encima lo confiesas.

—Usted me ha obligado a confesarlo.

—Tú crees que se puede... ¿que se puede robar?

—Bueno... tal vez no.

—¿Entonces por qué...?

—Yo puedo.

—¿Tú? —gritó la tía.

—Sí, he robado porque quise. Solo robaré cuando quiera. No hago ningún mal.

—¡Santo Dios! ¿Y cuándo consideras tú que es malo robar, Juana?

—Cuando la gente roba y tiene miedo. Yo no estoy ni triste ni contenta.

La mujer la miró asustada:

—Hija mía, eres ya casi una jovencita, poco te falta para ser una mujer... Dentro de unos días tendrás que llevar falda larga... Por favor te pido que no hagas eso nunca más, prométemelo; prométemelo en nombre de tu padre.

Juana la miró con curiosidad:

—Pero si yo estoy diciendo que puedo hacerlo todo, que... —Todas las explicaciones resultaban inútiles—. Sí, lo prometo. En nombre de mi padre.

Más tarde, cuando pasaba por delante del cuarto de la tía, Juana la oyó, la voz baja y la respiración entrecortada. Juana pegó el oído a la puerta, en aquel lugar donde hasta se veía ya la señal de su cabeza.

—Como un pequeño demonio... Yo, con mi edad y mi experiencia, después de haber criado a una hija ya casada, no sé qué hacer con Juana... Nunca tuve esas preocupaciones con nuestra Armada, que Dios la conserve para su marido. No puedo cuidar más de esta niña, Alberto, te juro que... Yo puedo hacerlo todo, me dijo después de robar... Imagínate... me quedé pálida. Se lo conté al padre Feliciano, le pedí consejo... Él también se quedó asustado... ¡Es imposible continuar así! Incluso aquí en casa está siempre callada, como si no necesitase a nadie... Y cuando mira

parece que la aplasta a una...

—Sí —dijo el tío lentamente—, el régimen severo de un internado tal vez podría amansarla. El padre Feliciano tiene razón. Estoy seguro de que si mi hermano estuviera vivo no dudaría en meter a Juana en un internado, después de verla robar... Ese pecado precisamente, uno de los que más ofenden a Dios... En el fondo es eso lo que más me duele: al padre, aun siendo tan descuidado como era, no le importaría nada mandar a Juana incluso a un reformatorio... Me da pena esa pobre Juana. Tú sabes muy bien que nosotros nunca habríamos internado a Armanda, aunque hubiera robado la librería entera.

—¡Es distinto! ¡Es distinto! —explotó la tía, victoriosa—. ¡Armanda hasta robando habría sido una persona! Pero esa niña... ¡No hay que sentir pena en estos casos, Alberto! Soy yo la víctima... Hasta cuando Juana no está en casa estoy nerviosa. Te parecerá una locura pero me da la impresión de que me está vigilando... como si supiera lo que pienso... A veces me estoy riendo y de repente me paro y me quedo helada. Dentro de poco, en mi propia casa, en mi hogar, en el lugar donde crie a mi hija, voy a tener que pedirle disculpas no sé de qué a esa mocosa... Es una víbora. Es una víbora fría, Alberto. En ella no hay amor ni gratitud. Es inútil quererla e inútil tratar de hacerle bien. Presiento que esta niña es capaz de matar a alguien...

—¡No digas esto! —exclamó el tío asustado—. ¡Si el padre de Juana fuera otro, se levantaría ahora de su tumba al oírte!

—Perdona, parezco loca; es ella quien me hace decir esas herejías... Es un bicho extraño, Alberto, sin amigos y sin Dios. Él me perdone.

Las manos de Juana se habían movido independientemente de su voluntad. Se las quedó mirando vagamente curiosa y luego las olvidó. El techo era blanco, el techo era blanco. Hasta sus hombros, que Juana siempre consideraba tan distantes de sí misma, palpitaban vivos, trémulos. ¿Quién era ella? La víbora. Sí, sí, ¿adónde podía huir? No se sentía débil. Al contrario, se sentía poseída de un vigor poco corriente, mezclado con cierta alegría, sombría y violenta. Estoy sufriendo, pensó de repente y se sorprendió. Estoy sufriendo, le decía una conciencia aparte. Y, súbitamente, ese otro ser se agigantó y ocupó el lugar del que sufría. Nada ocurría si ella continuaba esperando lo que iba a ocurrir... Se podían parar los acontecimientos y latir vacía como los segundos del reloj. Durante unos instantes se quedó como vacía, vigilándose atentamente, esperando la vuelta del dolor. ¡No, no la quería! Y como para detenerse, llena de fuego, abofeteó su propio rostro.

Una vez más fue al encuentro del profesor, que no sabía aún que ella era una víbora...

El profesor la admitía de nuevo, milagrosamente. Y milagrosamente penetraba en el mundo sombrío de Juana y allí se movía ligera, delicadamente.

—La cuestión está no en valer más para los otros de acuerdo con el ideal humano; la cuestión es valer más dentro de uno mismo. ¿Comprendes, Juana?

—Sí, sí...

El profesor habló toda la tarde:

—En definitiva, en esa búsqueda del placer está resumida la vida animal. La vida humana es más compleja: se resume en la busca del placer, en su temor, y sobre todo en la insatisfacción de los intervalos. Es un poco simplista lo que estoy diciendo, pero no importa. ¿Me comprendes? Toda ansia es busca de placer. Todo remordimiento, piedad, bondad, es su temor. Toda la desesperación y la búsqueda de otros caminos son la insatisfacción. Esto es en resumen. ¿Comprendes?

—Sí.

—El que rechaza el placer, el que se hace monje, en cualquier sentido, es porque tiene una enorme capacidad para el placer, una capacidad peligrosa, por eso tiene un temor mayor todavía. Solo quien guarda las armas bajo llave teme disparar sobre todos los demás.

—Sí...

—Yo digo: quien se niega... Porque están los... los planes, los hechos de una tierra que sin abono nunca florecerá.

—¿Yo?

—¿Tú? No, por Dios... Tú eres de las que matarían para florecer.

Juana continuaba escuchándolo, y era como si sus tíos jamás hubiesen existido, como si el profesor y ella misma estuvieran aislados dentro de la tarde, dentro de la comprensión.

—No, realmente no sé qué consejos podría darte —le decía el profesor—. Dime antes que nada: ¿qué es bueno y qué es malo?

—No lo sé...

—No, «no lo sé» no es la respuesta. Aprende a encontrar todo lo que existe dentro de ti.

—Bueno es vivir... —balbuceó Juana—. Malo es...

—¿Es?...

—Malo es no vivir...

—¿Morir? —preguntó él.

—No, no... —gimió Juana.

—¿Qué es entonces? Dime.

—Malo es no vivir, solo eso. Morir es otra cosa. Morir es diferente de bueno y malo.

—Sí —dijo él sin entenderlo—. Bien. Ahora dime, por ejemplo: ¿cuál es el hombre más importante en la actualidad para ti?

Juana pensaba, pensaba y no contestaba.

—¿Cuál es la cosa que más te gusta? —le preguntó.

El rostro de Juana se iluminó; se dispuso a hablar y, de repente, descubrió que no sabía qué decir.

—No lo sé, no lo sé —dijo desesperada.

—¿Cómo no? ¿Por qué te reías entonces de satisfacción? —dijo sorprendido el

profesor.

—No sé...

La miró severamente:

—Que no sepas cuál es el hombre más importante en la actualidad a pesar de conocer a muchos, pase. Pero que no sepas lo que tú misma sientes, eso es lo que me desagrada.

Lo miró afligida.

—La cosa que más me gusta en el mundo... la siento aquí dentro, así abriéndose... Casi, casi puedo decirlo, pero no puedo...

—Intenta explicarlo —dijo el profesor con las cejas fruncidas.

—Es como una cosa que será... Es como...

—¿Es cómo?... —El profesor se inclinó exigente y serio.

—Es como unas ganas de respirar fuerte, y también el miedo... No sé... No sé, casi duele. Es todo... Es todo.

—¿Todo?... —se extrañó el profesor.

Juana asintió con la cabeza, emocionada, misteriosa, intensa: todo... El profesor continuó mirándola un momento, su cara angustiada y poderosa.

—Está bien.

El profesor parecía satisfecho pero Juana no entendía por qué, pues no había conseguido decir nada respecto a «aquello». Pero si él decía «Está bien», pensó Juana ardientemente, con el alma entregada, si él decía «Está bien», era verdad.

—¿Cuál es la persona a quien más admiras? Además de a mí, además de a mí, quiero decir —dijo el profesor—. Si no me ayudas, no llegaré a conocerte y no podré guiarte.

—No sé —dijo Juana retorciéndose las manos debajo de la mesa.

—¿Por qué no has mencionado a ninguno de esos grandes hombres que andan por ahí? Por lo menos conoces a una decena de ellos. Eres excesivamente sincera, excesivamente, sí —dijo el profesor molesto.

—No sé...

—Está bien, no importa —dijo el profesor tranquilizándola—. No sufras nunca por no tener opinión respecto a algunos asuntos. No sufras nunca por ser una cosa o por no serla. De todas maneras, supongo que solo aceptarías este consejo. Y acostúmbrate: lo que sentiste sobre eso de lo que más te gusta en el mundo tal vez sea solo gracias a no tener opinión precisa sobre los grandes hombres. Tendrás que dar muchas cosas para tener otras. —Pausa—. ¿Te aburres con esto?

Juana pensó durante unos momentos, la cabeza oscura inclinada, los grandes ojos abiertos.

—¿Pero teniendo la cosa más alta —dijo Juana lentamente—, se puede decir que una ya no tiene las que están más abajo?

El profesor negó con la cabeza.

—No —dijo—. No. No siempre. A veces se posee lo más alto y al final de la vida

se tiene la impresión... —La miró de reojo—. Se tiene la impresión de que se está muriendo virgen. Y es que las cosas tal vez no son más altas o más bajas, simplemente son de cualidad diferente. ¿Comprendes?

Sí, estaba comprendiendo las palabras y todo lo que se encerraba en ellas. Pero, pese a todo, tenía la sensación de que poseían una puerta falsa, disfrazada, por donde se podría encontrar su verdadero sentido.

—Creo que son más de lo que usted dice —terminó diciendo Juana.

Con un súbito movimiento, sin darse casi cuenta, el profesor le tendió la mano por encima de la mesa. Juana se estremeció de placer, y le dio la suya, sonrojada.

—¿Qué es eso? —dijo bajito. Amaba a aquel hombre como si ella fuera una hierba frágil y el viento la doblase, la azotase.

Él no contestó, pero sus ojos miraban intensos y tristes. ¿Qué?, súbitamente Juana se asustó.

—¿Qué va a ocurrirme?

—No lo sé —contestó él después de un corto silencio—, tal vez serás feliz alguna vez, no lo sé, con una felicidad que pocas personas envidiarán. No sé siquiera si se le podría llamar felicidad. Tal vez nunca logres encontrar a alguien que sienta como tú, como...

La mujer del profesor entró en la habitación, era alta y casi bonita con su cabello cobrizo, corto y liso. Y sobre todo aquellos muslos largos y serenos moviéndose ciegamente, pero con una seguridad que asustaba. ¿Qué iba a decir el profesor —pensó Juana— antes de que «ella» entrara? Tal vez nunca logres encontrar a alguien que sienta como tú, como... ¿Como yo? ¡Ah, aquella mujer! La miró con mirada huidiza, y bajó los ojos llena de rabia. El profesor estaba allí de nuevo distante, con la mano retirada y los labios apretados hacia adentro, indiferente como si Juana fuese solo su «amiguita», como decía su mujer.

La mujer se acercó y puso su mano blanca y larga, como de cera, pero extrañamente atractiva, sobre el hombro del marido. Y Juana vio, con un dolor que casi le impedía tragar la saliva, el bello contraste entre aquellos dos seres. Los cabellos todavía negros de él, su cuerpo enorme como el de un animal mayor que el hombre.

—¿Quieres la cena ahora? —le preguntó la esposa.

El profesor jugueteaba con el lápiz entre los dedos.

—Sí, voy a salir más pronto.

La mujer sonrió a Juana y se retiró lentamente.

Todavía insegura, Juana pensó que de nuevo el paso de aquella criatura dejaba claro que el profesor era un hombre y que ella ni siquiera era «una muchacha». ¿Notaría él al menos, Dios mío, notaría él al menos cuán odiosa era aquella mujer blanca y de qué manera sabía destruir cualquier conversación anterior?

—¿Tiene clase esta noche? —preguntó titubeante con la esperanza de que pudiera continuar hablando. Se ruborizó cuando pronunció las palabras, tan blancas, dichas

tan sin derecho... No en el tono con que la mujer había dicho, hermosa y tranquila: «¿Vas a cenar más temprano?».

—Sí —contestó el profesor mientras recogía los papeles que tenía sobre la mesa.

Juana se levantó para irse inmediatamente, pero antes de que pudiera darse cuenta de su propio gesto, se sentó de nuevo. Incluyó la cabeza sobre la mesa y empezó a llorar escondiendo los ojos. A su alrededor todo era silencio, y Juana podía oír los pasos sofocados y silenciosos de alguien que andaba por el interior de la casa. Transcurrió un largo minuto antes de sentir sobre su cabeza un peso leve, suave, era la mano. La mano de él. Oyó el sonido hueco del corazón, dejó de respirar. Se concentró entera sobre sus propios cabellos que vivían ahora arriba, en su cabeza, enormes, nerviosos, gruesos bajo aquellos dedos extraños y animados. Otra mano le levantó la barbilla y Juana se dejó examinar sumisa y trémula.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó el profesor sonriendo—. ¿Ha sido por nuestra conversación?

Juana no podía hablar, balanceó la cabeza negativamente.

—¿Qué ha sido entonces? —insistió el profesor con voz firme.

—Es porque soy fea —contestó obediente, la voz agarrotada en la garganta.

El profesor se asustó. Abrió más los ojos, los clavó en ella con sorpresa.

—Vamos —dijo el profesor echándose a reír después de un instante—, al final casi me había olvidado de que estaba hablando con una chiquilla... ¿Quién ha dicho que eres fea? —Se rio de nuevo—. Levántate.

Juana se levantó, con el corazón oprimido, consciente como siempre de que sus rodillas estaban cenicientas y opacas.

—Bueno, un poco sin forma todavía, de acuerdo, pero ya mejorará, no te preocupes —dijo.

Juana le miró a través de las últimas lágrimas. ¿Cómo podría explicarle? No quería consuelo, no la había entendido...

El profesor frunció la frente ante aquella mirada. ¿Qué?, ¿qué?, se preguntó a sí mismo con desagrado.

Juana contuvo la respiración:

—Puedo esperar.

Tampoco el profesor respiró durante unos segundos. Preguntó con voz monótona, súbitamente fría:

—¿Esperar, qué?

—Esperar a que sea bonita. Bonita como «ella».

La culpa era de él, fue su primer pensamiento, como una bofetada en su propio rostro. La culpa era suya por haberle hecho excesivo caso a Juana, por haber buscado, sí, buscado —no huyas, no huyas—, pensando que sería impunemente, su promesa de juventud, aquel tallo frágil y ardiente. Y antes de que pudiera contener su pensamiento —con las manos crispadas bajo la mesa—, él vio implacable: el egoísmo y el hambre grosera de la vejez que se aproximaba. Oh, cómo se odiaba por

haber pensado aquello. «Ella», la esposa, ¿era más bonita? La «otra» también lo era. Y la «otra», de hoy por la noche, también. Pero ¿quién tenía aquella imprecisión en el cuerpo, las piernas nerviosas, los senos todavía por nacer? —¡oh, milagro!, todavía por nacer, pensó aturdido con la vista turbia—, ¿quién era como agua clara y fresca? La vejez se acercaba. Se encogió aterrorizado, furioso, cobarde.

De nuevo entró la esposa. Se había cambiado de ropa para la noche y su cuerpo recio y preciso quedaba ahora envuelto en una lana azul. El marido la miró lentamente, con expresión indefinida, un poco estúpida. La mujer soportó la mirada seria, enigmática, con una media sonrisa en la cara. Juana se sintió pequeña, se sentía pequeña y oscura delante de aquella piel brillante. Sintió que la vergüenza de la escena anterior se apoderaba de ella y la convertía en algo temiblemente ridículo.

—Ya voy —dijo.

La mujer —¿o acaso se engañaba?—, la mujer la miró a los ojos, comprendiendo, ¡comprendiendo! Y enseguida levantó la cabeza, los ojos claros y tranquilos en la victoria, tal vez con un poco de simpatía:

—¿Cuándo volverás, Juana? Tienes que hablar con más frecuencia con el profesor...

Con el profesor, seguía diciendo jugueteando con la intimidad, y era blanca y lisa. No miserable y sin saber nada, no abandonada, no con las rodillas sucias como Juana. ¡Como Juana! Juana se levantó, sabía que su falda era corta, que la blusa se pegaba a su busto minúsculo y vacilante. Huir, correr hacia la playa, echarse de bruces sobre la arena, esconder el rostro, oír el rumor del mar.

Estrechó la mano suave de la mujer, estrechó la de él, grande, mayor que la mano de un hombre.

—¿No quieres llevarte el libro?

Juana se volvió y lo vio. Vio su mirada. Brilló dentro de ella el descubrimiento, una mirada como un apretón de manos, una mirada que sabía que ella deseaba la playa. Pero ¿por qué de un modo tan débil, tan sin alegría? ¿Qué había ocurrido al final? Pocas horas antes la habían llamado víbora, el profesor huía, la mujer estaba allí esperando. ¿Qué ocurría? Todo retrocedía... Y, de repente, el ambiente se destacó en su conciencia como un grito, se engrandeció con todos los detalles sumergiendo a las personas en una gran ola... Sus propios pies vacilaban. La sala donde había estado ya tantas tardes centelleaba con el crescendo de una orquesta, mudamente, como una venganza por su distracción. De pronto, Juana descubrió la insospechada potencia de aquel aposento quieto. Era extraño, silencioso, ausente como si nunca hubiera nadie pisado en él, como si fuera una reminiscencia. Las cosas habían estado ocultas hasta entonces y ahora se aproximaban, la cercaban, brillando en la penumbra del crepúsculo; perpleja, vio sobre la brillante cristalera la estatua desnuda de líneas dulcemente apagadas como en un fin de movimiento. El silencio de las sillas inmóviles y finas se transmitió a su cerebro y lo vació lentamente... Oyó pasos apresurados en la calle, vio a la mujer alta y seria mirándola también y a aquel

hombre fuerte de espalda encorvada. ¿Qué esperaban de ella? Se asustó. Notó la cubierta dura del libro entre sus dedos, lejos, lejos como si un abismo la separase de sus propias manos. ¿Qué entonces? ¿Por qué cada criatura tenía algo que decirle? ¿Por qué, por qué? ¿Y qué exigían absorbiéndola siempre? El vértigo, rápido como un remolino, se apoderó de su cabeza e hizo vacilar sus piernas. Estaba de pie delante de ellos hacía ya algunos minutos, callada, sintiendo la casa, pero ¿por qué las personas no se sorprendían de su actitud, para ellas inexplicable? Ah, todo era de esperar de ella, claro, la víbora, incluso aquello que parecía extraño, la víbora, oh, el dolor, la alegría doliendo. Los dos se destacaban de las sombras, quietos frente a ella y solo en la mirada del profesor había un poco de sorpresa.

—Me quedé aturdida —dijo a media voz, y la cristalera seguía irradiando luz como un santo.

Apenas había hablado, todavía con la vista oscurecida, Juana notó un movimiento casi imperceptible en la esposa del profesor. Se miraron, y algo malvado, ávido y humillado en la mujer hizo que Juana estupefacta empezara a comprender... ¡Era el segundo vértigo de aquel día! ¡Sí, era el segundo vértigo de aquel día! Como un clarín... Los miró intensamente. ¡Me voy ahora mismo de esta casa!, gritó agitada. Cada vez se cerraba más la sala, ¡de un momento a otro despertaría la furia en el hombre y en la mujer! Como la lluvia que se desencadena, como la lluvia que se desencadena...

Sus pies se hundían en la arena y emergían de nuevo pesados. Ya era de noche, el mar rodaba oscuro, nervioso, las olas se mordían en la playa. El viento había anidado en sus cabellos y hacía agitarse como loco su corto flequillo. Juana no sentía ya aquel aturdimiento, ahora un brazo brutal pesaba sobre su pecho, un peso grato. Rápidamente pensó: pronto me ocurrirá algo. ¡Era el segundo vértigo en un solo día! Por la mañana, al saltar de la cama, y ahora... Estoy cada vez más viva, sintió vagamente. Echó a correr. Súbitamente se sentía más libre, con más rabia de todo, se sentía triunfante. Pero no era rabia, sino amor. Un amor tan fuerte que solo conseguía agotar su pasión en la fuerza del odio. Ahora soy una víbora solitaria. Se acordó de que realmente se había separado del profesor, que después de aquella conversación jamás podría volver... Lo sentía lejos, en aquella atmósfera que ahora recordaba con asombro y sin familiaridad. Sola...

El tío y la tía ya estaban a la mesa. ¿Pero a cuál de ellos podría decirle: tengo cada vez más fuerza, estoy creciendo, seré ya una mujer? No podía decírselo ni a ellos ni a nadie. Porque tampoco podría preguntarle a nadie: dígame, ¿cómo son las cosas? y oír: tampoco lo sé, como le había contestado el profesor. El profesor reapareció en su mente como en aquel último instante, inclinado hacia ella, asustado o feroz, no lo sabía, pero retrocediendo, eso es, retrocediendo. La respuesta, sintió, no le importaba demasiado. Lo que valía era que la pregunta fuera aceptada, que pudiera existir. Su tía le contestaría sorprendida: ¿qué cosas? Y si lograra entenderlo le diría: son así, así y así. ¿Con quién podría hablar ahora de las cosas que existen, con la misma

naturalidad con que se habla de las otras, de las que solo están?

Cosas que existen, otras que solo están... Se sorprendió con aquel nuevo pensamiento, inesperado, que viviría de ahora en adelante como las flores sobre la tumba. Que viviría, que viviría, otros pensamientos nacerían y vivirían y ella misma incluso estaba más viva. La alegría le paralizó el corazón, feroz, le iluminó el cuerpo. Apretó el vaso entre los dedos, bebió agua con los ojos cerrados como si fuese vino, sangriento y glorioso vino, la sangre de Dios. Sí, a ninguno de ellos le explicaría que todo cambiaba lentamente... Que ella se había guardado la sonrisa como quien apaga finalmente la lámpara y decide acostarse. Ahora las criaturas no eran admitidas en su interior, fundiéndose en él. Las relaciones con las personas se volvían cada vez más diferentes de las relaciones que mantenía consigo misma. La dulzura de la infancia desaparecía en sus últimos rasgos, alguna fuente se cerraba hacia el exterior y lo que ella ofrecía al paso de los extraños era arena incolora y seca. Pero caminaba hacia adelante, siempre hacia adelante como se anda en la playa, cuando el viento acaricia el rostro y levanta hacia atrás los cabellos.

Cómo decirles: es el segundo vértigo en un día, aunque estuviera ardiendo en deseos de confiar su secreto a alguien. Porque nadie más en toda su vida, nadie más tal vez le diría como el profesor: se vive y se muere. Todos se olvidaban de aquello, solo sabían divertirse. Los miró. Su tía se divertía con una casa, una cocinera, un marido, una hija casada y las visitas. El tío se divertía con el trabajo, con la hacienda, jugando al ajedrez, con los periódicos. Juana procuró analizarlos, sintiendo que así los destruiría. Sí, se amaban de una manera lejana y vieja. De vez en cuando, ocupados con sus juguetes, se lanzaban miradas inquietas, como para asegurarse de que continuaban existiendo. Después volvían a mantener la aburrida distancia que disminuía con ocasión de algún resfriado o de un aniversario. Dormían juntos, claro, pensó Juana, sin encontrar ningún placer en aquella maliciosa observación.

La tía le tendió el cestillo del pan en silencio. El tío no levantaba los ojos del plato.

La comida era una de las grandes preocupaciones de la casa, continuó pensando Juana. A la hora de las comidas, con los brazos apoyados pesadamente sobre la mesa, el hombre se alimentaba jadeando ligeramente porque sufría del corazón y mientras masticaba, con un poco de comida saliéndosele de la boca, su mirada se fijaba vidriosa en cualquier punto, la atención vuelta a las sensaciones interiores que la comida le producía. La tía cruzaba los pies bajo la silla, y, con las cejas fruncidas, comía con una curiosidad que se renovaba a cada bocado, el rostro rejuvenecido y nuevo. ¿Pero por qué hoy no se levantaban de la silla? ¿Por qué procuraban no hacer ruido con los cubiertos, como si alguien estuviera muerto o dormido? Soy yo la causa, adivinó Juana.

Alrededor de la mesa oscura bajo la luz opaca que caía de las franjas sucias de la lámpara, también el silencio se sentía en aquella noche. Juana había momentos en que paraba para oír el ruido de las dos bocas masticando y el tictac ligero y nervioso del

reloj. Entonces la mujer abría los ojos, e inmóvil, con el tenedor en la mano, esperaba ansiosa y humilde. Juana desviaba la vista, victoriosa, bajaba la cabeza con una alegría profunda que inexplicablemente estaba mezclada con un doloroso ahogo en la garganta, con una imposibilidad de sollozar.

—¿Armanda no ha venido? —La voz de Juana apresuró el tictac del reloj e hizo nacer un súbito y rápido movimiento en la mesa.

Los tíos se miraron furtivamente. Juana respiró fuerte: ¿le tenían miedo, pues?

—El marido de Armanda no tiene guardia hoy, por eso ella no vino a cenar —contestó la tía. De repente, satisfecha, se puso a comer. El tío masticaba más deprisa. Volvió el silencio, sin disolver el murmullo lejano del mar. No tenían valor, eso era lo que ocurría.

—¿Cuándo voy a ir al internado? —preguntó Juana.

El plato de sopa se le cayó de las manos a la tía, el caldo oscuro y cínico se extendió rápidamente por la mesa. El tío dejó los cubiertos sobre el plato con cara angustiada.

—Cómo sabes que... —balbuceó confuso...

Había estado escuchando detrás de la puerta...

El mantel empapado humeaba dulcemente como los restos de un incendio. Inmóvil y fascinada como ante algo irremediable, la mujer miraba la sopa derramada que se enfriaba rápidamente.

El agua ciega y sorda, pero no muda, brillaba y producía un ruido alegre al chocar contra el esmalte claro de la bañera. El cuarto estaba saturado de pesados vapores, los espejos empañados, el reflejo del cuerpo ya desnudo de una joven se reflejaba en los mosaicos húmedos de las paredes.

La muchacha ríe suavemente de la alegría del cuerpo. Sus piernas delgadas, lisas, y los senos pequeños surgen del agua. Ella misma apenas se conoce, todavía no ha crecido del todo, apenas si salió de la infancia. Extiende una pierna, mira el pie de lejos, lo mueve lentamente como un ala frágil. Levanta los brazos por encima de la cabeza, hacia el techo perdido en la penumbra, con los ojos cerrados, sin ningún sentimiento, solo movimiento. El cuerpo se alarga, se despereza, refulge húmedo en la penumbra —es una línea tensa y trémula—. Cuando deja caer los brazos de nuevo se condensa, blanca y segura. Ríe bajito, mueve el largo cuello de un lado a otro, inclina la cabeza hacia atrás —la hierba es siempre fresca, alguien va a besarla, conejos suaves y pequeños se apretujan unos contra otros con los ojos cerrados—. Ríe de nuevo, en leves murmullos como los del agua. Alisa la cintura, sus caderas, su vida.

Sale de la bañera como del mar. Un mundo pesado se cierra sobre ella silencioso, quieto. Pequeñas burbujas se deslizan suavemente hasta que quedan diluidas contra el esmalte. La joven siente el agua pesando sobre su cuerpo, se detiene un momento como si la hubieran tocado levemente en el hombro. Escucha atenta lo que está

sintiendo, la crecida de la marea. ¿Qué ocurre? Se vuelve una criatura seria, de pupilas amplias y profundas. Apenas respira. ¿Qué ocurre? Los ojos abiertos y mudos de las cosas continúan brillando entre los vapores. Sobre el mismo cuerpo que adivinó la alegría existe agua —agua—. No, no... ¿Por qué? Seres nacidos en el mundo como el agua. Se agita, procura huir. Todo, dice lentamente como entregando una cosa, examinándose sin entenderse. Todo. Y esa palabra es paz, grave e incomprensible como un ritual. El agua cubre su cuerpo. ¿Qué ocurre? Murmura bajito, sílabas pesadas, fundidas.

El cuarto de baño es difuso, casi muerto. Las cosas y las paredes ceden, se suavizan y diluyen en humaredas. El agua se enfría ligeramente sobre su piel y Juana se estremece de miedo y desconcierto.

Cuando sale de la bañera es una desconocida que no sabe qué sentir. Nada la rodea, y ella nada conoce. Está ligera y triste, se mueve lentamente, sin prisa, largo rato. El frío corre con sus pies helados por su espalda, pero Juana no quiere moverse, encoge el torso herida, desgraciada. Se seca sin amor, humillada y pobre, se envuelve en el albornoz como en un tibio abrazo. Encerrada en sí misma, sin querer mirar, ah, sin querer mirar, se desliza por el corredor —la larga garganta roja, oscura y discreta a través de donde llegará hasta la entraña, en el todo—. Todo, todo, repite misteriosamente. Cierra las ventanas del cuarto —no ver, no oír, no sentir—. Se encoge en la cama silenciosa, fluctuante en la oscuridad como en el vientre perdido y olvida. Todo es vago, leve y mudo.

Detrás de ella se alineaban las camas del dormitorio del internado. Y, en frente, la ventana se abría hacia la noche.

Descubrí encima de la lluvia un milagro, pensaba Juana, un milagro partido en estrellas grandes, serias y brillantes, como un anuncio parado: como un faro. ¿Qué intentan decir? En ellas presiento el secreto, ese brillo es el misterio impenetrable que noto fluir dentro de mí, llorar en notas amplias, desesperadas y románticas. Dios mío, por lo menos comunicadme con ellas, haced realidad mi deseo de besarlas. De sentir en los labios su luz, sentirla fulgurar dentro del cuerpo, dejándolo centelleante y transparente, fresco y húmedo como los minutos que anteceden a la madrugada. ¿Por qué surgen en mí esas sedes extrañas? La lluvia y las estrellas, esa mezcla fría y densa me despertó, abrió las puertas de mi bosque verde y sombrío, de ese bosque con olor a abismo por donde corre el agua. Y lo unió a la noche. Aquí, junto a la ventana, el aire es más quieto. Estrellas, estrellas, rezo. La palabra estrella entre mis dientes en astillas frágiles. ¿Por qué no viene la lluvia dentro de mí?, yo quiero ser estrella. Purificadme un poco y tendré la masa de esos seres que se cobijan detrás de la lluvia. En ese momento mi inspiración duele en todo mi cuerpo. Solo un instante y ella necesitará ser más que una inspiración. Y en vez de esa felicidad asfixiante, como un exceso de aire, sentiré la nítida impotencia de tener más que una inspiración, de rebasarla, de poseer la propia cosa —y ser realmente una estrella—. A dónde lleva la locura, la locura. Y sin embargo es verdad. ¿Qué importa que en apariencia yo

continúe en ese momento en el dormitorio, mientras las otras muchachas están muertas sobre las camas, con el cuerpo inmóvil? ¿Qué importa lo que es realmente? La verdad es que estoy arrodillada desnuda como un animal, junto a la cama, y mi alma se desespera como solo el cuerpo de una virgen se puede desesperar. La cama desaparece, las paredes del cuarto se alejan, caen vencidas. Y yo estoy en el mundo libre y ágil como una corza en la planicie. Me levanto suave como un soplo, alzo mi cabeza de flor y, soñolienta, con los pies ligeros, atravieso campos más allá de la tierra, del mundo, del tiempo, de Dios. Me zambullo y después emerjo, como de entre las nubes, de las tierras aún no posibles, ah, aún no posibles. De aquellas que yo todavía no supe imaginar, pero que surgirán. Ando, avanzo, continuamente, continuamente... Siempre, sin parar, distrayendo mi sed cansada de reposar en un final. ¿Dónde he visto ya una luna alta en el cielo, blanca y silenciosa? Con las ropas lívidas ondeando al viento. El mástil sin bandera, erecto y mudo hincado en el espacio... Todo a la espera de la medianoche... —Estoy engañándome, tengo que regresar—. No veo locura en el deseo de morder estrellas, pero todavía existe la tierra. Porque la primera verdad está en la tierra y en el cuerpo. Si el brillo de las estrellas duele en mí, si es posible esta comunicación distante, es porque alguna cosa semejante a una estrella se estremece dentro de mí. Estoy de vuelta al cuerpo. Volver a mi cuerpo. Cuando me sorprendo en el fondo del espejo me asusto. Apenas puedo llegar a creer que tengo límites, que soy algo recortado y definido. Me siento dispersa en el aire, pensando dentro de las criaturas, viviendo en las cosas más allá de mí misma. Cuando me veo en el espejo no me asusto porque me halle fea o bonita. Es que me descubro de otra cualidad. Después de no verme desde hace mucho, casi me olvido de que soy humana, me olvido de mi pasado y tengo la misma libertad de fin y de conciencia de una cosa solo viva. También me sorprendo, con los ojos abiertos hacia el pálido espejo, de que haya tantas cosas en mí más allá de lo conocido, tantas cosas siempre silenciosas. ¿Por qué silenciosas? ¿Esas curvas bajo la blusa viven impunemente? ¿Por qué silenciosas? Mi boca, medio infantil, tan segura de su destino, continúa igual a sí misma a pesar de mi distracción total. A veces, a mi descubrimiento se une el amor a mí misma, un mirar constante al espejo, una sonrisa de comprensión para los que me miran. Periodo de interrogación a mi cuerpo, de gula, de sueño, de prolongados paseos al aire libre. Hasta que una frase, una mirada —como el espejo— me recuerdan sorprendida otros secretos, los que me hacen ilimitada. Fascinada hundo el cuerpo en el fondo del pozo, sondeo todas sus fuentes y sonámbula sigo por otro camino. Analizar instante por instante, percibir el núcleo de cada cosa hecha de tiempo o de espacio. Poseer cada momento, ligar la conciencia a ellos, como pequeños filamentos casi imperceptibles pero fuertes. ¿Es la vida? Incluso así se me escaparía. Otro modo de captarla sería vivir. Pero el sueño es más completo que la realidad, esta me ahoga en la inconsciencia. Al final, ¿qué importa más: vivir o saber que se está viviendo? Palabras muy puras, gotas de cristal. Siento la forma brillante y húmeda debatiéndose dentro de mí. Pero ¿dónde está lo que

quiero decir, dónde está lo que debo decir? Inspiradme, tengo casi todo; tengo el contorno a la espera de la esencia; ¿es eso? ¿Qué debe hacer alguien que no sabe lo que debe hacer consigo? ¿Utilizarse como cuerpo y alma en provecho del cuerpo y del alma? ¿O transformar su fuerza en otra fuerza ajena? ¿O esperar que de sí misma nazca, como una consecuencia, la solución? Nada puedo decir aún dentro de la forma. Todo lo que poseo está muy hondo dentro de mí. Un día, después de hablar por fin, ¿todavía tendré de qué vivir? ¿O todo lo que hablase estaría más acá o más allá de la vida? Todo lo que es forma de vida procuro alejarlo. Intento aislarme para encontrar la vida en sí misma. Sin embargo me apoyé demasiado en el juego que distrae y consuela y cuando me aparto de él, bruscamente me encuentro sin amparo. En el momento en que cierro la puerta tras de mí, instantáneamente me desprendo de las cosas. Todo lo que fue se distancia de mí, hundiéndose sordamente en mis lejanas aguas. La oigo, la caída. Alegre y simple espero por mí misma, espero que lentamente me eleve y surja verdadera ante mis ojos. En vez de conseguirme con la fuga, me veo desamparada, solitaria, presa en un cubículo sin dimensiones, donde la luz y la sombra son fantasmas quietos. En mi interior encuentro el buscado silencio. Pero en él quedo tan perdida de cualquier recuerdo de algún ser humano y de mí misma, que transformo esta impresión en certeza de soledad física. Si diese un grito —me imagino ya sin lucidez— mi voz recibiría el eco igual e indiferente de las paredes de la tierra. ¿Sin vivir las cosas no encontraré la vida, pues? Pero, incluso así, en la soledad blanca y limitada donde caigo, aún estoy presa entre montañas cerradas. Presa, presa. ¿Dónde está la imaginación? Ando por invisibles veredas. Prisión, libertad. Son esas las palabras que se me ocurren. Sin embargo, siento que no son las verdaderas, únicas e insustituibles. Libertad es poco. Lo que deseo todavía no tiene nombre. — Soy pues como un juguete al que dan cuerda y que, terminada ésta, no encuentra vida propia, más profunda. Intentar admitir tranquilamente que tal vez solo la encuentre si voy a buscarla en las fuentes pequeñas. O, si no, moriré de sed. Tal vez no esté hecha para las aguas puras y dilatadas sino para las pequeñas y de fácil acceso. Y tal vez mi deseo de otra fuente, esa ansia que me da al rostro un aire de quien caza para alimentarse, tal vez esa ansia sea una idea —y nada más—. Sin embargo —en los raros instantes que a veces consigo de suficiencia, de vida ciega, de alegría tan intensa y tan serena como el canto de un órgano— ¿esos instantes no prueban acaso que soy capaz de satisfacer mi busca y que esta es la sed de todo mi ser y no solo una idea? ¡Y más todavía, la idea es la verdad!, me grito a mí misma. Son raros esos instantes. Ayer mismo en clase, repentinamente pensé, casi sin antecedentes, casi sin ligazón con las cosas: el movimiento explica la forma. La clara noción de lo perfecto, la súbita libertad que sentí... Aquel día, en la hacienda del tío, cuando me caí al río. Antes estaba cerrada, opaca. Pero cuando me levanté, fue como si hubiese nacido del agua. Salí mojada, con la ropa pegada a la piel, los cabellos brillantes, sueltos. Algo se agitaba en mí y ciertamente era solo el despertar de mi cuerpo. Pero en un dulce milagro todo se vuelve transparente y eso era ciertamente

mi alma también. En ese instante yo estaba verdaderamente en mi interior y había silencio. Solo que mi silencio, comprendí, era un pedazo del silencio del campo. Y no me sentía desamparada. El caballo del que me había caído me esperaba junto al río. Monté en él y volé por las laderas que la sombra ya invadía y refrescaba. Tiré de las riendas, pasé la mano por el pescuezo palpitante y cálido del animal. Continué a paso lento, escuchando dentro de mí la felicidad, alta y pura como un cielo de verano. Pasé la mano por mis brazos, por donde todavía se escurría el agua. Sentía el caballo vivo cerca de mí, como una continuación de mi cuerpo. Ambos respirábamos palpitantes y nuevos. Un color pesadamente sombrío se había posado sobre los campos aletargados del último sol y la brisa leve volaba mansamente. Es preciso que no olvide, pensé, que fui feliz, que sigo siendo feliz, más de lo que se puede ser. Pero lo olvidé, olvidé siempre.

Estaba sentada en la Catedral, en una espera distraída y vaga. Respiraba oprimida el perfume morado y frío de las imágenes. Y, súbitamente, antes de que pudiese comprender lo que pasaba, como un cataclismo, el órgano invisible se abrió en un brote de sonidos rotundos, trémulos y puros. Sin melodía, casi sin música, casi solo vibración. Las fuertes paredes y las altas bóvedas de la iglesia recibían las notas y las devolvían sonoras, desnudas e intensas. Me traspasaban, se entrecruzaban dentro de mí, henchían mis nervios de estremecimientos, mi cerebro de sonidos. No pensaba pensamientos, sino música. Insensiblemente, bajo el peso del cántico, me deslicé del banco, me arrodillé sin rezar, aniquilada. El órgano enmudeció con la misma rapidez con que había comenzado, como una inspiración. Continué respirando levemente, con el cuerpo vibrando todavía bajo los últimos sonidos que permanecían en el aire en un zumbido cálido y translúcido. Y era tan perfecto el momento que nada temía ni agradecía y no caí en la idea de Dios. Quiero morir ahora, gritaba algo dentro de mí, liberada más que sufriente. Cualquier instante que sucediese a aquel sería más bajo y vacío. Quería subir y solo la muerte como un fin me daría el auge sin la caída. Las personas se levantaban a mi alrededor, se movían. Me levanté, me encaminé hacia la salida, frágil y pálida.

La mujer de la voz y Juana

Juana no la miró atentamente hasta que oyó su voz. El tono bajo y curvo, sin vibraciones, la despertó. Miró a la mujer con curiosidad. Debía de haber vivido algo que ella aún no conocía. No comprendía aquella entonación, tan lejos de la vida, tan lejos de los días...

Juana se acordó de una vez, pocos meses después de casada, que se había dirigido a su marido para preguntarle algo. Estaban en la calle. Y antes incluso de terminar la frase, con gran sorpresa por parte de Octavio, se había detenido —con la cabeza inclinada y la mirada divertida—. Acababa de descubrir que su voz era como aquella que tantas veces había oído de soltera, siempre vagamente perpleja. Era la voz de una mujer joven junto a su hombre. Como la suya propia tal como había sonado en aquel momento para Octavio: aguda, vacía, lanzada hacia lo alto, con notas iguales y claras. Algo inacabado, extático, un poco saciado. Intentando gritar... Claros días, límpidos y secos, voz y días asexuados, monaguillos en una misa de campaña. Y alguna cosa perdida, encaminándose hacia un blando desespero... Aquel timbre de recién casada tenía una historia, una historia frágil que pasaba inadvertida a la mujer de la voz, pero no a esta.

Desde aquel día Juana escuchaba las voces, las comprendía o no las comprendía. Probablemente al final de la vida, a cada timbre de voz oído seguiría una ola de recuerdos propios en su memoria, Juana diría: Cuántas voces tuve yo...

Se inclinó hacia la mujer. Había llegado hasta ella en busca de una casa donde vivir y le gustaba haber ido sin su marido, porque, sola, estaba más libre para observar. Y allí, allí había algo que ella no esperaba, una pausa. La otra ni la miraba siquiera. Pensando como si fuera Octavio, Juana adivinó que él consideraría a la mujer solo vulgar, con aquella nariz grande, pálida y serena. La mujer explicaba las ventajas y los inconvenientes de la casa y el lugar, y al mismo tiempo paseaba la mirada por el suelo, por la ventana, por el paisaje, sin impaciencia, sin interés.

El cuerpo limpio, los cabellos oscuros. Alta y fuerte. Y la voz, voz de tierra. No chocaba contra ningún objeto, suave y alargada como si hubiera recorrido largos caminos bajo el suelo hasta llegar a su garganta.

—¿Casada? —le preguntó Juana inclinándose hacia ella.

—Viuda, con un hijo. —Y continuó destilando su canto sobre los pisos de la zona.

—No. Creo que la casa no me interesa, es demasiado grande para un matrimonio solo —dijo Juana apresuradamente, un poco áspera—. Pero —dulcificó al máximo sus palabras para esconder su avidez— ¿me permitiría visitarla de vez en cuando para conversar un poco?

La otra no se sorprendió. Alisó con una de sus manos su cintura ensanchada por la maternidad y por la lentitud de movimientos:

—Va a ser difícil esto... Mañana voy a ver a mi hijo. Está casado. Salgo de

viaje...

Sonreía sin alegría, sin emoción. Solo: salgo de viaje. ¿Qué le interesaba a aquella mujer?, se preguntaba Juana. Tendría un amante...

—¿Vive sola? —le preguntó.

—Mi hermana más joven se hizo monja de la Caridad. Yo vivo con la otra.

—¿No es triste vivir sin un hombre en la casa? —prosiguió diciendo Juana.

—¿Por qué? —respondió la mujer.

—Decía si le resulta triste a usted. Yo estoy casada —añadió Juana, intentando dar un tono íntimo a la conversación.

—No, yo no lo encuentro triste. No —sonreía pálidamente—. Perdone, con su permiso, la dejo. Si la casa no le interesa... Tengo que lavar algo de ropa antes de ponerme a tomar el fresco en la ventana.

Juana prosiguió su camino humillada. Débil mental, sin duda... Pero ¿y la voz? No pudo librarse de ella durante todo el resto de la tarde. Su imaginación corría en busca de la sonrisa de la mujer, de su cuerpo, amplio y quieto. No tenía historia, descubrió Juana lentamente. Porque, si le ocurrían cosas, estas no eran ella y no se mezclaban con su verdadera existencia. Lo principal —incluyendo el pasado, el presente y el futuro— es que estaba viva. Ese era el fondo de la cuestión. A veces ese fondo aparecía apagado, con los ojos cerrados, casi inexistente. Pero bastaba una pequeña pausa, un poco de silencio, para que se agigantara y surgiera en primer plano, con los ojos abiertos, el murmullo leve y constante como el de agua entre piedras. ¿Por qué seguir con aquel tema? Es cierto que le acontecían cosas llegadas de fuera. Perdió ilusiones, padeció una pulmonía. Le ocurrían cosas. Pero solo venían a adensar o enflaquecer el murmullo de su centro. ¿Por qué contar hechos y detalles si ninguno la dominaba en definitiva? ¿Y si ella era solo la vida que corría en su cuerpo sin cesar?

Sus preguntas nunca buscaban respuestas —continuó descubriendo Juana—. Nacían muertas, sonrientes, se amontonaban sin deseo ni esperanzas. No intentaba ningún movimiento fuera de sí.

Gastó muchos años de su existencia en la ventana, mirando las cosas que pasaban y las que estaban paradas. Pero la verdad era que oía más que veía la vida dentro de sí. La fascinaba su ruido —como el de la respiración de una tierna criatura, su dulce brillo; como el de una planta recién nacida—. Todavía no se había cansado de existir y se bastaba tanto a sí misma que a veces tal era su felicidad que sentía que la tristeza la cubría como la sombra de un manto, dejándola fresca y silenciosa como un atardecer. Nada esperaba. Ella era en sí, el propio fin.

Una vez se desdobló, inquieta, empezó a salir y a buscar. Fue a lugares donde había hombres y mujeres. Todos decían: afortunadamente despertó, la vida es corta, hay que aprovecharla, antes era apagada, ahora sí que es una persona. Nadie sabía que precisamente entonces se sentía tan desgraciada que necesitaba ir en busca de la vida. Fue entonces cuando eligió un hombre, le amó y el amor vino a adensarle la

sangre y el misterio. Dio a luz un hijo, el marido murió después de fecundarla. Ella continuó y se las arreglaba muy bien. Juntó todos sus pedazos y no buscó más a las personas. Recobró la ventana donde se instalaba en compañía de sí misma. Y nunca se había visto una cosa o una criatura más feliz y completa. A pesar de que muchos la miraban con tristeza y la encontraban delgada, su alma era tan fuerte que nunca había dejado de comer y cenar bien, aunque sin exceso de placer. Nada de lo que decían los demás le importaba, y tampoco los acontecimientos, y todo se deslizaba sobre ella e iba a perderse en otras aguas que no eran las interiores.

Un día, después de vivir sin tedio muchos iguales, se vio distinta de sí misma. Estaba cansada. Anduvo de un lado para otro. Ella misma no sabía lo que quería. Se puso a canturrear con la boca cerrada. Después se cansó y se puso a pensar en otras cosas. Pero no lo conseguía completamente. Dentro de sí algo intentaba pararse. Se quedó esperando y nada venía de ella para ella. Vagamente se entristeció, con una tristeza insuficiente y por eso mismo doblemente triste. Continuó andando varios días, sus pasos sonaban como el caer de las hojas muertas en el suelo. Estaba interiormente forrada de ceniza y solo encontraba en sí misma un reflejo, como gotas blanquecinas escurriéndose, un reflejo de su ritmo antiguo, ahora lento y pesado. Entonces supo que estaba agotada, y por primera vez sufrió, porque realmente se había dividido en dos, una parte estaba delante de la otra, vigilándola, deseando cosas que ésta ya no podía dar. La verdad es que ella siempre había sido dos, la que sabía ligeramente que era y la que era de verdad, profundamente. Hasta entonces las dos trabajaban unidas y se confundían. Ahora la que sabía que era trabajaba sola, lo que significaba que aquella mujer estaba siendo desgraciada e inteligente. En un último esfuerzo intentó inventar alguna cosa, un pensamiento, que la distrajera. Inútil. Solo sabía vivir.

Hasta que la ausencia de sí misma acabó haciéndola caer dentro de la noche y, calmada, oscura y fresca, empezó a morir. Después murió dulcemente, como si fuera un fantasma. No se sabe por qué murió. Solo se adivina que al final ella también estaba siendo feliz como puede serlo una cosa o una criatura. Porque había nacido para lo esencial, para vivir o morir. Y lo que había en medio era el sufrimiento. Su existencia fue tan completa y tan ligada a la verdad que probablemente en la hora de la entrega final habría pensado, si hubiera tenido el hábito de pensar: yo nunca fui. Tampoco se sabe lo que fue de ella. A una vida tan bella debió de seguir una muerte también bella. Ciertamente hoy se ha convertido en grumos de tierra. Mira hacia arriba, hacia el cielo, durante todo el tiempo. A veces llueve, ella permanece llena y redonda en sus grumos. Después se va secando con el verano y cualquier viento la dispersa. Es eterna ahora.

Después de permanecer un momento absorta, Juana se dio cuenta de que había envidiado a aquel ser medio muerto que le había sonreído y hablado en un tono de voz desconocido. Sobre todo, pensó, comprende la vida porque no es suficientemente inteligente para no comprenderla. Pero de qué valía cualquier raciocinio... Si se

creyera capaz de entenderla sin enloquecer, no se podría conservar el conocimiento como conocimiento pero lo transformaría en actitud, en actitud de vida, único modo de poseerlo y expresarlo íntegramente. Y esa actitud no sería muy diversa de aquella que adoptaba la mujer de la voz. Eran tan pobres los caminos de la acción.

Hizo un rápido movimiento con la cabeza, impaciente. Cogió un lápiz, un papel, y garabateó en letra intencionadamente firme: «La personalidad que se ignora a sí misma se realiza más completamente». ¿Verdad o mentira? En cierto modo se había vengado lanzando sobre aquella mujer entumecida de vida su pensamiento frío e inteligente.

Octavio

«De profundis». Juana esperó a que la idea se volviera más clara, que tuviese más nieblas aquella bola brillante y ligera que era el germen de un pensamiento. «De profundis». Lo sentía vacilar, perder el equilibrio, casi, y sumergirse para siempre en aguas desconocidas. O si no, por momentos, apartar las nubes y crecer trémulo, casi emergiendo completamente... Después el silencio.

Cerró los ojos, vagamente fue descansando. Cuando los abrió recibió un pequeño *shock*. Y durante largos y profundos segundos supo que aquel trozo de vida era una mezcla de lo que ya había vivido y de lo que todavía viviría, todo fundido y eterno. Extraño, extraño. La luz anaranjada de las nueve, aquella impresión de intervalo, un piano lejano insistiendo en las notas agudas, su corazón latiendo apresuradamente con el calor de la mañana y, detrás de todo, feroz, amenazador, el silencio latiendo grueso e impalpable. Todo se desvaneció. El piano interrumpió la insistencia en las últimas notas y después de un instante de reposo volvió a recoger dulcemente algunos sonidos centrales en una melodía nítida y fácil. Muy pronto se sentiría incapaz de decir si la impresión de la mañana había sido verdadera o si había sido solo una idea. Se detuvo atenta para reconocerla... Un súbito cansancio la dejó confundida un instante. Con los nervios distendidos y el rostro relajado, sintió una leve ola de ternura por sí misma, casi de agradecimiento, aunque no supiese por qué. Por un minuto le pareció que ya había vivido y que estaba en el fin. Y luego enseguida le pareció que hasta entonces todo había sido blanco, como un espacio vacío, y que oía lejos, sordamente, el fragor de la vida aproximándose, densa, caudalosa y violenta, las olas altas rasgando el cielo, aproximándose, aproximándose... para sumergirla, para sumergirla, ahogarla, asfixiándola...

Caminó hacia la ventana, extendió los brazos y esperó inútilmente a que un poco de brisa viniera a acariciárselos. Permaneció así, olvidada de todo, por largo tiempo. Conservaba los oídos entreabiertos por una contracción de los músculos del rostro, los ojos cerrados dejando pasar apenas la luz, la cabeza proyectada hacia adelante. Al cabo de unos momentos consiguió aislarse realmente. Se encontraba en un estado medio inconsciente, profundamente sumergida en un aire pesado, ceniciento... Se puso delante del espejo y, entre dientes, con los ojos ardiendo de odio, dijo:

—¿Y ahora qué?

No podía dejar de notar su propio rostro, pequeño y encendido. Se distrajo un instante con él, olvidando su furia. Siempre acontecía algo mínimo que la desviaba del torrente principal. Era tan vulnerable. ¿Se odiaba por eso? No, se odiaría más si ya fuera un tronco inmutable hasta la muerte, solo capaz de dar frutos pero no de crecer dentro de sí misma. Deseaba más todavía: renacer siempre, cortar con todo lo que había aprendido, lo que había visto, e inaugurarse en un nuevo terreno donde todo pequeño acto tuviera un significado, donde el aire fuera respirado como por primera vez. Tenía la sensación de que la vida corría espesa y perezosamente dentro

de ella, burbujeando como una caliente sábana de lavas. Tal vez si amara... Y si, pensó lejanamente, de repente un clarín cortase con su agudo sonido aquella manta de la noche y dejara la campiña libre, verde y extensa... Y entonces caballos blancos y nerviosos con rebeldes movimientos de cuello y patas, casi volando, atravesasen ríos, montañas y valles... Pensando en ellos sentía circular el aire fresco dentro de sí como salido de alguna gruta oculta, húmeda y fresca en medio del desierto.

Pero en breve volvió en sí, en una caída vertical. Examinó sus brazos y sus piernas. Allí estaba ella. Allí estaba ella. Pero era preciso distraerse, pensó con dureza e ironía. Urgentemente. ¿Se moriría? Se rio fuerte y se miró rápidamente al espejo para observar el efecto de la risa en su rostro. No, no lo entendía. Parecía una gata salvaje, con los ojos ardiendo sobre las mejillas incendiadas, punteadas de pecas oscuras de sol, con el pelo castaño desgredado sobre las cejas. Veía en sí la púrpura sombría y triunfante. ¿Qué era lo que hacía que brillase tanto? El tedio... Sí, a pesar de todo había fuego bajo ella, había fuego incluso cuando representaba la muerte. Tal vez aquello fuera el gusto de vivir.

De nuevo la inquietud volvió a apoderarse de ella, pura, sin racionios. Ah, tal vez tenga que ir, tal vez... Cerró los ojos un momento, permitiéndose el nacimiento de un gesto o de una frase sin lógica. Hacía siempre esto, confiaba en que en el fondo, debajo de la lava, hubiera un deseo dirigido ya hacia un fin. A veces, cuando por un mecanismo especial de la misma manera como uno cae en el sueño, cerraba las puertas de la conciencia y se dejaba hacer o hablar, recibía sorprendida —porque la percepción del gesto solo le llegaba en el momento de su ejecución— una bofetada de sus propias manos en su propio rostro. A veces oía palabras extrañas y locas de su propia boca. Incluso sin entenderlas, la dejaban más ligera, más libre. Repitió la experiencia con los ojos cerrados.

Y de allí del fondo de sí misma, tras un momento de silencio y abandono, surgió, al principio pálido y vacilante, después cada vez más fuerte y doloroso: desde las profundidades te llamo... desde las profundidades te llamo... desde las profundidades te llamo... Permaneció todavía unos instantes parada, con la cara sin expresión, cansada, como si hubiera tenido un hijo. Al poco rato fue renaciendo, abrió los ojos perezosamente y volvió a la luz del día. Frágil, respirando ligeramente, feliz como una convaleciente que recibiera la primera brisa.

Entonces empezó a pensar que realmente había rezado. Ella no. Algo fuera de ella, algo de lo que ya no tenía conciencia, había rezado. Pero no quería orar, se dijo francamente. No quería porque sabía que ése sería el remedio. Pero un remedio como la morfina que adormece cualquier especie de dolor. Como la morfina de la que se precisan cada vez mayores dosis para notarla. No, todavía no estaba tan agotada que deseara cobardemente rezar en vez de descubrir el dolor, sufrirlo, poseerlo íntegramente para conocer todos sus misterios. E incluso si rezara... Terminaría en un convento, porque para su hambre casi toda la morfina sería poca. Y esto sería la degradación final, el vicio. Sin embargo, por un camino natural, si no buscase un dios

exterior terminaría por endiosarse, por explorar su propio dolor, amando su pasado, buscando refugio y calor en sus propios pensamientos, entonces ya nacidos con una voluntad de obra de arte y después sirviendo de viejo alimento en los períodos estériles. Había el peligro de permanecer en el sufrimiento y de organizarse dentro de él, lo que sería un vicio también y un calmante.

¿Qué hacer, entonces? ¿Qué hacer para interrumpir aquel camino, concederse una tregua entre ella y ella misma, para más tarde poder reencontrarse sin peligro, nueva y pura?

¿Qué hacer?

El piano bajo sus manos empezó a sonar deliberadamente con escalas fuertes y uniformes. Ejercicios, pensó. Ejercicios... Sí, descubrió divertida... ¿Por qué no? ¿Por qué no intentar amar? ¿Por qué no intentar vivir?

Música pura desgranándose en una tierra sin hombres, soñaba Octavio. Movimientos todavía sin adjetivos. Inconscientes como la vida primitiva que late en los árboles ciegos y sordos, en los pequeños insectos que nacen, vuelan, mueren y renacen sin testigos. Mientras la música revolotea y se desenvuelve, vive la madrugada, pleno día, o la noche, con una nota constante en la sinfonía, la de la transformación. Es la música sin apoyo en las cosas, en el espacio o en el tiempo, del mismo color que la vida y la muerte. Vida y muerte en ideas, aisladas del placer y del dolor. Tan distantes de las cualidades humanas que podrían confundirse con el silencio. El silencio, porque esa música sería la necesaria, la única posible, proyección vibrante de la materia. Y de la misma manera que no se entiende la materia y no se la percibe hasta que los sentidos chocan con ella, tampoco se oiría su música.

¿Y después?, pensó. Cerrar los ojos y oír la mía propia que fluye perezosa y turbia como un río enlodado. La cobardía es tibia y yo me resigno a ella, deponiendo todas las armas de héroe que veintisiete años de pensamiento me concedieron. ¿Qué soy hoy, en ese momento? Una hoja plana, muda, caída sobre la tierra. No hay ningún movimiento del aire que la balancee. Respirando apenas, para no despertar. ¿Pero por qué, sobre todo por qué no usar las palabras propias y enmarañarme y envolverme en imágenes? ¿Por qué llamarme hoja seca cuando solo soy un hombre cruzado de brazos?

Nuevamente, en medio del raciocinio inútil, notó un cansancio, un sentimiento de caída. Orar, orar. Arrodillarse delante de Dios y pedir. ¿Qué? La absolución. Una palabra tan larga, tan llena de sentido. No era culpable —¿o lo era?, ¿de qué?, sabía que sí, sin embargo, continuó con el pensamiento—, no era culpable, pero le gustaría mucho recibir la absolución. Sobre la cabeza sentir los dedos grandes y largos de Dios bendiciéndolo como un buen padre, un padre hecho de tierra y de mundo, conteniéndolo todo, todo sin dejar de poseer una partícula siquiera que más tarde pudiese decirle: ¡sí, pero yo no le perdoné! Cesaría entonces aquella acusación muda

que todas las cosas acumulaban contra él.

¿Qué pensaba al fin? ¿Cuánto tiempo hacía que estaba jugando consigo mismo inmóvil? Hizo un gesto cualquiera.

Entró la prima Isabel. «Bendito, bendito, bendito», decía su mirada apresurada y miope, ansiosa por retirarse. Solo abandonaba aquel aire de forastera cuando se sentaba al piano. Octavio se encogía como un chiquitín. Ella, entonces, sonreía, era humana, llegaba a perder el aire indagador. Adquiría una calidad llana, más fácil. Sentada al piano, con los labios pintarrajeados y viejos, tocaba Chopin, Chopin, sobre todo los vales.

—Los dedos se endurecen —decía orgullosa de tocar de memoria. Mientras hablaba, movía la cabeza para atrás con un gesto súbitamente coquetón, de bailarina de café. Octavio se ruborizaba. Prostituta, pensaba, e inmediatamente apagaba la palabra con un movimiento doloroso. Pero ¿cómo se atrevía? Se acordaba de su rostro inclinado atentamente sobre él, preocupada por sus dolores de estómago. La detesto por eso mismo, pensaba sin ninguna lógica. Y siempre era tarde: el pensamiento se le adelantaba. Prostituta, como si se golpeara a sí mismo con un látigo. Sin embargo, incluso cuando se arrepentía, volvía a pecar. Cuántas veces, siendo niño, momentos antes de dormirse súbitamente, tenía conciencia de que prima Isabel estaba en la cama insomne, tal vez sentada, con los cabellos grises trenzados, su camión de tela gruesa cerrado como el de una virgen. Sentía entonces el remordimiento correrle por el interior del cuerpo como un ácido. Pero cada vez la odiaba más porque no podía amarla.

Ya no conseguía dar aquella antigua suavidad entre una y otra nota, como un desmayo. Un sonido se agarraba a otro, áspero, sincopado, y los vales restallaban poco brillantes, titubeantes y fallidos. De vez en cuando, las campanadas espaciadas y huecas del viejo reloj venían a dividir la música en compases asimétricos. Octavio se quedaba esperando la campanada siguiente con el corazón sobresaltado. Como si ellas precipitaran todas las cosas en una danza muda y dulcemente alocada. Aquellas campanadas cortando implacables la música, siempre en el mismo tono, frío y sonriente, se precipitaban dentro de él como en un vacío sin apoyo. Miraba los duros costillares de su tía, sus manos —dos animales oscuros pululando sobre las teclas amarillas del piano—. Ella se volvía y le decía, concediendo la frase por pura euforia, levemente, como quien tira flores:

—¿Qué te pasa? Voy a tocar una cosa más alegre...

Inmediatamente empezaba uno de aquellos vales de salón, ingenuos y nerviosos, que no recordaba haber oído pero que se unían misteriosamente a viejos retazos en su memoria.

—Eso no, prima, eso no...

Resultaba demasiado cómico. Tenía miedo. Tenía que pedirle perdón por no extasiarse delante de su música, pedir perdón por hallarla insoportable desde pequeño, con aquel olor a vestido viejo y a joyas guardadas, perdón por cuando la

veía preparar sus «hierbitas contra el dolor» o cuando le prometía tocar una cosa muy bonita si le daba su palabra de estudiar mucho. La recordó saliendo de casa, con los polvos blancos cubriendo su piel cenicienta, con el gran escote redondo descubriendo un pescuezo donde las venas resaltaban trágicamente. Los zapatos planos de niña, el paraguas usado con terrorífica desenvoltura, como un bastón. Debería pedir perdón por desear —¡no, no!— que por fin se muriera. Se estremeció y empezó a sudar. ¡Pero yo no tengo la culpa! Inmediatamente se sentía impulsado a ir a hacer el esquema de derecho civil, tenía que apartarse de aquel mundo horrible, repugnantemente íntimo y humano.

—Voy a tocar «Gorjeo de Primavera»... —decía la prima Isabel.

Sí, sí. Me gusta la primavera... Ayúdame. Me ahogo. La ridícula primavera era todavía más primavera y alegría.

—Esa música parece una rosa azul —le decía volviéndose un poco hacia él, sonriendo levemente maliciosa. En aquel rostro seco y repentinamente rugoso, como un hontanar en el desierto, dos pequeños brillantes se estremecían en sus orejas marchitas, dos gotitas húmedas, centelleantes. ¡Ah!, eran excesivamente frescas y voluptuosas... La vieja era rica. Pero si usaba los pendientes era por una razón que yo no sabía: ella misma había comprado las piedras, las había hecho engarzar, y ahora se las ponía como dos fantasmas bajo los cabellos grises y erizados.

Esa música parece una rosa azul, había dicho consciente de que solo ella podía comprender. Por experiencia ya sabía él que debería preguntarle el significado de la frase y, pacientemente, otorgarle el placer de responder, mordiendo el labio inferior:

—Ah, eso es cosa mía.

Esta vez sin embargo el antiguo juego emocionante no se realizó. Evitó mirar hacia la vieja y encontrarse con su desconcierto. Se levantó y fue a llamar al cuarto de la novia.

Estaba cosiendo cerca de la ventana. Abrió la puerta, cerró con llave y se arrodilló cerca de ella. Apoyó la cabeza en su seno, y de nuevo respiró aquel perfume tibio y dulzón de rosas viejas. Ella continuaba sonriendo ausente, casi misteriosa, como si prestara oído al paso suave de un río dentro de su pecho.

—Octavio, Octavio —dijo con su voz dulce y lejana.

Ninguno de los habitantes de aquella casa, ni la prima solterona, ni Lidia, ni los criados, vivían, pensó Octavio. Mentira, se corrigió a sí mismo: solo él estaba muerto. Pero continuó: fantasmas, fantasmas. Las voces distantes, sin espera, la felicidad.

—Lidia —dijo—, perdóname.

—¿Qué? —dijo ella algo asustada.

—Todo.

Vagamente ella creyó que debería mostrarse de acuerdo y se calló. Octavio, Octavio. Qué fácil era hablar con los otros. Si no lo quisiera tanto, qué difícil le resultaría soportar toda aquella incompreensión de su parte. Solo se comprendían cuando se besaban, cuando Octavio recostaba la cabeza en su seno. Pero la vida era

más larga, pensaba asustada. Habría momentos en que miraría de frente hacia él sin que su mano pudiese alcanzar la suya. Y entonces —el silencio pesando—. Estaría siempre separado de ella y solo se comunicarían en los instantes señalados —en las horas de mucha vida y en las horas de amenaza de muerte—. Pero no bastaba, no bastaba... La vida en común era necesaria para vivir los otros momentos, pensaba asustada, razonando con esfuerzo. A Octavio solo le podría decir las palabras imprescindibles como si él fuese un dios con prisa. Si se lanzaba a una de aquellas conversaciones vagas y sin objetivo, que tanto placer le producían, notaba su impaciencia o, si no, el rostro excesivamente paciente, heroico. Octavio, Octavio... ¿Qué hacer? Su proximidad era un toque mágico, la transformaba en un ser realmente vivo, cada una de cuyas fibras respiraba llena de sangre. Y si no, no la agitaba. La adormecía como si hubiera venido simple y calladamente a perfeccionarla.

Sabía que era inútil decidir sobre el propio destino. Amaba a Octavio desde el momento en que él la había querido, desde pequeños, bajo la mirada alegre de la prima. Y siempre lo amaría. Inútil seguir por otros caminos, cuando sus pasos la guiaban por uno solo. Incluso cuando él la molestaba, ella se refugiaba en él contra él. Era tan débil. En vez de sufrir o de reconocer su debilidad, se alegraba: sabía vagamente, sin poderse lo explicar, que de esta debilidad procedía precisamente su apoyo a Octavio. Notaba que él sufría, que escondía algo vivo y doloroso en su alma, y que ella solo podría ayudarlo usando de toda la pasividad que dormía en su ser.

A veces se revelaba remotamente: la vida es larga... Temía los días, uno detrás de otro, sin sorpresas, solo con su devoción al hombre. A un hombre que disponía de las fuerzas de la mujer para su propia hoguera, en un sacrificio sereno e inconsciente de todo lo que no fuese su propia personalidad. Era una falsa rebelión, una tentativa de liberación que llegaba sobre todo con mucho miedo de victoria. Procuraba durante algunos días adoptar una actitud de independencia, cosa que solo lograba con algo de éxito por la mañana, cuando se despertaba sin haber visto al hombre todavía. Bastaba su presencia, apenas presentida, para que toda ella se anulara y quedara a la espera. Por la noche, sola en su cuarto, lo deseaba. Todos sus nervios, todos sus músculos doloridos. Se resignaba. La resignación era dulce y fresca. Había nacido para ella.

Octavio miró sus cabellos oscuros, recogidos modestamente detrás de las orejas grandes y feas. Miró su cuerpo recio y firme como un tronco, las manos sólidas y bonitas. Y, de nuevo, como el estribillo repetido de una canción, se repitió: «¿Qué me ata a ella?». Le daba pena Lidia, sabía que, incluso sin motivo, incluso sin conocer a otra mujer, aunque fuera la única, él la abandonaría alguna vez. Incluso al día siguiente. ¿Por qué no?

—¿Sabes? —le dijo—. Esta noche he soñado contigo.

Ella abrió los ojos, iluminándose:

—¿Sí? ¿Qué?

—He soñado que íbamos los dos por un campo lleno de flores; yo cogía lirios para ti, y tú ibas toda de blanco.

—Qué sueño tan bonito...

—Sí, muy bonito...

—Octavio.

—¿Sí?...

—¿No te molesta que te lo pregunte? ¿Cuándo nos vamos a casar? Nada hay que nos lo impida... Lo tengo que saber para el ajuar.

—¿Solo por eso?

Enrojeció, contenta de poder hablar de una cosa que la alegraba. Torpemente intentó ser aguda:

—Es por eso y... porque no quiero esperar. Es tan difícil.

—Lo comprendo. Pero no sé cuándo.

—¿Y por qué no inmediatamente? Tendrías que decidirlo... Hace tanto tiempo que...

De repente, Octavio se levantó y dijo:

—¿Sabes? Es mentira. No he soñado contigo.

Ella lo miró asombrada, pálida.

—¿Te estás burlando de mí?

—No, estoy hablando en serio. No he soñado contigo.

—¿Con quién has soñado entonces?

—Con nadie. He dormido de un tirón, sin sueños.

Ella se puso de nuevo a coser.

Juana pasó la mano por el vientre hinchado de la perra, acariciándolo con sus manos finas. Se detuvo ligeramente atenta.

—Está preñada —dijo.

Y había algo en su mirada, en sus manos que palpaban el cuerpo de la perra, que la ligaba directamente a la realidad, desnudándola. Como si ambas formaran un solo bloque, sin discontinuidad. La mujer y la perra estaban allí, vivas y desnudas, había algo de feroz en aquella comunión. Habla con una precisión de términos que horroriza, pensó Octavio, molesto, sintiéndose repentinamente inútil y afeminado. Y era solo la primera vez que la veía.

Había en ella una cualidad cristalina y dura que le atraía y, simultáneamente, le repugnaba, pensó. Hasta la manera como andaba. Sin ternura ni gusto por el propio cuerpo, pero mostrándolo como una afrenta a los ojos de todos, fríamente. Octavio la miraba moverse y pensaba que, ni físicamente, era el tipo de mujer que le gustaba. Prefería cuerpos pequeños, acabados, sin intenciones. O grandes, como el de su novia, fijos, mudos. Lo que él les dijera debía bastar. Aquellas líneas de Juana, frágiles, como un esbozo, resultaban incómodas. Llenas de sentido, de ojos abiertos, incandescentes. No era bonita, era demasiado delgada. Incluso su sensualidad debía de ser diferente de la de él, excesivamente luminosa.

Octavio procuraba, desde el instante en que la había conocido, no perder ninguno

de sus detalles, diciéndose: que no cristalice en mí ningún sentimiento tierno; tengo que descubrirla bien. Pero, como si adivinase su examen, Juana se volvía hacia él en el momento preciso, sonriente, fría, poco pasiva. Y él, locamente, actuaba, hablaba, confundido y apresurado en obedecerla. En vez de obligarla a revelarse y así destruir su poder. Y a pesar de aquel aire de ignorar las cosas más elementales, ¡de qué manera, desde el primer encuentro, ella lo había precipitado en sí mismo! Lo había juzgado en su propia intimidad, olvidando fríamente las pequeñas y cómodas fórmulas que lo sustentaban y le facilitaban la comunicación con las personas.

Juana le contó...

... El viejo se acercó, balanceando el cuerpo gordo, el cráneo liso. Llegó junto a ella con los labios haciendo morritos, los ojos muy abiertos, la voz llorosa. Dijo, imitando el habla infantil:

—Me he hecho daño aquí... Duele... Me he puesto una pomadita y ya va mejor...

Se movieron sus ojos y en un momento su barriga se estremeció, el brillo de los labios mojados y flojos fulguró dulcemente. Juana se inclinó un poco y vio sus encías desdentadas.

—¿No me dice que le doy pena?

Lo miraba seria. Él no se extrañó:

—¿No me dice siquiera «pobrecillo»?

Era para partirse de risa y de perplejidad verlo allí tan bajito, con el trasero saliente y los grandes ojos atentos como un soldado trémulo en posición de firmes. Se quedó silenciosa. Después, lentamente, en el mismo tono añadió:

—Pobrecillo.

Él se rio, consideró terminada la broma y se volvió hacia la puerta. Juana le acompañó con la mirada, se inclinó un poco para verle de arriba abajo, pero él se apartó de la mesa. Erguida y fría, lo observaba con ojos abiertos y claros. Miró hacia la mesa, y cogió un libro pequeño y grueso. En el momento en que él ponía la mano en la manecilla de la puerta lo recibió en plena nuca y con toda la fuerza.

Se volvió instantáneamente con la mano puesta en la cabeza y los ojos desorbitados de dolor y asombro. Juana continuaba en la misma posición. Está bien, pensaba, ahora ya perdió aquel aire repugnante. Un viejo solo debería sufrir.

Juana dijo, con voz alta y simpática:

—Perdone. Había una pequeña lagartija allí, encima de la puerta. —Pequeña pausa—. Fallé la puntería.

El viejo continuó mirándola, sin comprender. Después, un vago terror se apoderó de él ante aquel rostro sonriente:

—Hasta luego... No ha sido nada... ¡Dios mío! Hasta luego...

Cuando se cerró la puerta, Juana todavía permaneció algún tiempo con la sonrisa en el rostro. Se encogió de hombros levemente. Fue a la ventana con mirada cansada

y vacía:

—Tal vez debería oír música.

—Sí, es verdad, le tiré el libro expresamente —contestó Juana a la pregunta de Octavio.

Octavio quería triunfar:

—¡Pero no se lo dijiste así al viejo!

—No; mentí.

Octavio la miró, y en vano procuró encontrar en ella algún remordimiento, alguna señal de confesión.

—Solo después de vivir más o mejor, conseguiré la desvalorización de lo humano —le decía Juana a veces—. Humano, yo. Humano, los hombres individualmente separados. Debo olvidarlos porque con ellos mis relaciones solo pueden ser sentimentales. Sí, los busco, exijo o les doy el equivalente de las viejas palabras que siempre oímos, «fraternidad», «justicia». Si estas palabras tuvieran un valor real, su valor no estaría en ser la cumbre, sino la base del triángulo. Serían la condición y no el hecho en sí. Terminan ocupando todo el espacio mental y sentimental exactamente porque son imposibles de realizarse contra la naturaleza. Son fatales, a pesar de todo, en el estado de promiscuidad en que se vive. En ese estado el odio se transforma en amor, lo que nunca ocurre en la verdadera búsqueda del amor, obtenido siempre solo en teoría, como en el cristianismo.

¡Oh! ¡Cállate ya!, gritaba Octavio. Juana habría querido detenerse, pero el cansancio y la excitación de la presencia del hombre aguzaban su mente, y las palabras se sucedían sin cesar.

—Es difícil una desvalorización semejante de lo humano —continuaba diciendo—, difícil huir de esta atmósfera de fracaso, de revolución, la adolescencia, de solidaridad con los hombres en la misma impotencia de conseguir. Y sin embargo qué hermoso sería construir algo puro, liberada del falso amor sublimado, liberada del miedo de no amar... Miedo de no amar, peor que el miedo de no ser amado...

¡Oh, déjame en paz!, oía Juana en el silencio de Octavio. Pero al mismo tiempo a Juana le gustaba pensar en voz alta, desenvolviendo un raciocinio sin plan, que simplemente se prolongaba. A veces incluso, por puro placer, inventaba reflexiones: si una piedra cae, esa piedra existe, hubo una fuerza que la hizo caer, un lugar de donde cayó, un lugar donde cayó, un lugar por donde cayó —creo que nada escapó a la naturaleza del hecho, a no ser el propio misterio del hecho—. Pero ahora hablaba también porque no sabía entregarse y, sobre todo, porque solo presentía, sin entender, que Octavio podía abrazarla y darle la paz.

—Una noche, apenas me había acostado —dijo Juana—, una de las patas de la cama se partió y caí al suelo. Después de un primer movimiento de cólera, porque ni siquiera tenía sueño bastante para prescindir de este consuelo, pensé súbitamente: ¿por qué tiene que estar la cama entera, y no partida? Me acosté, y al cabo de poco

tiempo ya dormía...

No era bonita. A veces, cuando por un momento la inteligencia parecía haberla abandonado, se revelaba lo que, por una vigilancia sobrehumana —imaginaba Octavio—, jamás se descubría. En el rostro que entonces surgía, los rasgos limitados y pobres no tenían belleza propia. No quedaba nada del antiguo misterio, sino el color de la piel, tostada, sombría, fugitiva. Si se prolongaban los instantes de abandono y se sucedían, entonces Octavio, asustado, veía su fealdad, y, más que la fealdad, una especie de vileza y brutalidad, algo ciego e inapelable que dominaba el cuerpo de Juana como en una descomposición. Sí, sí, tal vez subía entonces a la superficie algo liberado del miedo de no amar.

—Sí, lo sé —continuaba Juana—, sé la distancia que separa los sentimientos de las palabras. Ya pensé en esto. Y lo más curioso es que, en el momento en que intento hablar, no solo no expreso lo que siento, sino que lo que siento se transforma lentamente en lo que digo. O, al menos, lo que me hace actuar no es, seguramente, lo que siento, sino lo que digo.

Había hablado del viejo, había hablado de la preñez de la perra y de repente, él, asustado, se había sentido como después de una confesión, como si le hubiera contado a aquella extraña toda su vida. ¿Qué vida? La que se debatía dentro de él y que no era nada, se repitió con miedo de verse ante sus propios ojos como grandioso y lleno de responsabilidades. Él no era nada, nada era y nada precisaba hacer, se decía a sí mismo, con los ojos mentalmente cerrados. Como si le hubiera contado a Juana lo que no sentía sino en la oscuridad. Y lo más sorprendente de todo: como si ella hubiera escuchado y se riera luego, perdonando —no como Dios, sino como el Diablo—, abriéndole ampliamente las puertas para que pasara.

Sobre todo en el momento en que la tocó, comprendió: todo lo que hubiera después entre ellos sería irremediable. Porque cuando la había abrazado la había sentido vivir súbitamente en sus brazos como agua corriendo. Y viéndola tan viva, había comprendido, abrumado y secretamente contento, que si ella lo quisiera él nada podría hacer... En el momento en que, finalmente, la besó se sintió repentinamente libre, perdonado incluso más allá de lo que él sabía de sí mismo, perdonado en lo que estaba bajo todo lo que él era...

De ahora en adelante no había posibilidad de elegir. Había caído vertiginosamente de Lidia en Juana. Sabiendo eso, hacía todo lo posible para amarla. No era difícil. Una vez se había distraído mirando a través del cristal de la ventana, con los labios entreabiertos, olvidada de sí misma. Él la había llamado, y el modo suave y lánguido con que ella había vuelto la cabeza y había dicho: ¿qué?... lo había hecho caer dentro de sí mismo, sumergido en una absurda y oscura ola de amor. Octavio, entonces, había vuelto un poco el rostro hacia un lado, sin querer verla.

Podría amarla, podría aceptar la nueva e incomprensible aventura que ella le ofrecía. Pero continuaba agarrado al primer impulso que lo había lanzado contra ella. No era como mujer, no era así, entregada, como la quería... La necesitaba fría y

segura. Para que él pudiera decir como un chiquillo consolado y casi victorioso: la culpa no es mía...

Se casarían, se verían minuto tras minuto, y ella sería peor que él. Y más fuerte, para enseñarle a no tener miedo. Ni siquiera el miedo a no amar... Él la quería, no para hacer su vida con ella, sino para que ella le permitiese vivir. Vivir sobre sí mismo, sobre su pasado, sobre las pequeñas vilezas que había cometido cobardemente y a las que cobardemente continuaba unido. Octavio pensaba que al lado de Juana podría continuar pecando.

Cuando Octavio la besó, le había cogido las manos y, apretándoselas contra su seno, Juana al principio se había mordido los labios llena de rabia, porque todavía no sabía con qué pensamiento vestir aquella sensación, violenta como un grito, que le subía del pecho hasta aturdirlo. Lo miró sin verlo, con los ojos nublados y el cuerpo dolorido. Tenían que separarse. Se apartó bruscamente y se fue inmediatamente sin volverse, sin añoranza.

Una vez en su cuarto, desnuda sobre la cama, no conseguía dormirse. Le pesaba el cuerpo, que existía más allá de sí misma como si no fuera suyo. Lo notaba palpitante, ardiente. Apagó la luz y cerró los ojos, intentó escapar, dormir. Pero continuó largas horas examinándose, vigilando su sangre, que corría plenamente por sus venas como un animal borracho. No se conocía hasta aquel momento. Aquellas formas finas y ligeras, aquellas líneas delicadas y adolescentes. Se abrían, respiraban sofocadas y llenas de sí hasta el límite.

De madrugada, la brisa acarició su cama y agitó las cortinas. Juana se fue serenando suavemente. El frescor del alba acarició su cuerpo dolorido. El cansancio se apoderaba de ella lentamente y, de repente exhausta, se entregó a un profundo sueño.

Despertó tarde y contenta. Se daba cuenta de que cada una de sus células se abría floreciendo. Milagrosamente, notaba todas sus energías despiertas, prontas para la lucha. Cuando pensaba en Octavio, respiraba con cuidado como si el aire le hiciese daño.

Durante los días siguientes no lo vio ni procuró verlo. Incluso lo evitaba como si su presencia le resultase prescindible.

Y fue tan cuerpo que fue puro espíritu. Atravesaba los acontecimientos y las horas de un modo inmaterial, escurriéndose entre ellas con la ligereza de un instante. Comía mal y su sueño era fino como un velo. Se despertaba muchas veces durante la noche, sin miedo, preparándose antes de pensar en sonreír. Se dormía de nuevo sin cambiar de posición, solo cerrando los ojos. Se contemplaba mucho en el espejo, amándose sin vanidad. La piel serena, los labios vivos la hacían casi tímidamente volverse de espaldas a su imagen, sin fuerza para sostener su mirada contra la de aquella mujer, fresca y húmeda, tan blandamente clara y segura.

Después cesó la felicidad.

La plenitud volvióse dolorosa y pesada, y Juana era una nube presta a dejar caer la lluvia. Respiraba mal como si dentro de ella no hubiera lugar para el aire. Anduvo de un lado para otro, perpleja con el cambio. ¿Cómo?, se preguntaba y sentía que estaba siendo ingenua, ¿aquello tenía dos caras? ¿Sufriría por el mismo motivo que la hacía terriblemente feliz?

Cargó consigo el cuerpo doliente, un herido incómodo, durante días. La ligereza había sido sustituida por miseria y cansancio. Saciada —como un animal que apagara su sed inundando su cuerpo de agua—. Pero ansiosa y desgraciada como si a pesar de todo quedaran tierras todavía no empapadas, áridas y sedientas. Sufrió sobre todo de incompreensión, sola, atónita. Hasta que apoyando la cabeza en el cristal de la ventana —la calle quieta, la tarde cayendo, el mundo allí fuera—, sintió su rostro mojado. Lloró libremente como si ésta fuera la solución. Las lágrimas corrían gruesas sin que Juana contrajera un solo músculo de la cara. Lloró tanto que no supo ni cuánto. Después se sintió como si hubiera vuelto a sus verdaderas proporciones, menuda, marchita, humilde, serenamente vacía. Estaba dispuesta.

Entonces lo buscó. Y la nueva gloria y el nuevo sufrimiento fueron más intensos y de calidad más insoportable.

Se casó.

El amor vino a afirmar todas las cosas viejas de cuya existencia solo sabía sin haber aceptado nunca su sentido. El mundo giraba bajo sus pies, había dos sexos entre los humanos, una línea unía el hambre a la saciedad, el amor de los animales, las aguas de las lluvias se encaminaban hacia el mar, los niños eran seres que tenían que crecer, en la tierra la semilla se convertiría en planta. No podría negar más... ¿qué?, se preguntaba suspensa. El centro luminoso de las cosas, la afirmación durmiendo debajo de todo, la armonía existente bajo lo que no entendía.

Se levantaba para una nueva mañana, dulcemente viva. Y su felicidad era pura como el reflejo del sol en el agua. Cada acontecimiento vibraba en su cuerpo como pequeñas agujas de cristal que se despedazasen. Después de los momentos cortos y profundos, vivía con serenidad durante largo tiempo, comprendiendo, recibiendo, resignándose a todo. Le parecía formar parte del auténtico mundo y haberse distanciado extrañamente de los hombres. A pesar de que en ese período conseguía tenderles la mano con una fraternidad cuya fuente viva ellos sentían. Le hablaban de sus dolores y, aunque no escuchara, no pensara, o no hablara, tenía una mirada buena —brillante y misteriosa como la de una mujer embarazada—.

¿Qué sucedía entonces? Milagrosamente vivía libre de todos los recuerdos. Todo el pasado se había esfumado. Y también el presente eran nieblas, dulces y frescas nieblas separándola de la sólida realidad, impidiéndole tocarla. Si rezara, si pensara, sería para agradecer tener un cuerpo hecho para el amor. La única verdad se convirtió en aquella blandura en la que se sumergía. Su rostro era leve e impreciso, flotando entre los otros rostros opacos y seguros, como si todavía no pudiera adquirir apoyo en algo preciso. Todo su cuerpo y su alma perdían los límites, se mezclaban, se fundían

en un solo caos, suave y amorfo, lento y de movimientos vagos como materia simplemente viva. Era la renovación perfecta, la creación.

Y su ligazón con la tierra era tan profunda y su certeza tan firme —¿de qué?, ¿de qué?— que ahora podía mentir sin entregarse. Todo eso a veces le permitía pensar:

—Oh, Dios, ¿quién sabe si no estoy haciendo de esto más que amor?

Al poco tiempo se habituó al nuevo estado, se acostumbró a respirar, a vivir. Al poco tiempo fue envejeciendo dentro de sí, abrió los ojos y nuevamente era una estatua ya no plástica, sino definida. Muy lejos renacía la inquietud. Por la noche, entre las sábanas, un movimiento cualquiera o un pensamiento inesperado la despertaba. Levemente sorprendida, abría los ojos, percibía su cuerpo sumergido en una comfortable felicidad. No sufría, pero ¿dónde estaba?

—Juana... Juana... —se llamaba a sí misma dulcemente. Y su cuerpo apenas respondía lentamente: Juana.

Los días fueron pasando y ella deseaba hallarse más. Se llamaba a sí misma con fuerza y no le bastaba respirar. La felicidad la apagaba, la apagaba... Quería sentirse de nuevo, incluso con dolor. Pero se sumergía cada vez más. Mañana, aplazaba, mañana me veré. El nuevo día, sin embargo, seguía deslizándose por su superficie, leve como una tarde de estío, estrujando sus nervios.

Pero no se había habituado a dormir. Dormir era cada noche una aventura, caer de la claridad fácil en que vivía hasta el mismísimo misterio, sombrío y fresco, atravesar la oscuridad. Morir y renacer.

Nunca tendrá una directriz, pensaba meses después de casada. Resbalo de una verdad a otra, siempre olvidando la primera, siempre insatisfecha. Su vida estaba formada de pequeñas vidas completas, de círculos completos, cerrados, que se aislaban unos de otros. Solo que al final de cada uno de ellos, Juana en vez de morir y comenzar la vida en otro plano, inorgánico u orgánico inferior, empezaba en el mismo plano humano. Solo eran diversas las notas fundamentales. ¿O resultaban solo diversas las suplementarias, y las básicas eternamente iguales?

Era inútil haber sido feliz o infeliz. E incluso haber amado. Ninguna felicidad o infelicidad había sido tan fuerte como para transformar los elementos de su materia, dándole un camino único, como debe ser el verdadero camino. Continúo siempre iniciándome, abriendo y cerrando círculos de vida, arrojándolos a un lado, mustios, llenos de pasado. ¿Por qué tan independientes, por qué no se funden en un solo bloque, sirviéndome de lastre? Es que eran demasiado integrales. Momentos tan intensos, rojos, condensados en ellos mismos, que no precisaban del pasado ni del futuro para existir. Traían un conocimiento que no servía como experiencia —un conocimiento directo, más como sensación que como percepción—. La verdad entonces descubierta era tan verdad que no podía subsistir sino en su recipiente, en el propio hecho que la había provocado. Tan verdadero, tan fatal, que solo vive en

función de su matriz. Una vez terminado el momento de vida, la verdad correspondiente también se agota. No puedo moldearla, hacerle inspirar otros instantes iguales. Nada, pues, me compromete.

Sin embargo, la justificación de su corta gloria tal vez no tuviera otro valor sino el de darle cierto placer de raciocinio, así como: si una piedra cae, esa piedra existe, esa piedra cayó en un lugar, esa piedra... Se engañaba.

Segunda parte

La boda

Juana recordó de repente, sin aviso previo, ella en pie, arriba de la escalinata. No se acordaba de si alguna vez había estado en lo alto de una escalera, mirando hacia abajo, hacia aquella gente, vestida de satén, con grandes abanicos. Era muy probable que nunca hubiera vivido aquello. Los abanicos, por ejemplo, no tenían consistencia en su memoria. Si quería pensar en ellos, no veía en la realidad abanicos, sino manchas brillantes nadando de un lado a otro entre palabras en francés, susurradas con cuidado por labios apretados, hacia delante como un beso enviado de lejos. El abanico empezaba como abanico y terminaba con las palabras en francés. Absurdo. Era mentira, pues.

Pero a pesar de todo, la impresión continuaba queriendo ir hacia adelante, como si lo principal estuviera más allá de la escalinata y de los abanicos. Detuvo unos instantes sus movimientos, y solo los ojos se movían rápidos, en busca de la sensación. Ah, sí. Bajó por la escalera de mármol, sintiendo en la planta de los pies aquel miedo frío de resbalar, en las manos un sudor cálido, en la cintura un apretado cinturón, empujándola como una pequeña grúa hacia la cima. Después el olor de los vestidos nuevos, la mirada brillante y curiosa de un hombre atravesándola y dejándole, como si hubiera oprimido un botón en la oscuridad, el cuerpo iluminado. Juana era recorrida por largos músculos enteros. Cualquier pensamiento descendía por esas cuerdas pulidas hasta quedarse allí estremecido, en los tobillos, donde la carne era blanda como la de un polluelo.

Se detenía en el último peldaño, amplio y sin peligro, ponía ligeramente la palma sobre el pasamanos frío y liso. Y, sin saber por qué, sentía una súbita felicidad, casi dolorosa, un quebranto en el corazón, como si fuese de masa blanda y alguien metiera los dedos en ella, revolviéndola muellemente. ¿Por qué? Levantó ligeramente la mano con un gesto de rechazo. No quería saber. Pero ahora ya había surgido la pregunta, y como respuesta absurda le llegó el pasamanos refulgente lanzado con desenvoltura desde lo alto como una serpentina barnizada en un día de carnaval. Solo que no era carnaval, porque había silencio en el salón, se podía ver todo a través de él. Los reflejos húmedos de las lámparas sobre los espejos, los broches de las señoras y las hebillas de los cinturones de los hombres comunicándose a intervalos con la lámpara por delgados rayos de luz.

Cada vez comprendía mejor el ambiente. Entre los hombres y las mujeres no había espacios duros, todo se mezclaba suavemente. De algún brasero invisible subía un vapor húmedo y emocionante. De nuevo el corazón le dolió levemente, y sonrió, frunciendo un poco la nariz y respirando entrecortadamente.

Hubo una pequeña pausa de reposo. Enseguida fue recuperando, a pesar de su esfuerzo por todo lo contrario, la visión de la realidad, nuevamente notó el cuerpo insensible, opaco y fuerte, como una cosa viva desde hacía mucho tiempo. Entrevió el cuarto, las cortinas moviéndose irónicas, la cama obstinadamente inmóvil, inútil.

Intentó inquieta subir de nuevo a lo alto de la escalera, bajarla nuevamente. Dio unos pasos, pero ya no sintió las piernas trémulas, ni sudor en las manos. Entonces vio que se había agotado el recuerdo.

Se quedó esperando, junto al estante de libros, había ido a buscar... ¿Qué? Frunció el ceño sin demasiado interés. ¿Qué? Procuró encontrar divertida aquella impresión de que en el centro de la frente existía ahora un agujero en el lugar de donde habían extraído la idea que había ido a buscar.

Se inclinó un poco hacia la puerta y preguntó en voz alta y con los ojos cerrados:

—¿Qué querías, Octavio?

—El de Derecho Público —dijo Octavio, y antes de prestar de nuevo atención al cuaderno, le lanzó una rápida mirada sorprendido.

Le llevó el libro, ausente, con movimientos lánguidos. Octavio esperó con la mano extendida, sin levantar la cabeza. Permaneció un momento con el libro tendido a pequeña distancia de él. Pero Octavio no notó la demora, y con un pequeño movimiento de hombros Juana se lo colocó entre los dedos.

Se sentó en una silla a su lado, incómoda, como si tuviera que levantarse al instante. Al cabo de unos momentos, viendo que no había pasado nada, apoyó el cuerpo en el respaldo y se abandonó blandamente, con los ojos vacíos, sin pensar.

Octavio continuaba con el Derecho Público, deteniéndose en alguna línea y después, impaciente, se mordía la uña y volvía rápidamente varias páginas al mismo tiempo. Hasta que de nuevo se detenía, distraído, pasándose la lengua por el borde de los dientes, mientras con una mano peinaba con ternura los pelos de las cejas. Una palabra le dejó inmóvil, quedó con la mano en el aire y la boca abierta como un pez muerto. De repente, apartó el libro de golpe. Con mirada brillante y victoriosa escribió aprisa en el cuaderno, deteniéndose un instante para respirar ruidosamente y, con un gesto que la sobresaltó, darse en los dientes con los nudillos.

Qué animal, pensó Juana. Octavio dejó de escribir y la miró aterrorizado, como si ella le hubiera tirado alguna cosa. Juana le continuó mirando sin fuerza y Octavio se movió un poco en la silla, pensando simplemente que no estaba solo. Sonrió, tímido e importunado, y le tendió la mano por encima de la mesa. Juana apartó el cuerpo del respaldo de la silla y le ofreció la punta de los dedos. Octavio los oprimió rápidamente, sonriendo, y luego, antes incluso de que ella tuviera tiempo de retirar el brazo, se volvió furioso hacia el cuaderno, el rostro casi hundido en él, la mano trabajando.

Era él quien estaba sintiendo ahora, pensó Juana. Y, de repente, tal vez por envidia, sin pensarlo siquiera, le odió con una fuerza tan brutal que sus manos se cerraron sobre los brazos del sillón y sus dientes se apretaron. Palpitó durante unos instantes, reanimada. Temiendo que el marido se diera cuenta, la obligara a disfrazarlo y así disminuyera la intensidad de su sentimiento.

La culpa era de él, pensó fríamente, mientras esperaba la nueva ola de rabia. La culpa era de él. La culpa era de él. Su presencia, y más que su presencia: saber que él

existía, la privaba de libertad. Ahora, solo raras veces, y de una manera fugaz, conseguía sentir. Eso: la culpa era de él. ¿Cómo no lo había descubierto antes?, se preguntó triunfante. Él se lo robaba todo, todo. Y como la frase resultaba pobre aún, pensó con intensidad, con los ojos cerrados: ¡todo! Se sintió mejor; pensó con más nitidez.

¡Antes de que él llegara, estaba siempre con las manos extendidas y cuántas, oh, cuántas sorpresas recibía! Violentas sorpresas, como el rayo, dulces sorpresas, como una lluvia de pequeñas luces... Ahora tenía todo su tiempo entregado a él y los minutos que eran suyos Juana los sentía concedidos, partidos en pequeños cubos de hielo que debía tragar rápidamente, antes de que se derritieran. Y fustigándose para andar al galope: ¡mira, que ese tiempo es libertad!, mira piensa deprisa, mira, encuéntrate deprisa, mira... ¡se acabó! Ahora —solo más tarde, de nuevo la bandeja de cubitos de hielo y tú delante de ella, fascinada, viendo los reguerones de agua escurriéndose—.

Había llegado. Y ahora descansaba, en fin, con un suspiro, pesadamente. —¡Pero no quería descansar!—. La sangre le fluía más lentamente, a ritmo doméstico, como un animal que hubiera disciplinado sus correrías para caber dentro de la jaula.

Se acordó de cuando fue a buscar —¿qué?, ah, el Derecho Público—, en el estante de arriba de la escalera, un recuerdo tan gratuito, tan libre, casi imaginado... Qué joven era entonces. Agua limpia corriendo por dentro y por fuera. Añoró aquella sensación, necesidad de sentir de nuevo. Miró ansiosa de un lado a otro, buscando algo. Pero todo era allí como era hacía mucho ya. Viejo. Voy a dejarlo, se dijo en un primer pensamiento, sin antecedentes. Abrió los ojos, a la espera de sí misma. Sabía que de ese pensamiento podrían venir consecuencias. Por lo menos antes, cuando sus resoluciones no precisaban de grandes hechos, solo de una pequeña idea, de una visión insignificante para nacer, ocurría así. Voy a dejarlo, se repitió y, entonces, del pensamiento surgían pequeños filamentos que lo ataban a ella. De ahora en adelante él estaba dentro de ella y cada vez los filamentos se harían más gruesos hasta formar raíces.

¿Cuántas veces todavía se propondría esto y lo dejaría? Se cansó por adelantado de las pequeñas luchas que todavía tendría que soportar, rebelándose y cediendo en seguida, hasta el fin. Tuvo un rápido e impaciente movimiento interior que se reflejó solo en un imperceptible ademán de levantar la mano. Octavio desvió unos momentos los ojos hacia ella y continuó escribiendo como un sonámbulo. Qué sensible era, pensó en un intervalo. Continuó pensando, pero ¿por qué aplazarlo? Sí, ¿por qué aplazarlo?, se preguntó. Y la pregunta era sólida, exigía una respuesta seria. Se acomodó en la silla, adoptó una actitud ceremoniosa, como para oír lo que tenía que decir.

Entonces Octavio suspiró alto, cerró el libro y el cuaderno con estrépito, los echó a un lado, de manera exagerada, y estiró las piernas sobre la silla todo lo que pudo. Ella le miró asustada, ofendida. ¿Y? ¿Qué pasa?..., empezó a decir con ironía. Pero

no sabía cómo continuar y esperó, mirándole fijamente.

Él dijo con cómico aire de severidad:

—Muy bien. Señora, haga el favor de acercarse y recostar su cabeza en este valeroso pecho, lo estoy necesitando.

Ella se rio, solo para satisfacerle. Pero en medio de aquella risa encontraba ya un poco de gracia. Continuó sentada, intentando proseguir: entonces, él..., y hacía con los labios un gesto de desprecio y de victoria, como quien recibe las pruebas esperadas. Entonces, él... ¿Era así? Esperaba que Octavio viese su actitud, adivinase su resolución de no moverse de la silla. Él, sin embargo, como siempre, no adivinaba nada, y, justamente en los momentos en que debería haber mirado, se distraía con cualquier cosa. Ahora, precisamente ahora, se acordaba de recoger el libro y el cuaderno que había tirado sobre la mesa. No miraba hacia ella, ¿estaba seguro de que iría? Se rio con una sonrisa atravesada, pensando cómo se engañaba Octavio y cuántos pensamientos surgían en ella que él no podía siquiera imaginar. Sí. ¿Por qué aplazarlo?

Él levantó los ojos, un poco sorprendido por la tardanza. Y como ella continuara sentada, se quedaron mirándose de lejos. Octavio estaba intrigado.

—¿Qué pasa? —dijo incómodo—, mi valeroso...

Juana le interrumpió con un gesto, porque no podía soportar la piedad que de repente la había invadido y la impresión de lo ridícula que quedaba la frase, cuando ella estaba tan lúcidamente resuelta a hablar. Él no se asustó de su movimiento y Juana tuvo que tragarse la saliva con cuidado para empujar dentro de sí las estúpidas ganas de llorar que empezaban a nacer dulcemente en su pecho.

Ahora su piedad la abarcaba también, y ella veía a los dos juntos, pobrecillos e infantiles. Los dos iban a morir, ese mismo hombre que se había dado con los nudillos en los dientes en un movimiento violento. Ella misma, con el remate de la escalinata y toda su capacidad de querer sentir. Las cosas más importantes la asaltaban en cualquier momento, también en los vacíos, llenándolos de significado. Cuántas veces le había dado una propina exagerada al camarero, solo porque pensó que él iba a morir y no lo sabía.

Le miraba misteriosamente, seria y tierna. Y ahora procuraba emocionarse pensando en los dos futuros muertos.

Recostó la cabeza en su pecho, y allí latía un corazón. Pensó: incluso así, a pesar de la muerte, algún día le dejaré. Conocía bien el pensamiento que podría llegarle, fortaleciéndola, si antes de dejarlo se conmoviera: «Arrojé todo lo que podría tener. No le odio, no le desprecio. ¿Por qué buscarle, aunque lo ame? No me gusto hasta el punto de que me gusten las cosas que me gustan. Amo más lo que quiero que a mí misma». Sin embargo, sabía que la verdad podía estar igualmente en lo contrario de lo que pensaba. Reclinó la cabeza, la apoyó contra la camisa blanca de Octavio. A los pocos momentos, muy suavemente, se fue apagando la idea de la muerte y ya no encontraba de qué reírse. Su corazón se iba sintiendo suavemente moldeado. Con el

oído, sabía que él, indiferente a todo, proseguía con sus regulares latidos su camino fatal. El mar.

—Aplazarlo, solo aplazarlo. —Pensó Juana antes de dejar de pensar. Porque los últimos cubitos de hielo se habían derretido, y ahora ella era tristemente una mujer feliz.

El amparo en el profesor

Juana recordaba que días antes de casarse había ido a ver al profesor.

Súbitamente había sentido la necesidad de encontrarle, de sentirlo firme y frío. En cierto modo le parecía que con la boda traicionaba toda su vida pasada. Quería volver a ver al profesor, sentir su apoyo. Y cuando se le ocurrió la idea de irle a ver, se serenó aliviada.

Él le daría la palabra justa. ¿Qué palabra? Nada, se respondía misteriosamente, queriendo en un repentino deseo de fe y de esperanza reservarse para oírle completamente nueva, sin tener siquiera idea de lo que iba a ganar con ello. Un día ya le había sucedido algo semejante: cuando por primera vez se preparaba para ir al circo, siendo todavía una niña; lo más agradable fueron los preparativos. Y cuando se acercó al amplio campo donde se veía la lona inmensa y redonda, como una de esas campanas que esconden hasta el momento preciso el mejor plato de la mesa, cuando se acercó de la mano de la criada, sintió el miedo y la angustia, y la alegría trémula en el corazón. Quería volverse, huir. Entonces, la criada le dijo: su padre me dio dinero para palomitas de maíz. Juana miró estupefacta las cosas, bajo la tarde llena de sol, como si estuvieran locas.

Sabía que el profesor había estado enfermo, su mujer lo había abandonado. Pero a pesar de que había envejecido, lo encontró más grueso, y con la mirada brillante. Temía al principio que su última escena en común, cuando había huido asustada hacia la pubertad, pudiera dificultar la visita y dejarles un malestar en aquella misma sala extraña e hipócrita, donde el polvo había vencido al brillo.

El profesor la recibió con aire sereno y distraído. Con las gafas oscuras parecía una fotografía antigua. Le hacía preguntas, pero, tan pronto como ella iniciaba la respuesta, él dejaba de oírla, distraído. Se interrumpía varias veces con la atención puesta en el reloj o en la mesita de las medicinas. Miraba a su alrededor, y la penumbra resultaba húmeda y asfixiante. El profesor parecía un enorme gato castrado reinando sobre el sótano.

—Puedes abrir las ventanas —le había dicho el profesor—. Mira, Juana, un poco de oscuridad primero y después, de repente, recibir aire abundante, eso es algo que beneficia al organismo, le da vida. Es lo que ocurre con una criatura mal cuidada cuando lo recibe todo de repente, entonces reacciona, rebrota, a veces mejor incluso que las otras.

Juana abrió las ventanas y las puertas, y el aire fresco entró como una riada triunfante. Un poco de sol entraba también por la puerta tras él. El profesor abrió un poco más el cuello del pijama, y se expuso al viento.

—Eso es lo que ocurre —dijo.

Mirándole, Juana descubría que era solo un viejo gordo tomando el sol, un viejo cuyos escasos cabellos no resistían la brisa, su corpachón derribado en la silla. Y la sonrisa, Dios mío, la sonrisa.

Cuando dieron las tres, repentinamente, se mostró agitado, se detuvo en medio de una frase y, con gestos mesurados, el rostro ávido y grave, contó veinte gotas de un frasco y las echó en un vaso de agua. Lo levantó a la altura de los ojos, observándolo con los labios apretados, enteramente absorto. Bebió el líquido oscuro, sin miedo, luego miró el vaso con cara amargada, y con una media sonrisa que Juana no supo explicarse. Lo dejó después sobre la mesa, dio unas cuantas palmadas para llamar al criado, un negrito flaco y distraído. Se quedó esperando su llegada, en silencio, con la mirada atenta, como si quisiera oírle de lejos. Solo cuando recibió el vaso lavado, y tras haberlo examinado bien y ponerlo boca abajo en un platillo, lanzó un leve suspiro:

—Bien, ¿de qué estábamos hablando?

Juana continuaba sin prestar atención a sus propias palabras; se limitaba a observarle. Ningún rasgo en el rostro de aquel hombre revelaba el abandono de su mujer. Juana, fugitivamente, volvía a ver aquella figura casi siempre muda, de rostro impasible y soberano, a quien tanto había temido y odiado. Y, a pesar de la repulsión que todavía le inspiraba, como en una reminiscencia, Juana descubrió sorprendida que, no solo entonces, sino tal vez siempre, se sentía y se había sentido unida a ella, como si ambas tuvieran en común algo secreto y malo.

Nada en la fisonomía de él dejaba adivinar el sentimiento que le había producido la marcha de la esposa. En su actitud y en su mirada se notaba una tranquilidad definitivamente lograda, un reposo que Juana nunca había notado antes en él. Le miraba casi angustiada, como se miran las aguas engrosadas por la lluvia y cuya profundidad resulta imposible calcular. Había venido a oírlo y a sentir su lucidez como un punto fijo.

—El dolor de un hombre sano es mayor que el de uno enfermo —se esforzaba en hacerle hablar.

Él apenas había levantado la vista. Su frase vacilaba en el aire, aturdida y tímida. Voy a continuar, en mi naturaleza no entra el sentirme ridícula, me aventuro siempre, entro en todos los escenarios. Octavio, al contrario, con una estética tan frágil que basta una risa más aguda que otra para quebrarla y volverla miserable. Él me oíría ahora inquieto o sonriente. ¿Estaba Octavio pensando dentro de ella? ¿Se había transformado ya en una mujer que oye y espera al hombre? Estaba cediendo algo en ella... Quería salvarse, oír al profesor, conmoverlo. ¿Sería posible que aquel viejo sentado frente a ella no se acordara de lo que le había dicho? «Pecar contra sí misma...».

—El enfermo imagina el mundo y el sano lo posee —decía Juana—. El enfermo piensa que su impotencia procede solo del dolor, y el fuerte siente inútil su fuerza.

—Sí, sí —el profesor movía la cabeza tímidamente.

Juana se daba cuenta de que su desasosiego era solamente el malestar de alguien que no desea ser interrumpido. Continuó, sin embargo, hasta el fin, repitiendo con voz cansada el pensamiento que había surgido en su mente mucho antes.

—Por eso la poesía de los poetas que sufrieron es dulce y tierna, mientras que la de los otros, la de aquellos que de nada se vieron privados, es ardorosa y rebelde.

—Sí —decía el profesor, ajustándose las solapas flojas del pijama.

Juana veía, humillada y perpleja, su cuello oscuro, arrugado. Sí, decía el profesor de vez en cuando, sin que su atención, buscando un punto de apoyo, se desviase del reloj. ¿Cómo decirle que se iba a casar?

A las cuatro, nuevamente se repitió el ritual. Esta vez el negro tuvo que esquivar un puntapié; había estado a punto de dejar caer el frasco de la medicina. En aquella frustrada tentativa, la zapatilla del profesor había volado lejos de la silla, y su pie, de uñas curvadas y amarillentas, surgió desnudo. El chiquillo acercó la zapatilla a Juana, riéndose, y con miedo. Tan pronto como el vaso estuvo guardado, Juana se atrevió por primera vez a referirse a su enfermedad, avergonzada, porque nunca hasta entonces habían penetrado en la intimidad de sus propios casos, siempre habían hablado de cosas ajenas a ellos mismos.

Ya no tendría que intentar una mayor aproximación... El profesor había tomado la dirección del asunto, lo abordaba lentamente, le explicaba todos los detalles con calma y con voluptuosidad. Al principio había adoptado un aire benevolente y misterioso, como si le pareciera imposible que ella lograra penetrar en su mundo. Pero, después de unos instantes, olvidándose de su presencia, seguro de sí, empezó a hablar abiertamente.

—El médico dice que no estoy mejor. Pero ya me pondré bien; yo sé más que todos los médicos: mejoraré. Soy yo el enfermo...

Ella acababa de descubrir, asombrada, que él era feliz...

Pronto iban a ser las cinco. Notaba que él estaba esperando ya que se marchara. Pero no lo iba a dejar así, de un modo tan fácil; intentó avanzar un poco más. Le miró a los ojos, cruelmente. El profesor le devolvió una mirada al principio pesada e indiferente, luego la apartó con rabia, importunado.

La pequeña familia

Antes de empezar a escribir, Octavio ordenaba los papeles sobre la mesa minuciosamente y se acomodaba la ropa. Se complacía en los pequeños gestos, le gustaban los trajes viejos y las chaquetas gastadas, dentro de las cuales se movía con seriedad y aplomo. Desde estudiante siempre se preparaba así para realizar un trabajo. Después de instalarse frente a la mesa, la arreglaba un poco, y, con la conciencia avivada por la noción de las cosas que tenía a su alrededor —no tengo que perderme en las grandes ideas, soy también una cosa—, dejaba correr un poco la pluma libremente para liberarse de alguna imagen o reflexión obsesiva que tal vez quisiera acompañarlo e impedir la marcha del pensamiento principal.

Por eso, trabajar delante de los demás era un suplicio para él. Le molestaba aquel ridículo de los pequeños rituales, pero no podía prescindir de ellos. Se apoyaba en ellos como en una superstición, y también para vivir se rodeaba de tabúes, de fórmulas y concesiones. Todo se volvía entonces más fácil, como aprendido. Lo que le fascinaba y le amedrentaba en Juana era exactamente la libertad en que vivía, amando repentinamente ciertas cosas y mostrándose ciega para otras, sin usarlas siquiera. Él se sentía agradecido ante lo que existía. Había acertado Juana al decir que necesitaba ser poseído por alguien... Coges el dinero con una intimididad..., le había dicho riendo Juana una vez que él estaba pagando una cuenta en un restaurante tan distraído que hasta se había asustado ante el camarero, que se le quedó mirando irónicamente. Se le habían escapado los billetes y las monedas de las manos y habían caído desparramadas a sus pies. No había seguido a la escena ninguna frase irónica —hay que decir, las cosas como son, que Juana no se había reído—, pero desde entonces siempre tenía la frase preparada: ¿qué hay que hacer entonces con el dinero si no es guardarlo para gastarlo? Se enfurecía, avergonzado. Notaba que el argumento no respondía a Juana.

La verdad era que si no tuviera dinero, si no amase el orden, si no existiera la revista de Derecho, el vago plan del libro de civil, si Lidia no estuviera enfadada con Juana, si Juana no fuera una mujer y él un hombre, si... ¡Oh, Dios!, si todo... ¿Qué haría? No, no. ¿Qué haría? ¿A quién se dirigiría? ¿Cómo se movería? Imposible deslizarse entre aquellos bloques, sin verlos, sin necesitarlos...

Contrariando su regla de trabajo —una concesión—, cogió el papel y el lápiz incluso antes de estar completamente preparado. Pero se disculpó, no quería perder aquella nota, tal vez algún día le sirviera: «Es necesario poseer cierto grado de ceguera para poder descubrir algunas cosas. Ese es tal vez el signo del artista. Cualquier hombre podía saber más que él y razonar con seguridad, siguiendo la verdad. Pero precisamente aquellas cosas escapan a la luz fulgurante. En la oscuridad se vuelven fosforescentes». Se quedó pensando, un poco. Después, anotó: «No es el grado lo que separa la inteligencia del genio, sino la cualidad. El genio no es solo una cuestión de poder intelectual, sino de la forma en que se presenta este poder. Así se

puede ser fácilmente más inteligente que un genio. Pero el genio es él. Infantil ese “el genio es él”. Luego mirar si con relación a Spinoza se puede aplicar este descubrimiento». ¿Era realmente de él? A cada idea que le surgía en la mente, y tras familiarizarse con ella en cuestión de segundos, le sobrevinía el temor de haberla robado.

Y ahora el orden. Coger el lápiz, se dijo, liberarme de las obsesiones. ¡Un, dos, tres! Lamento mucho sufrir como sufro entre los bambúes del noroeste de esta ciudad, empezó a decir. Hago lo que quiero, continuó diciendo, y nadie me obliga a escribir la Divina Comedia. No hay otra manera de ser sino la que se es; el resto es bordado inútil y tan incómodo como aquél, en relieve lleno de ángeles y flores, con que la prima Isabel adornaba mis almohadas. Cuando yo estaba distraído, venía ella como una nube roja e idiota, como mi pensamiento. Di cuál, cuál, pero cuatro veces, cuál, cuál, cuál, cuál. Así, así, no huyas: «¿Qué? ¿Aún estás viva? ¿Aún no te has muerto?». Sí, sí, eso, no huir de mí, no huir de mi letra, cuán leve y horrible es, tela de araña, no huir de mis defectos, mis defectos, os adoro, mis cualidades son tan pequeñas, iguales a las de otros hombres, en cambio mis defectos, mi lado negativo es bello y cóncavo como un abismo. Lo que no soy dejaría un enorme hueco en la tierra. No mimo mis errores, sin embargo, Juana no se equivoca, esa es la diferencia. Bueno, bueno, di alguna cosa muchacho. Las mujeres me miran, las mujeres miran mi boca, sobre ella he dejado crecer de nuevo el bigote y ellas se mueren de alegría y de amor, un amor lleno de ciruelas y de pasas. Las compro a todas sin dinero, el dinero me lo guardo, si una resbalara en una monda allá en la calle, lo único que puede hacer es avergonzarse. Nada se pierde, nada se crea. El hombre que sintiera eso, aunque casi no comprendiera, mientras creyera ciegamente, sería tan feliz como el que cree realmente en Dios. Al principio duele un poco, pero después la gente se acostumbra. Quien escribe esta página hubo un día en que nació. Ahora son exactamente las siete y pico de la mañana. Hay niebla allá fuera, más allá de la ventana, de la Ventana Abierta, el gran símbolo. Juana diría: yo me siento tan dentro del mundo, que me parece que no estoy pensando, sino sirviéndome de una nueva modalidad de respirar. Adiós. Eso es el mundo, yo soy yo, está lloviendo en el mundo, es mentira, yo soy un trabajador intelectual, Juana duerme en el cuarto, alguien debe estar despertando ahora, Juana diría: Otro muriendo, otro oyendo música, otro se mete en una bañera, esto es el mundo. Voy a conmoverles a todos, llámales para que se enternezcan conmigo. Vivo con una mujer desnuda y fría, no puedo huir, no puedo huir, me mira fijo a los ojos, no puedo huir, me espía, mentira, mentira, mentira, pero es verdad. Ahora está acostada durmiendo, duerme vencida por el sueño, vencida, vencida. Es un pájaro delicado dentro de un camisón blanco. Voy a conmoverles a todos, no halago mis errores, pero quiero que todos me halaguen.

Se enderezó, se alisó el cabello y se quedó mirando, serio. Ahora iba a trabajar. Como si todos asintieran y aprobaran con la cabeza, cerrando los ojos en una muda

aprobación: eso, eso mismo, muy bien. Algo real le incomodaba y, solo, solo, se sentía nervioso. «Todos», pues, le ayudaban. Tosió ligeramente. Apartó el tintero con cuidado. Y empezó a escribir: «La tragedia moderna es el intento vano de la adaptación del hombre al estado de cosas que él creó».

Se apartó un poco, echó una ojeada al cuaderno, se puso bien el pijama. «La imaginación es la base del hombre —de nuevo Juana— hasta el punto de que todo lo que él ha construido encuentra su justificación en la belleza de la creación y no en su utilidad, no en ser el resultado de un plan de fines adecuados a las necesidades. Por eso vemos multiplicarse los remedios destinados a unir el hombre a las ideas e instituciones existentes —la educación, por ejemplo, tan difícil— y lo vemos continuar siempre fuera del mundo que construyó. El hombre levanta casas para mirarlas, no para vivir en ellas. Porque todo sigue el camino de la inspiración. El determinismo no es un determinismo de fines, sino un estrecho determinismo de causas. Jugar, inventar, seguir a la hormiga hasta su hormiguero, mezclar agua con cal para ver el resultado, eso es lo que se hace cuando se es pequeño y cuando se es mayor. Es un error considerar que llegamos a un alto grado de pragmatismo y materialismo. En realidad, el pragmatismo —el plan orientado hacia un determinado fin real— sería la comprensión, la estabilidad, la felicidad, la mayor victoria de adaptación que el hombre podría conseguir. Mientras tanto hacer las cosas “para que” me parece, ante la realidad, una perfección imposible de exigir del hombre. El inicio de toda su construcción es el “porqué”. La curiosidad, el devaneo, la imaginación —he aquí lo que formó el mundo moderno—. Siguiendo su inspiración, mezcló ingredientes y creó combinaciones. Su tragedia: tener que alimentarse de ellas. Confía en que puede imaginar una vida y encontrarse en otra, aparte. De hecho esa otra continúa, pero su purificación sobre lo imaginado actúa lentamente, y un hombre solo no encuentra el pensamiento estúpido de un lado y la paz de la vida verdadera en el otro. No se puede pensar impunemente». Juana pensaba sin miedo y sin castigo. ¿Se estaría volviendo loca? No podía adivinarlo. Tal vez solo el sufrimiento.

Se paró, releyó. No salir de este mundo, pensó con cierta pasión. No tener que enfrentarse al resto. Solo pensar, solo pensar e ir escribiendo. Que le exigieran artículos sobre Spinoza, pero no verse obligado a discutir, a mirar y a disputar con aquellas personas ignominiosamente humanas, desfilando, exponiéndose sin vergüenza.

Releyó las anotaciones sobre la lectura anterior. — El científico puro deja de creer en lo que le gusta, pero no puede evitar que le guste aquello en lo que cree. La necesidad de gustar: señal del hombre. — No olvidar: «el “amor intelectual de Dios” es el verdadero conocimiento y excluye cualquier misticismo o adoración». — En las afirmaciones de Spinoza se encuentran muchas respuestas. En la idea de que no puede haber pensamiento sin extensión, por ejemplo (modalidad de Dios), y viceversa, ¿no está afirmada la mortalidad del alma? Está claro: mortalidad como alma distinta y pensante, imposibilidad clara de la forma pura de los ángeles de santo

Tomás. Mortalidad con relación a lo humano. Inmortalidad por la transformación en la naturaleza. — Dentro del mundo no hay lugar para otras creaciones. Solo hay oportunidad de reintegración y continuación. Todo lo que podría existir, existe. Nada más puede ser creado, solo revelado. — Si cuanto más evolucionado está el hombre, más intenta sintetizar, abstraer y establecer principios y leyes para su vida, ¿cómo podría Dios —en cualquier acepción, incluso en la de Dios consciente de las religiones— no tener leyes absolutas para su propia perfección? Un Dios dotado de libre arbitrio es menor que un Dios de una sola ley. Del mismo modo, tanto más verdadero es un concepto cuanto más es uno solo y no precisa transformarse ante cada caso particular. La perfección de Dios se prueba más con la imposibilidad del milagro que en su posibilidad. Hacer milagros, para un Dios humanizado de las religiones, es ser injusto —millares de personas precisan igualmente y al mismo tiempo de este milagro— o reconocer una equivocación corrigiéndola —lo que, más que una bondad o «prueba de carácter», significa haberse equivocado—. Ni el entendimiento ni la voluntad pertenecen a la naturaleza de Dios, dice Spinoza. Eso me hace más feliz y me deja más libre. Porque la idea de la existencia de un Dios consciente nos deja horriblemente insatisfechos.

En la cumbre de la ciencia colocaría ese pensamiento de Spinoza: «Los cuerpos se distinguen unos de otros en relación con el movimiento y el reposo, la velocidad y la lentitud y no en relación con la sustancia». Le enseñó la frase a Juana. ¿Por qué? Se encogió de hombros, sin intentar buscar una explicación más a fondo. Juana sintió curiosidad y manifestó su deseo de leer el libro.

Octavio tendió la mano y lo cogió. Encontró una hoja de cuaderno intercalada entre sus páginas. Le echó una mirada y descubrió la letra insegura de Juana. Se inclinó con avidez: «La belleza de las palabras: naturaleza abstracta de Dios. Es como oír a Bach». ¿Por qué hubiera preferido que Juana no hubiera escrito aquella frase? Juana siempre le cogía desprevenido. Octavio se avergonzaba como si ella le estuviera mintiendo claramente y él se sintiera obligado a engañarla diciéndole que creía en ella...

Leer lo que ella había escrito fue como estar delante de Juana. La recordó y, hurtándose a su mirada, la vio en uno de sus momentos de distracción, con su rostro pálido, desdibujado y frágil. De repente se sintió invadido por una profunda melancolía. ¿Qué estoy haciendo a fin de cuentas? —se preguntó a sí mismo; no lograba saber por qué de repente la emprendía consigo mismo—. No, hoy no voy a escribir. Y como eso era una concesión, una orden indiscutible, se preguntó: sinceramente, ¿si quisiera, podría trabajar?, la respuesta fue tajante: no —y, dándose cuenta de que aquella decisión era más poderosa que él mismo, se sintió casi alegre. Hoy alguien le proporcionaba el descanso. No Dios. Dios no, pero alguien. Alguien muy fuerte.

Mejor sería levantarse, recoger los papeles, guardar el libro, ponerse ropa de abrigo e irse a ver a Lidia. La comodidad del Orden. ¿Cómo le recibiría Lidia?

Delante de la ventana abierta, mientras miraba a los chiquillos que iban a la escuela, se cruzó de brazos y se sintió súbitamente encolerizado, tal vez de un modo un poco forzado frente a aquella pregunta: ¿qué estoy haciendo a fin de cuentas?

—¿No tienes miedo? —le había dicho casi gritando.

Lidia permaneció impasible.

—¿No tienes miedo de tu futuro, de nuestro futuro, de mí? ¿No sabes que... que... siendo solo mi amante... solo tienes un lugar a mi lado?

Lidia había movido la cabeza, sorprendida y llorosa:

—Pues, no...

La cogió por los hombros y la sacudió, avergonzado de aquella demostración de fuerza, cuando pensaba que con Juana siempre se callaba.

—¿No tienes miedo de que te deje? ¿No sabes que, si te dejo, serás una mujer sin marido, sin nada... Un pobre diablo... Una mujer abandonada por el novio que fue su amante y que se casó con otra...?

—No quiero que me dejes...

—Ah...

—... pero no tengo miedo...

Octavio miró asombrado. Se dio cuenta de que había adelgazado mucho. Pero todavía conservaba su aspecto saludable; sin embargo, estaba más nerviosa, lloraba con más facilidad, y su emotividad también había aumentado. De repente se echó a reír.

—No te entiendo; te juro que no te entiendo.

Lidia se rio contenta de que todo hubiera terminado. Octavio se había asustado de aquella mirada radiante y la atrajo hacia sí para no ver sus ojos. Permanecieron un instante abrazados, llenos de deseos diferentes.

¿Y ahora? Lidia lo recibiría como siempre. Escribió una nota a Juana, comunicándole que no iría a casa a comer. Pobre Juana... habría podido exclamar. Juana jamás lo sabría. Ella, tan íntegra en su altivez ignorante... Se lo ocultaría a toda costa. Bien, mañana escribiría algo definitivo sobre aquel artículo.

Se miró al espejo antes de salir, con los ojos entornados observó aquella cara armoniosa, de nariz recta y labios carnosos. Al fin y al cabo no soy culpable de nada, se dijo. Ni siquiera de haber nacido. De repente no comprendía por qué se sentía responsable, por qué sentía aquel peso constante a todas horas. Él era libre... A veces todo se simplificaba extraordinariamente...

Salió a la calle, y escogió cuidadosamente una caja de bombones. Acabó comprando una bastante grande, forrada de seda adamascada. Cuando doblara la esquina empezaría a comerse el primer bombón tranquilamente, con las manos en los bolsillos. Sus ojos se enternecieron al pensar en aquello. ¿Por qué no?, se preguntó de repente irritado. ¿Quién dice que los grandes hombres no comen bombones? Lo que pasa es que en las biografías nadie se acuerda de contar eso. ¿Y si Juana supiera lo que estaba pensando? No, la verdad es que nunca se había mostrado irónica con...

Tuvo un momento de ira y apresuró el paso.

Antes de doblar la esquina, vació la caja de bombones y los tiró a la cloaca. Con asco, vio cómo se mezclaban con el lodo y rodaban hasta un oscuro agujero lleno de telas de araña.

Continuó su camino lentamente, encogido. Hacía un poco de frío. Ahora tendría que estar satisfecho, pensó con gravedad. Como un castigo, una confesión.

—Incluso a los grandes hombres solo les son verdaderamente reconocidos sus méritos después de muertos, solo entonces reciben el debido homenaje. ¿Por qué? Porque los que los elogian necesitan sentirse de algún modo superiores al elogiado, necesitan hacer una concesión. Después... surge una evidente superioridad... quien elogia... consigue mantenerse... tiene incluso cierta condescendencia... salió... piedad, le decía Octavio.

Lidia lo estaba viendo en uno de sus momentos feos. Con los labios apretados, el entrecejo fruncido y la mirada estúpida —Octavio estaba pensando—. Y en ese instante lo amaba. Su fealdad no la molestaba ni le causaba pena. Simplemente le unía más a él, y con mayor alegría. Alegría de aceptar enteramente, de sentir que unía a alguien lo que había de verdadero y primitivo en sí, independientemente de cualquiera de las ideas recibidas sobre la belleza. Se acordaba de sus antiguas compañeras; de aquellas chiquillas tan vivarachas que lo sabían siempre todo, siempre hablando de cine, de libros, de amores, de ropas, de aquellas jovencitas de las que nunca se había podido sentir verdaderamente amiga, era tan callada que no sabía qué decir. Se acordaba de ellas y sabía que en aquel momento habrían encontrado feo a Octavio. En cambio ella lo aceptaba y todavía habría deseado que lo fuera más para poder probar aún más su amor sin lucha. Lidia lo miraba sin prestar atención a sus palabras. Era dulce y bueno saber que entre ambos había secretos tejiendo aquella vida fina y leve sobre la otra vida, la real. Nadie adivinaría jamás que Octavio la había besado en los párpados, que había sentido en los labios sus pestañas y que por eso había sonreído. Y milagrosamente ella lo había comprendido todo sin que nadie le hablara. Nadie sabía que un día se habían querido tanto que habían permanecido mudos, serios, parados. Dentro de cada uno de ellos se acumulaban conocimientos que nunca ningún extraño podría descubrir. Un día se había ido. Pero era igual. Ella sabía que entre los dos había «secretos», sabía que ambos eran irremediablemente cómplices. Aunque se marchara y amara a otra mujer, la amaría, pero ella participaría de ello aunque él no le contase nada. Tendría parte en su vida de todas formas. Ciertas cosas no ocurren sin que haya inmediatamente consecuencias, pensaba mientras le miraba. Aunque huya, nunca será libre... Una vez ella estuvo a punto de caerse y él la había cogido y le había arreglado el cabello con un gesto distraído. Ella se lo había agradecido apretándole ligeramente el brazo. Se habían mirado con una sonrisa en los labios y de repente se sintieron oscuramente felices... Luego, se habían puesto a andar más deprisa, con los ojos abiertos, deslumbrados.

Tal vez él no se acordaba de aquello. Era ella la que tenía memoria para aquellas

cosas. Claro que la naturaleza de aquellos acontecimientos era tal que no se podía recordarlos hablando. Ni siquiera pensando con palabras. Solo deteniéndose un momento y sintiendo de nuevo. Él podía olvidar, pero en su alma quedaría, sin embargo, una marca, clara, de color de rosa, anotando aquella sensación y aquella tarde. En cuanto a ella —cada nuevo día le traía más recuerdos de qué alimentarse—. Y algunos incluso una certeza de felicidad, de fin alcanzado, que le subía vagamente por el cuerpo dejándola satisfecha, casi saciada, casi angustiada. Cuando veía ahora a Octavio, le miraba sin gran emoción, lo encontraba inferior a lo que él le había dado. Deseaba hablarle de su alegría. Vagamente temía herirlo, como si le contara una traición con otro hombre. O como si quisiera echarle en cara su felicidad —a él que se dividía entre dos casas y dos mujeres—, demostrarle que era superior a la suya.

Sí, pensaba mientras lo miraba profundamente, hay cosas indestructibles que acompañan el cuerpo hasta la muerte como si hubieran nacido con él. Y una de esas es lo que surge entre un hombre y una mujer que viven juntos ciertos momentos.

Y cuando naciera su hijo —se pasó la mano por el vientre que ya empezaba a redondearse—, ellos tres serían una pequeña familia. Pensó con palabras: una pequeña familia. Eso era lo que deseaba. Como un buen final para toda su historia. Octavio y ella se habían criado juntos. Había vivido cerca de Octavio. En su vida no había habido nadie más. En él había descubierto al hombre antes de saber nada sobre hombres y mujeres. Sin raciocinios, confusamente, concretaba la especie en Octavio. Vivía tanto aquello, que solo sentía a los demás como mundos cerrados, extraños, superficiales. Siempre, en todas sus fases, cerca de él. Incluso en aquel período en que se había vuelto hipócrita, aquella época en que escondía todo lo que podía, hasta lo que no había ninguna necesidad de esconder. Y en aquel otro, cuando la miraban por la calle y los compañeros la aceptaban admirando sus bonitos y espesos cabellos. Octavio también la seguía entonces con la mirada... y ella tenía la certeza, que ya nunca más se había apartado de ella, de que era alguien... En aquel momento había comprendido que no era pobre, que tenía algo que dar a Octavio, que había un modo de entregar su vida y todo lo que ella era... Lo había esperado. Y cuando lo alcanzó, había llegado Juana y él se había ido. Continuó esperando. Él había vuelto. Ahora iba a nacerles un hijo. Sí, pero antes de que naciera, ella reclamaría sus derechos. «Reclamar sus derechos» le parecía una frase que dormía desde siempre en su interior, estaba allí esperando. Esperando que ella tuviera fuerza. Quería que el niño naciera con padres. En el fondo de todo, deseaba para sí «la pequeña familia».

Sonrió ligeramente oyendo hablar a Octavio sobre algo que no sabía ni cómo había empezado. Desde que el feto había empezado a formarse dentro de ella, había perdido algunos caminos y había ganado otros, y ahora se atrevía a avanzar en el curso de ciertos pensamientos. Le parecía que hasta entonces había vivido mintiendo. Sus movimientos eran más libres y distanciados del cuerpo, como si hubiera ahora más espacio en el mundo para su ser. Habría que cuidar del niño y de Octavio, ahora que... Se acomodó mejor en el sillón; el bordado se le cayó al suelo. Cerró un poco

los ojos, su vientre crecía, tenso, brillante. Abandonó su cuerpo a aquel apreciable bienestar. A menudo ahora la dominaba una cierta pereza. No había tenido ningún malestar, ni siquiera al principio. Y sabía que su parto sería sencillo también, sencillo como todo... Se pasó la mano por la cadera todavía no deformada. En cierto modo despreciaba bastante a las otras mujeres.

Octavio vio su expresión y se quedó asustado... Era de una distraída crueldad... La miró, sin conseguir descifrar sus pensamientos y solo comprendió que estaba excluido de aquella semisonrisa. Porque era una sonrisa, una sonrisa horrible, satisfecha, a pesar de que Lidia conservaba la cara seria y los ojos desmesuradamente abiertos mirando fijamente delante de sí. Se sintió presa del terror, casi le gritó:

—¡No me escuchabas siquiera!

Lidia se incorporó un poco en la silla con un sobresalto.

Nuevamente suya; nuevamente entregada:

—Yo...

—Ni siquiera comprendes de qué te estaba hablando —dijo con entrecortada respiración Octavio. ¿Se repetiría aquella escena? Había un hijo dentro de ella. ¿Por qué voy a tener un hijo? ¿Por qué yo? ¿Por qué precisamente yo? Es extraño... Al cabo de un momento se preguntó: ¿qué estoy haciendo? No, no...

—Hago mucho más que comprenderte —dijo Lidia apresuradamente—, te quiero...

Octavio suspiró levemente; todavía conservaba un poco del susto que le había provocado la huida de la mujer. La verdad es que no la sentía tan suya como antes del embarazo. Y había sido precisamente él, el muy loco, quien le había dado el reinado... Sí, pero cuando se liberara del niño, cuando Lidia se liberara de la criatura... Pocos minutos después, ya serenado, Octavio se dejaba invadir por el abandono y por la molicie que tan bien sustentaban sus relaciones con Lidia.

El encuentro de octavio

La noche densa y oscura quedó cortada por la mitad, separada en dos bloques negros de sueño. ¿Dónde estaba? Entre los dos pedazos, viéndolos —el que ya había dormido y el que aún iba a dormir—, aislada en el sin-tiempo y el sin-espacio, en un intervalo vacío. Aquel trozo le sería descontado de sus años de vida.

El techo y las paredes se unían sin aristas, callados, de brazos cruzados, y ella estaba dentro de un capullo. Juana miraba sin pensar, sin emoción, una cosa mirando hacia otra cosa. Al cabo de unos momentos, al hacer un movimiento con la pierna, le nació lejanamente la consciencia mezclada con un gusto de sueño en la boca, dilatándose luego por todo el cuerpo. La luz de la luna empalidecía el cuarto y la cama. Un momento, otro momento, otro momento, otro momento, otro momento. De repente, como un pequeño rayo, algo se encendió dentro de ella; dijo rápidamente sin mover un solo músculo del rostro: mira a tu lado. Continuó mirando el techo, aparentemente sin conexión siquiera, pero con el corazón latiendo asustado. Mira a tu lado. Adivinaba que terminaría mirando, vagamente sabía lo que había a su lado, pero actuaba como si no pretendiera mirar, como si ignorara el resto de la cama. Mira a tu lado. Entonces vencida, ante una multitud de caras asistiendo a una escena, más allá del escenario volvió lentamente la cabeza sobre la almohada y se quedó mirando. Allí estaba un hombre. Comprendió que aquello era exactamente lo que esperaba.

Con el pecho desnudo, los brazos abiertos, crucificado. Volvió la cabeza a la misma posición de antes. Bien, ya miré. Luego, inmediatamente enderezó el cuerpo y apoyada sobre el codo se lo quedó mirando, tal vez sin curiosidad, pero exigente, esperando una respuesta. ¿O mirando a aquellas caras impasibles que estaban esperando aquel gesto? Allí estaba un hombre. ¿Quién era? La pregunta nació leve, perdida, zarandeada como una pobre hoja por las olas oscuras. Pero antes de que Juana pudiera olvidarla por completo, creció en importancia, se presentó como nueva y urgente, con la voz abatiéndose sobre ella. ¿Quién era?

Se impacientó, cansada de la insistencia de la multitud de rostros que, en lugar de asistir al juego, ahora exigían, ahora exigían. ¿Quién era? Un hombre, un macho, respondió. Pero su hombre, aquel extraño. Le miró la cara, una cara cansada de niño durmiendo. Con los labios entreabiertos. Las pupilas, bajo los grandes párpados caídos, vueltas hacia dentro, muertas. Le tocó levemente en el hombro y, antes incluso de recibir alguna reacción, retrocedió rápidamente, asustada. Se detuvo un momento, sintiendo su propio corazón resonante en su pecho. Se arregló el camisón, dándose tiempo para retroceder si quisiera. Pero continuó. Acercó su brazo claro al brazo desnudo de aquel ser y aunque ya preveía el pensamiento que iba a seguir, se estremeció impresionada por la diferencia violenta de color, tan firme y audaz como un grito. Había dos cuerpos limitados sobre la cama. Y esta vez no podía quejarse de ir consciente a la tragedia: el pensamiento se impuso sin que ella lo hubiera buscado. ¿Y si él de repente se despertara y la sorprendiese inclinada sobre él? Si de repente

abriera los ojos, se iban a encontrar de frente con los suyos, las dos luces se cruzarían con las otras dos... Se retiró rápidamente, se encogió dentro de sí misma, llena de miedo, de aquel temor inconfesado de las antiguas noches sin lluvia, en la oscuridad sin sueño. ¿Cuántas veces tendré que vivir las mismas cosas en situaciones diversas? Imaginó aquellos ojos como dos placas de cobre, brillando sin expresión. ¿Qué voz podría salir de aquella garganta adormecida? Sonidos como gruesas saetas que se irían a clavar en los muebles, en las paredes, y en ella misma suavemente. Y todos, de brazos cruzados, mirar traspasando el espacio lejano. Implacablemente. Las campanadas del reloj solo terminan cuando terminan, nada se puede hacer. A no ser aplastarlo con una piedra, y después del ruido de vidrios y muelles quebrados, el silencio derramándose desde dentro como sangre. ¿Por qué no matar al hombre? Locura, aquel pensamiento era deliberado. Le miró. Miedo de que «aquello», como el apretar un botón —bastaría con tocarlo—, empezase a funcionar ruidosamente, mecánicamente, llenando la habitación de movimientos y sonidos, viviendo. Tuvo miedo del propio miedo que la dejaba aislada. Miró de lejos desde lo alto de la lámpara apagada, se vio a sí misma, perdida y minúscula, cubierta de luna, junto al hombre que podía vivir en cualquier momento.

Y súbitamente, traidoramente, tuvo un miedo real, tan vivo como las cosas vivas. Tuvo miedo del desconocido que había en aquel animal que era suyo, en aquel hombre que solo ella había sabido amar. Miedo en el cuerpo, miedo en la sangre. Tal vez él la estrangulara o la asesinase... ¿Por qué no?, se asustó, la audacia con que su propio pensamiento avanzaba, guiándola como una lucecita móvil y trémula a través de la oscuridad. ¿Adónde iba? ¿Y por qué Octavio no iba a estrangularla? ¿No estaban solos acaso? ¿Y si él en el sueño se volviera loco? Se estremeció. Tuvo un movimiento involuntario de piernas, apartó las sábanas, pronta a defenderse, a huir... Si gritara no tendría miedo, el miedo huiría con el grito... ¿Octavio respondió a su movimiento arqueando las cejas, apretando los labios, abriéndolos de nuevo y continuando muerto! Ella le miraba, le miraba... esperaba...

No, no era peligroso. Se pasó el dorso de la mano por la frente. Todavía había silencio, el mismo silencio.

Tal vez, quién sabe, había vivido un poco de sueño mezclado con la realidad, pensó. Procuró acordarse del día anterior. Nada importante, solo el billetito de Octavio avisándole que comería fuera, como venía sucediendo casi regularmente desde hacía algún tiempo. ¿Aquel miedo había sido algo más que una alucinación? El cuarto le parecía ahora nítido y frío. Descansó con los ojos cerrados. Felizmente eran raras las noches de pesadilla.

Qué loca había sido. Acercó la mano, intentó tocarle. Dejó la palma de su mano tendida sobre su pecho, al principio de una manera leve, casi vacilante, después, venciendo a sí misma poco a poco, la abandonó completamente sobre aquel largo campo cubierto de una ligera vegetación. Tenía los ojos abiertos sin ver, con toda la atención vuelta hacia sí misma y hacia lo que sentía.

Crujió un mueble, las sombras se hicieron más fuertes en el armario.

Entonces nació en ella una idea. Una idea tan cálida que el corazón la acompañó con fuertes latidos. Se acercó a él y le cogió con cuidado la cabeza entre sus brazos, la acercó a su pecho. Se quedó parada esperando. A los pocos momentos notó el calor de aquel extraño transmitiéndose a ella por la nuca. Oyó el latir ritmado lejano y serio de un corazón. Se examinó atentamente. Aquel ser vivo era suyo. Aquel desconocido, aquel otro mundo era suyo. Veía de lejos, desde lo alto de la lámpara, el cuerpo desnudo —perdido y débil. Débil—. Qué frágiles y delicadas eran sus líneas al descubierto, sin protección. Él, él, el hombre. De una fuente oculta le subía por el cuerpo la angustia, llenándole todas las células, empujándola desamparada hacia el fondo de la cama. Dios mío, Dios mío. Después, en un parto doloroso, bajo la respiración difícil, sintió el óleo blando de la renuncia derramándose dentro de sí. Él era suyo.

Deseó llamarle, pedirle apoyo, pedirle que dijera palabras de apaciguamiento. Pero no quería despertarlo. Temía que él no supiera hacerle sentir una sensación más alta, para la realización de aquello que, ahora, era todavía un dulce embrión. Sabía que incluso en aquel momento estaba sola, que el hombre se despertaría distante. Que él podría interceptarle con un obstáculo —una palabra distraída e indiferente— el estrecho y luminoso camino en el que tropezaba en sus primeros pasos. Sin embargo, el imaginarle ignorante de lo que pasaba en su interior no disminuía su ternura. La aumentaba, la hacía mayor que su cuerpo y su alma, como para compensar la distancia del hombre.

Juana sonreía, pero no podía evitar que el sufrimiento empezara a palpar en todo su cuerpo, como una sed amarga. Más que sufrimiento, un deseo de amor creciendo y dominándola. Dentro de un vago y leve torbellino, como un rápido vértigo, le vino la conciencia del mundo, de su propia vida, del pasado más acá de su nacimiento, del futuro más allá de su cuerpo. Sí, perdida como un punto, un punto sin dimensiones, una vez, un pensamiento. Ella había nacido, ella moriría, la tierra... veloz, sensación profunda: inmersión ciega en un color —rojo sereno y amplio como un campo—. La misma consciencia violenta e instantánea que la asaltaba a veces en los grandes instantes de amor, como a un ahogado que ve por última vez.

—Mi... —empezó a decir en voz baja.

Pero todo lo que pudiera decir no bastaría. Ella estaba viviendo, viviendo. Le miró. Dormía, existía. Nunca lo había sentido con tanta intensidad. Cuando se había unido a él, en los primeros tiempos de casada, el deslumbramiento le venía de su propio cuerpo descubierto. La renovación había sido suya, ella no la había transmitido al hombre, y continuaba aislada. Ahora súbitamente comprendía que el amor podía hacer que se deseara el momento que llegaba en un impulso que era la vida... Sentía el mundo palpar dulcemente en su pecho, le dolía el cuerpo como si en él estuviera soportando la feminidad de todas las mujeres.

Se quedó en silencio de nuevo, mirando en su interior. Pensó: soy la leve ola que

no tiene otro campo que la mar, me debato, me deslizo, voy y vengo riendo, dando, durmiendo, pero siempre en mí, siempre en mí. ¿De cuándo era aquello? ¿Lo había leído de niña? ¿Pensado? ¿Lo había pensado? De repente lo recordó: incluso ahora lo había pensado, tal vez antes de acercar su brazo al de Octavio, tal vez había sido en aquel momento en que había querido gritar... Cada vez más, todo era el pasado... Y el pasado era tan misterioso como el futuro...

Sí... y también había visto, rápidamente, como un coche silencioso a la carrera, a aquel hombre que a veces encontraba en la calle... a aquel hombre que la miraba, mudo, flaco y afilado como un cuchillo. Ya lo había sentido aquella noche en vela, se había incrustado en su conciencia como un alfiler... como un presentimiento... ¿pero en qué momento? ¿Durante el sueño? ¿Durante la vigilia? Un nuevo flujo de dolor y de vida creció en su interior, la inundó con angustia de prisión.

—Yo... —volvió a decir tímidamente dirigiéndose otra vez a Octavio.

Estaba más oscuro, Juana lo veía solo como una sombra. Octavio se extinguía cada vez más, se le escurría por entre las manos, muerto en el fondo del sueño. Y ella estaba solitaria como un tictac de reloj en una casa vacía. Esperaba sentada sobre la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos y el frío de la madrugada cercana atravesándole su fino camisón. Sola en el mundo, aplastada por el exceso de vida, sintiendo la música vibrar demasiado alta para un cuerpo.

Pero vino la liberación, y Juana se estremeció a su impulso... porque, blanda y dulce como un amanecer en un bosque, nació la inspiración... Entonces ella inventó lo que debía decir. Con los ojos cerrados dijo en voz muy baja palabras nacidas en aquel instante, nunca antes oídas por nadie, todavía tiernas por su reciente creación —brotes nuevos y frágiles—. Eran menos que palabras, solo sílabas sueltas, sin sentido, tibias, que fluían y se entrecruzaban, fecundándose, renaciendo en un solo ser para desmembrarse en seguida, respirando, respirando...

Sus ojos se humedecieron de alegría suave y de gratitud. Había hablado... Las palabras venidas de antes del lenguaje, de la fuente, venían de la propia fuente. Se acercó a él entregándole su alma y sintiéndose sin embargo plena como si hubiera sorbido un mundo. Ella era como una mujer.

Los árboles oscuros del jardín vigilaban secretamente el silencio, ella lo sabía, lo sabía... Se quedó dormida.

Lidia

La mañana siguiente fue como un primer día, se dijo Juana.

Octavio había salido temprano, y Juana lo bendecía por ello como si él le hubiera concedido intencionalmente tiempo para pensar, para observarse. Juana no quería precipitarse en una actitud determinada, notaba que cualquiera de sus movimientos podía resultar precioso y peligroso.

Fueron unos instantes, solo horas rápidas. Recibió una nota de Lidia invitándola a visitarla.

Su lectura había hecho sonreír a Juana antes de que empezara a provocarle aquellos rápidos y pesados latidos del corazón. Y también la lámina fría de acero penetrando en el interior tibio del cuerpo. Como si su tía muerta resucitara en aquel momento y le hablara, Juana imaginó su susto y sintió sus ojos abiertos —¿o serían los suyos propios a los que ella no permitía sorpresas?—: ¿A pesar de ti, Juana, Octavio ha vuelto con Lidia?, diría la tía.

Juana se alisó el pelo con un gesto vago, la lámina fría apuntando al corazón caliente, sonrió de nuevo solo para ganar tiempo. Claro que sí. ¿Por qué no continuar con Lidia? —respondió la tía muerta—. La hoja del cuchillo, ahora, ante este claro pensamiento, le oprimió riendo los pulmones, helada. ¿Por qué rechazar los acontecimientos? Tener mucho al mismo tiempo, sentir de varias maneras, reconocer la vida en diversas fuentes... ¿Quién le puede impedir a alguien vivir ampliamente?

Más tarde cayó en un estado de extraña y leve excitación, se deslizó por la casa sin rumbo, incluso lloró un poco, sin mucho sufrimiento, solo por llorar —se convenció— sencillamente, como quien hace un ademán con la mano, como quien mira. ¿Estoy sufriendo? —se preguntaba a veces y de nuevo, al pensar, se llenaba toda ella de sorpresa, curiosidad y orgullo, y no le quedaba lugar para sufrir—. Pero su aguda exaltación no le permitió continuar en un mismo plano durante mucho tiempo. Se empezó a comportar de otra manera, tocó un poco el piano, y se olvidó de la carta de Lidia. Cuando volvía a recordarla vagamente, como un pájaro que va y viene, no sabía decidir si estar triste o alegre, serena o agitada. Recordaba continuamente la noche anterior, la alta cristalera brillando serenamente bajo la luna, el pecho desnudo de Octavio y ella misma, dormida profundamente, casi por primera vez en la vida, confiándose a un hombre que dormía a su lado. En realidad no se había apartado de Juana, aún llena de la ternura de la víspera. Avergonzada, humilde y rechazada, había vagado hasta volver a Juana, cada vez más dura, más concentrada, más cerca de sí misma. Era quizá mejor. Pero aquel acero frío se renovaba siempre, nunca se calentaba. En el fondo de cualquier pensamiento anidaba otro, perplejo, casi encantado, como el día de la muerte de su padre: ocurrían cosas sin que ella las inventara...

Por la tarde pudo por fin observar a Lidia de cerca, pronto supo que estaba tan lejos de ella como de la mujer de la voz. Se miraban y no se podían odiar, ni siquiera

repeler. Lidia había hablado, pálida y discreta, sobre varios asuntos sin interés para ninguna de las dos. Su naciente gravidez flotaba por toda la sala, la llenaba toda y penetraba en Juana. Hasta aquellos muebles apagados, con los tapetes de ganchillo, parecían escudarse en aquel secreto casi revelado, en la espera de un hijo. Los ojos abiertos de Lidia no tenían sombras. Era una mujer muy bella. Tenía los labios carnosos, pero pacíficos, sin estremecimientos, como de alguien que no siente recelo ante el placer, como alguien que lo recibe sin remordimiento. ¿Qué poesía sería la base de su vida? ¿Qué diría aquel murmullo que Juana adivinaba en el interior de Lidia? La mujer de la voz se multiplicaba en innumerables mujeres... ¿En qué radicaba a fin de cuentas su divinidad? Hasta en las menos dotadas habla la sombra de aquel conocimiento que no se adquiere con la inteligencia. Inteligencia de las cosas ciegas. Poder de la piedra que al caer empuja a otra que va a caer en el mar y mata un pez. A veces se encontraba el mismo poder en mujeres recién madres y esposas, tímidas hembras del hombre, como la tía, como Armanda. Y, sin embargo, tenían una gran fuerza, la unidad en la flaqueza... Tal vez estaba exagerando, tal vez la divinidad de las mujeres no fuera específica y estaba solo en el hecho de que existían. Sí, sí, ahí estaba la verdad: aquellas mujeres existían más que los demás, eran el símbolo de la cosa en la propia cosa. Y la mujer descubrió que era un misterio en sí misma. Había en todas ellas una cualidad de materia prima, alguna cosa que podía acabar definiéndose pero que jamás acababa haciéndolo porque su misma esencia era la del «cambio». ¿A través de ella exactamente no se unía acaso el pasado al futuro y a todos los tiempos?

Lidia y Juana se callaron un largo rato. No les parecía que estuvieran juntas, y no necesitaban palabras, como si se hubieran encontrado en realidad solo para verse y marcharse inmediatamente. Lo extraño de la situación se aclaró cuando las dos mujeres comprendieron que no estaban luchando. En ambas se produjo un movimiento de impaciencia, todavía faltaba un deber que cumplir. Juana lo apartó de sí, repentinamente harta de todo aquello:

—Bien. —Su tono de voz le resultó desagradable a ella misma—. Creo que ya podemos dar por terminada la entrevista.

Lidia se extrañó. ¿Pero cómo? ¡Si todavía no se habían dicho nada! Le repugnaba sobre todo la idea de dejar la cosa inacabada:

—Si no hemos dicho nada aún... Y es preciso que hablemos...

Juana sonrió. Aquella sonrisa empezó a actuar, no con fuerza —el cansancio—, sino solo lo suficiente para impresionarla. ¿Qué tontería estoy pensando?

—¿No notas —dijo Juana— que nos estamos apartando del motivo que nos reunió? Si habláramos de él ahora sería sin interés ni pasión... Dejémoslo para otro día.

Por un instante la figura del hombre se les apareció apagada e inoportuna. Pero Lidia sabía que en cuanto aquella mujer desapareciera, desaparecería también la inercia y el torpor en que la había dejado quitándole hasta la voluntad de moverse. De

nuevo despierta, querría el hijo. La pequeña familia. Hacía esfuerzos para salir de aquel sueño, para abrir los ojos y luchar.

—Es absurdo que perdamos esta ocasión...

Sí, compremos el artículo, compremos el artículo. Mi debilidad procede de que me preparé en exceso para la fiesta. Juana rió de nuevo, sin alegría.

—Sé que nada puedo esperar de ti —siguió diciendo súbitamente con fuerza la mujer embarazada. Una nube descubriendo el sol, todo centelleando de nuevo, insuflado de vida.

También Juana se aclaró, sintió la nube descubriendo el sol, todo burbujeando levemente, cogidas las manos, en un corro suave, como de niños.

—Te conozco bien —continuó Lidia. Las palabras cayeron serenamente en el lago, se depositaban en su fondo, sin consecuencia.

Pero, de repente, la muchacha pareció dar un empujón a sí misma y a su embarazo para despertar:

—Te conozco, sé hasta qué punto es firme tu maldad.

Ahora la sala revivía.

—¿Ah, lo sabes?

Sí, revivía, despertó Juana. ¿Qué estoy diciendo? ¿Cómo me atrevo a venir aquí? Estoy lejos, lejos. Basta mirar a esa mujer para comprender que no le podría gustar. El acero penetró súbitamente en su corazón. Ah, los celos, eso eran celos, la mano fría oprimiéndola lentamente, ciñéndola, disminuyendo su alma. Conmigo ocurre lo siguiente o, si no, amenaza con ocurrir: de un momento a otro, con cierto movimiento determinado, puedo transformarme en una línea. Eso: en una línea de luz, de manera que la persona queda sola a mi lado, sin poder agarrarme ni a mí ni a mi deficiencia. Lidia, en cambio, tiene varios planos. A cada gesto se revela otro aspecto de su dimensión. A su lado, nadie resbala y se pierde, porque se apoya en sus senos —serios, plácidos, pálidos, mientras que los míos son tan fútiles— o sobre su barriga, donde cabe hasta un hijo. No exagerar su importancia, en todo vientre de mujer puede nacer un hijo. ¡Qué bella y qué mujer es, serenamente materia-prima, a pesar de todas las otras mujeres! ¿Qué hay en el aire? Estoy sola. Los labios grandes de Lidia, de líneas vagas, tan bien pintados de claro, mientras que yo uso lápiz oscuro, siempre escarlata, escarlata, escarlata, el rostro blanco y delgado. Esos ojos suyos, castaños, enormes, tranquilos, tal vez no tengan nada que dar, pero reciben tanto que nadie podría resistir, mucho menos Octavio. Soy un animal de pluma, Lidia de pelo, Octavio se pierde entre nosotras, indefenso. ¿Cómo escapar a mi brillo y a mi promesa de fuga y cómo escapar a la certeza de esa mujer? Nosotras dos formaríamos una unión y abasteceríamos a la humanidad, saldríamos de mañana, temprano, de puerta en puerta, tocaríamos el timbre: ¿cuál prefiere usted, el de ella o el mío?, y le entregaríamos un hijo. Comprendo por qué Octavio no se desligó de Lidia: él está siempre dispuesto a lanzarse a los pies de aquellos que andan hacia delante. Nunca ve un monte sin mirar solo su firmeza, nunca ve a una mujer de busto grande sin pensar

en reclinar en él su cabeza. ¡Qué pobre soy junto a ella, tan segura! O me enciendo y soy maravillosa, fugazmente maravillosa, o, si no, oscura, me envuelvo en cortinas. Lidia, sea lo que sea, es inmutable, siempre con la misma base clara. Mis manos y las de ella. Las mías —esbozadas, solitarias, trazos lanzados hacia adelante y hacia atrás, descuido y rapidez en un pincel mojado en tinta blanco-triste, estoy siempre llevándome la mano a la frente, siempre amenazando con dejarlas en el aire—. Oh, qué fútil soy, solo ahora lo entiendo. Las de Lidia —recortadas, bonitas, cubiertas por una piel elástica, rosada, amarillenta, como una flor que vi en alguna parte, manos que reposan encima de las cosas, llenas de dirección y sabiduría—. Yo toda nado, fluctúo, atravieso lo que existe con los nervios, nada soy sino el deseo, la rabia, la vaguedad, impalpable como la energía. ¿Energía? ¿Pero dónde está mi fuerza? En la imprecisión, en la imprecisión, en la imprecisión... Y, vivificándola, no la realidad, sino solo el vago impulso hacia adelante. Quiero deslumbrar a Lidia, convertir la charla en algo extraño, fino, que se escapa, pero no, pero sí, no, ¿pero por qué no? Recordó súbitamente a Octavio, revolviendo y soplando la tacita de café para enfriarla, el aire serio, interesado, ingenuo. Sorprender a Lidia, sí, arrastrarla... Como en aquel tiempo del internado, cuando súbitamente necesitaba poner a prueba su poder, sentir la admiración de las compañeras, con quienes apenas hablaba. Entonces representaba fríamente, inventando, brillando como en una venganza. Del silencio en que se escondía, surgía para la lucha:

—Mirad aquel hombre... Toma café con leche por las mañanas lentamente, mojando el pan en la taza, dejándolo escurrir, mordiéndolo, levantándose después, pesado, triste...

Las compañeras la miraban, veían a un hombre cualquiera y, sin embargo, a pesar de estar sorprendidas e intencionalmente distantes al principio, sin embargo... ¡era milagrosamente exacto! Llegaban a ver al hombre levantándose de la mesa... la taza vacía... algunas moscas... Juana continuaba ganando tiempo, avanzado, con los ojos encendidos:

—Y aquel otro... De noche se quita con esfuerzo los zapatos, los tira lejos, suspira, dice: lo que importa es no desanimarse, lo que importa es no desanimarse...

Las más débiles murmuraban sonrientes, dominadas: ¿y cómo lo sabes? Las otras se replegaban sobre sí. Pero terminaban alrededor de Juana, esperando que les mostrara algo más. Sus gestos en este momento se volvían leves, febriles, e, inspirada, cada vez sorprendía más a las otras:

—Mirad los ojos de aquella mujer... redondos, transparentes, tiemblan, tiemblan, de un momento a otro pueden caer en una gota de agua...

—¿Y aquella mirada? —A veces Juana era más audaz, encontrando una súbita timidez en aquellas chiquillas que leían ciertos libros en los pasillos de la escuela—. ¿Y aquella mirada?, de quien busca placer dondequiera que lo encuentre...

Las compañeras se reían, pero al cabo de un momento surgía algo inquieto, doloroso e incómodo en la escena. Acababan riendo en exceso, nerviosas,

insatisfechas. Juana, animada, se alzaba sobre sí misma, se apoderaba de las muchachas con su voluntad y su palabra, llena de una gracia ardiente y cortante como ligeros vergajazos. Hasta que, envueltas en ella, aspiraban su aire sofocante y luminoso. Con una súbita saciedad, Juana se detenía, con los ojos secos, el cuerpo trémulo sobre la victoria. Desamparadas, sintiendo el rápido alejamiento de Juana y su desprecio, también ellas quedaban marchitas, como avergonzadas. Alguna decía antes de que se dispersaran, cansadas unas de otras:

—Juana es insoportable cuando está alegre...

Lidia se ruborizó. El «¿ah, lo sabes?» de Juana había sonado tan corto, distraído y curioso, tan lejos de la emoción de Lidia...

—No tiene importancia, no tiene importancia —Juana intentó apaciguarla—. Claro que no puedes saber qué es la maldad... Por lo visto vas a tener un hijo... —continuó—. Quieres a Octavio, el padre. Es comprensible. ¿Por qué no trabajas para mantener al chiquillo? Claro, estabas esperando de mí grandes gestos de bondad, a pesar de lo que acabaste de decir sobre mi maldad. Pero la bondad me da realmente náuseas. ¿Por qué no trabajas? Así no necesitarías a Octavio. No estoy dispuesta a cederte exactamente todo. Pero cuéntame antes tu romance con Octavio, cuéntame cómo conseguiste que él volviera contigo. O mejor: qué piensa él de mí. Dímelo sin miedo. ¿Lo hago muy desgraciado?

—No sé. No hablamos nunca de ti.

¿Estaba, pues, sola?, y esa alegría del dolor, el acero rozando mi piel, ese frío que es celos, no, ese frío que es así: ah, ¿anduviste todo eso?, pues tienes que volver. Pero esta vez no volveré a empezar, lo juro, no reconstruiré nada, me quedaré atrás como una piedra allá lejos, en el principio del camino. Hay algo que rueda conmigo, rueda, rueda, me aturde, me aturde, y me deja tranquilamente en el mismo sitio.

Se dirigió a la mujer encinta:

—No es posible... Él no se puede liberar tan fácilmente.

—¡Pero él, en cierto modo, te detesta! —gritó Lidia.

Ah, bueno.

—¿También tú sientes eso? —preguntó Juana—. Sí, sí... No es solo odio, pese a todo —anoche, mi ternura, no importa, en el fondo yo sabía que estaba sola, ni siquiera fui engañada, porque sabía, sabía—. ¿Y si fuera miedo también?

—¿Miedo? No entiendo —se sorprendía Lidia—. ¿Miedo a qué?

—Tal vez porque soy desgraciada, miedo a acercarme. Tal vez sea eso: miedo a tener que sufrir también...

—¿Eres desgraciada? —preguntó la otra en voz baja.

—No te asustes, la infelicidad nada tiene que ver con la maldad —se rió Juana.

¿Qué pasó luego? No estoy presente, no estoy presente, lo que hubo, el cansancio, las ganas de salir llorando. Lo sé, lo sé: me gustaría pasar al menos un día viendo a Lidia ir de la cocina a la sala, después comiendo a su lado en una sala quieta — algunas moscas, cubiertos tintineando— donde no entrara el calor, vestida con una

larga y vieja bata de flores. Luego, por la tarde, sentada y viéndola coser, ayudándola un poco de vez en cuando, las tijeras, el hilo, esperando la hora del baño y de la merienda, sería bueno sería largo y fresco. ¿Será que siempre me faltó algo de eso? ¿Por qué es ella tan poderosa? El hecho de que yo no haya tenido tardes de costura no me pone en una situación por debajo de ella, supongo. ¿O me pone? Me pone, no me pone, me pone, no me pone. Sé lo que quiero: una mujer fea y limpia, con senos grandes, que me diga: ¿qué es eso de andar inventando cosas?, nada de dramas, ¡venga aquí inmediatamente! Y me dé un baño tibio, me ponga un camisón blanco de lino, trence mi cabello y me meta en la cama, muy enfadada, diciendo: ¿qué es eso?, andar por ahí sola, comiendo fuera de horas, que hasta va a coger una enfermedad, déjese de inventar tragedias, piense que es grande y buena la vida, tómese esa taza de caldo caliente. Me alza la cabeza con la mano, me cubre con una sábana grande, aparta algunos mechones de mi frente ya blanca y fresca, y me dice, antes de que yo me duerma mansamente: va a ver qué pronto engorda esa carita, olvide tonterías y quédese ahí, como una niña buena. Alguien que me recoja como a un perro humilde, que me abra la puerta, me regañe, me alimente, me quiera severamente como a un perro, eso es lo que quiero, como a un perro, como a un hijo.

—¿Te gustaría estar casada, casada de verdad, con él? —preguntó Juana.

Lidia la miró rápidamente. Intentaba saber si había sarcasmo en su pregunta:

—Sí.

—¿Por qué? —se sorprendió Juana—. ¿No ves que no ibas a ganar nada con eso? Todo lo que hay en un matrimonio lo tienes ya.

Lidia se ruborizó, pero yo no tenía malicia, mujer fea y limpia.

Apuesto a que has pasado toda la vida deseando casarte.

Lidia esbozó un movimiento de rebeldía: había puesto el dedo en la llaga, fríamente.

—Sí. Toda mujer... —asintió.

—No es cierto. Yo no pensaba en casarme. Lo más gracioso es que aún tengo como la seguridad de no haberme casado... Creía más o menos eso: el casamiento es el final, después de casarme, nada podrá ocurrirme. Imagínate tener siempre una persona al lado, no conocer la soledad (¡Dios mío!), no estar una consigo misma nunca, nunca. Y ser una mujer casada, es decir una persona con el destino trazado. Y, en adelante, solo esperar la muerte. Pensaba: ni la libertad de ser desgraciada se conserva, porque se arrastra consigo a otra persona. Hay alguien que siempre la observa a una, que la escruta, que acompaña todos nuestros movimientos. E incluso el cansancio de la vida tiene cierta belleza cuando es soportado sola y desesperada, pensaba. Pero dos, comiendo diariamente el mismo pan sin sal, asistiendo a la propia derrota en la derrota del otro... Eso sin contar con el peso de los hábitos reflejados en los hábitos del otro, el peso del lecho común, de la mesa común, de la vida común, preparando y amenazando la muerte común. Yo siempre decía: nunca.

—¿Y por qué te casaste? —preguntaba Lidia.

—No lo sé. Solo sé que ese «no lo sé» no es una ignorancia particular, en relación al caso, sino el fondo de las cosas (estoy saliéndome de la cuestión; dentro de poco ella va a mirarme de aquel modo que ya conozco). Me casé, desde luego, porque quise casarme. Porque Octavio quiso casarse conmigo. Es eso, es eso: descubrí: en lugar de pedir vivir conmigo sin boda, me sugirió otra cosa. Por otra parte, pasaría lo mismo. Y yo estaba aturdida, Octavio es guapo, ¿no? No pensé en nada más. —Pausa —. ¿Cómo lo quieres tú? ¿Con el cuerpo?

—Sí, con el cuerpo —balbució Lidia.

—Es amor.

—¿Y tú? —se atrevió a preguntar Lidia.

—No tanto.

—Pero él me dijo que, al contrario...

Lidia se interrumpió. La miró con prevención. Qué inexperta parecía Juana. Hablaba del amor con tanta sencillez y claridad porque, evidentemente, nada le había sido revelado aún a través de él. No había caído en sus sombras, no había sentido aún sus transformaciones profundas y secretas. Si no, tendría, como ella misma, casi vergüenza de tanta felicidad, se mantendría vigilante a su puerta, protegiendo de la luz fría aquello que no debería quemarse para continuar viviendo. No obstante, aquella vivacidad de Juana... lo que había comprendido a través de Octavio... que existía vida dentro de ella... Pero su amor no amparaba, ni a la misma Juana, sintió Lidia. Inexperta, íntegra, intacta, podría pensarse en una virgen. Lidia la miraba e intentaba explicarse lo que había de oscilante y lúcido en aquel rostro. Desde luego, el amor no la ligaba ni siquiera al amor. Pero ella, Lidia, casi inmediatamente después del primer beso se había transformado en mujer.

—Sí, sí, pero nada cambia —continuaba Juana, serena—. También yo lo amo, pero fríamente, como a una criatura, como a un hombre.

Mirará ahora de esa manera medrosa, asombrada, reverente: oh, ¿por qué hablas de cosas difíciles, por qué empujas cosas enormes en un momento simple?, no me hagas esto, no me hagas esto. Pero esta vez tengo la culpa, porque realmente no sé siquiera lo que quería decir. Pero es así como la venceré.

Lidia vacilaba:

—¿Y eso no es más que amor?

—Puede ser —dijo Juana, sorprendida—. Lo que importa es que no es amor ya. —Y de repente viene el cansancio, el gran «para qué» envolviéndome, y sé que voy a decir algo—. ¡Quédate con Octavio. Ten su hijo, sé feliz y déjame en paz!

—¿Sabes qué estás diciendo? —gritó Lidia.

—Lo sé, claro.

—No lo quieres...

—Lo quiero. Pero nunca sé qué hacer de las cosas o de las personas a quienes quiero. Llegan incluso a pesarme, ya me ocurría de niña. Tal vez si lo quisiera realmente con el cuerpo... Tal vez me uniera más... —Son confidencias, Dios mío.

Ahora voy a decir así—: Octavio huye de mí porque no llevo paz a nadie, doy a los otros siempre lo mismo, hago que digan: estaba ciego, no era paz lo que tenía, ahora es cuando la deseo.

—Incluso así... creo... nadie puede lamentarse... Ni Octavio... supongo que ni yo... —Lidia no había sabido explicarse, se quedó a la mitad, las manos no se posaban sobre las cosas.

—¿Qué?

—No sé. —Miraba a Juana y buscaba algo en su rostro, intrigada, moviendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —repitió Juana.

—No logro entenderlo.

Juana se ruborizó levemente:

—Tampoco yo. Nunca penetré en mi corazón.

Algo quedaba así dicho.

Juana fue hasta la ventana, miró el jardín donde jugaría el hijo de Lidia, que estaba ahora en el vientre de Lidia, que sería alimentado por los senos de Lidia, que sería Lidia. ¿Acaso Octavio, fruto verde? No, Lidia, la que se transmite. Si la abrieran por el medio —ruido de hojas secas rompiéndose—, la verían como una granada abierta, rosada y vigorosa, translúcida con ojos claros. La base de su vida era mansa como un arroyo corriendo por el campo. Y en ese campo, ella se movía segura y serena como un animal pastando. La comparó con Octavio, para quien la vida nunca pasaría de una estrecha aventura individual. Y con ella misma, usando a los otros como fondo sombrío donde se recortara su figura brillante y alta. La poesía de Lidia: solo este silencio es mi oración, Señor, y no sé decir más; soy tan feliz sintiendo, que callo para sentir más; fue en silencio como nació en mí una tela de araña tierna y leve: esta suave incompreensión de la vida que me permite vivir. ¿O era todo mentira? Oh, Dios, cuando más preciso obrar, me pierdo en pensamientos inútiles. Todo mentira, desde luego, hasta era posible que Lidia fuera mucho menos pura de lo que imaginaba. Pero incluso así temía continuar a su lado, mirarla sin querer con un poco de fuerza, hacer de modo que ella tomara consciencia de sí misma. Preservarla, no transformar su color, su preciosa voz.

—Él me contó aquello del viejecito... le tiraste el libro, a él, tan viejo... Antes lo comprendí, pero ahora no sé cómo pudiste —preguntó Lidia.

—Pues fue verdad.

Lidia la miraba, los labios entreabiertos, esperándola. Y, de repente, sintió con claridad que no quería luchar con aquella mujer. Movi6 la cabeza, desconcertada. Su rostro se disolvió, tembló, sus rasgos vacilaron en busca de una expresión:

—No lo hice queriendo, ¿sabes? No, no lo hice... —Lidia continuaba inquieta, el rostro cruzado por estremecimientos rápidos—. ¿Por qué iba a engañarte? No, no es eso lo que quiero decir, no es eso...

Y, súbitamente, sin que Juana pudiera preverlo, rompió en un llanto libre y fuerte.

Va a tener un hijo, está nerviosa, pensó Juana. La otra se arrastraba penosamente:

—No me molestaría arrebatarme Octavio a otra mujer. Pero no sabía que estabas tú... No una persona cualquiera, como yo, sino alguien tan buena... tan buena... tan sublime...

Juana se sobresaltó. Ah, me estuve esforzando para eso: conseguí ser sublime... como en los tiempos antiguos... No, no es enteramente así, noforcé la situación, ¿cómo podría hacerlo con el acero penetrando y enfriándose en mi cuerpo? Que no me coloquen en esa luz, con la aureola en la cabeza tan evidente. Hay que buscar aquella gradación de luz y sombra en que súbitamente me vuelvo rezumante, el rojo de labios oscurecido en mancha vieja de sangre, el rostro lívido bajo el pelo... Me meten de nuevo la hoja de acero en el corazón. Cuando me vaya, ella me despreciará, está deslumbrada solo de momento. Soy fugazmente maravillosa... Dios, Dios..., camino corriendo, alucinada, el cuerpo volando, vacilando... ¿hacia dónde? Hay una sustancia asustada y leve en el aire, conseguí obtenerla, es como el instante que precede al llanto de un niño. Aquella noche, no sé cuándo, había escalinatas, abanicos moviéndose, luces tiernas balanceando dulces rayos como cabezas de madres tolerantes, había un hombre mirando hacia mí desde la línea del horizonte, yo era una extraña, pero vencía de todos modos, aunque fuera despreciando algo. Todo se deslizaba suave, en coherencia muda. Ya no era el fin —¿fin de qué?, de la escalinata noble y lánguida, inclinada, saludando con el largo brazo brillante, el bello y orgulloso pasamanos, el fin de la noche— cuando yo resbalé hacia el fondo de la sala, suave como una burbuja de aire. Y, súbitamente, fuerte como un turbión pero mudo como un espanto mudo, y, súbitamente, un paso más y no pude continuar. El borde del vestido de gasa se estremeció en un gesto de burla, luchó, se retorció, se rasgó en el canto agudo del mueble y quedó allí, trémulo y jadeante, perplejo bajo mi mirada estupefacta. Y, de repente, las cosas se habían endurecido, una orquesta estalló en sonos retorcidos y se quedó en silencio abruptamente, había algo triunfante y trágico en el aire. Descubrí que en el fondo no había en mí sorpresa: que todo caminaba lentamente hacia aquello, y ahora se había precipitado hacia su plano verdadero. Quería salir corriendo, llorando con mi pobre vestido sin borde, roto y afligido. Ahora las luces brillaban con fuerza y orgullo, los abanicos desvelaban caras resplandecientes y astutas, allá a lo lejos, en el horizonte, el hombre reía hacia mí, el pasamanos se retrajo, cerró los ojos. Nadie precisaba seguir mintiendo ahora que yo lo sabía todo. También ahora me precipitaré a otro estado. ¿Por qué? ¿Por qué? Me voy de aquí, voy a casa, de un momento a otro el desgarrón del vestido, oír el grito inquietante de la orquesta y, súbitamente, el silencio, todos los músicos caídos muertos sobre el estrado, en el gran salón irritado y vacío. Mirar de frente el desgarrón, pero siempre tuve miedo de reventar de sufrimiento, como el grito de la orquesta. Nadie sabe hasta qué punto puedo llegar casi en triunfo como si fuese una creación: es una sensación de poder sobrehumano conseguida con cierto grado de sufrimiento. Pero un minuto más y uno no sabe si es de poder o de absoluta

impotencia, así como querer con el cuerpo y el cerebro mover un dedo y simplemente no conseguirlo. No es simplemente no conseguirlo: sino que todas las cosas ríen y lloran al mismo tiempo. No, seguramente no inventé esa situación, y es eso lo que más me sorprende. Porque mis deseos de experiencia no llegarían a provocar ese hierro frío metido en la carne blanda, finalmente blanda de la ternura de ayer. Oh, no hacerse la mártir: tú sabes que no ibas a continuar en el mismo estado por mucho tiempo: de nuevo abriría y cerraría círculos de vida, echándolos al lado, marchitos... También aquel momento pasaría, aunque Lidia no reclamara a Octavio, aunque yo jamás me enterara de que Octavio no la había abandonado aunque estaba casado conmigo. ¿No será que estoy mezclando con esa amenaza del dolor cierta alegría dulce e irónica?, ¿no será que me estoy complaciendo en mí misma en este momento? Solo cuando salga de aquí me permitiré mirar el desgarrón del vestido. Nada ocurrió, solo que ayer inicié la renovación y ahora me contengo porque esa mujer está nerviosa porque espera un hijo de Octavio. Sobre todo, no hubo transformación esencial, todo eso ya existía, hubo solo el desgarrón del vestido indicando las cosas. Y realmente, realmente, dolor de cabeza, cansancio, realmente todo caminaba hacia esto.

—También yo puedo tener un hijo —dije en voz alta. La voz sonó bella y límpida.

—Sí —murmuró Lidia asombrada.

—También puedo. ¿Por qué no?

—No...

—¿No? Claro que sí... Se lo daré a Octavio, no ahora, sino cuando yo quiera. Tendré un hijo y luego te devolveré a Octavio.

—¡Pero eso es monstruoso! —gritó Lidia.

—¿Por qué? ¿Es monstruoso tener dos mujeres? Tú sabes que no. Es bueno estar encinta, supongo. ¿Pero basta eso para que alguien espere un hijo, o aún es poco?

—Una se siente bien —dijo Lidia aplastada, con los ojos abiertos.

—¿Bien?

—A veces se tiene miedo del parto —respondió la otra mecánicamente.

—No te asustes, cualquier animal tiene hijos. Tú tendrás un parto fácil. También yo. Tenemos las dos la pelvis ancha.

—Sí...

—También a mí me gustan las cosas de la vida. ¿Por qué no? ¿Crees que soy estéril? En absoluto. No tuve hijos porque no me dio la gana.

Me siento sosteniendo a un niño, pensó Juana. Duerme, hijito, duerme, le digo. El hijo es tibio y yo estoy triste. Pero es la tristeza de la felicidad, apaciguamiento y suficiencia que dejan el rostro plácido, lejano. Y cuando mi hijo me toca no me roba pensamiento como otros. Pero después, cuando le dé leche con estos senos frágiles y hermosos, mi hijo crecerá de mi fuerza y me aplastará con su vida. Se distanciara de mí, y yo seré la vieja madre inútil. No me sentiré burlada. Pero sí solo vencida, y solo

diré: nada sé, pude parir un hijo y nada sé. Estaré más cerca de Él y de la mujer de la voz. Mi hijo se moverá en mis brazos y yo me diré: Juana, Juana, esto está bien. No pronunciaré otra palabra, porque la verdad será lo que agrade a mis brazos.

El hombre

Entre un instante y otro, entre el pasado y el futuro, la vaguedad blanca del intervalo. Vacío como la distancia de un minuto a otro en el círculo del reloj. El fondo de los acontecimientos alzándose callado y muerto, un poco de eternidad.

Solo un segundo quieto tal vez separando un trozo de vida del siguiente. Ni un segundo, no puede contarlos en tiempo, pero largo como una línea recta infinita. Profundo, llegando de lejos —un pájaro negro, un punto creciendo en el horizonte, aproximándose desde la consciencia como una bala disparada desde el fin al principio—. Y estallando ante los ojos perplejos en esencia de silencio. Dejando tras de sí el intervalo perfecto como un único sonido vibrando en el aire. Renacer después, guardar la memoria extraña del intervalo, sin saber cómo mezclarlo con la vida. Cargar para siempre el pequeño punto vacío —deslumbrado y virgen, demasiado fugaz para dejarse desvelar—.

Juana lo sintió mientras atravesaba el pequeño jardín de Lidia, ignorando adónde iría, sabiendo solo que dejaba tras de sí todo lo que había vivido. Cuando cerró la cancela, se apartó de Lidia, de Octavio y, de nuevo, sola en sí misma, caminaba.

Un comienzo de tempestad se había calmado, y el aire fresco pasaba dulcemente. Subió de nuevo el cerro y su corazón aún latía sin ritmo. Buscaba la paz de aquellos caminos, a aquella hora, entre la tarde y la noche, una cigarra invisible susurrando el mismo canto. Los viejos muros húmedos, en ruina, invadidos de hiedras y plantas trepadoras sensibles al viento. Se paró y sin sus pasos oía moverse el silencio. Solo su cuerpo perturbaba aquella serenidad. La imaginaba sin su presencia y adivinaba el frescor que deberían tener aquellas cosas muertas mezcladas con las otras, frágilmente vivas como en el inicio de la creación.

Las altas casas cerradas, recogidas como torres. Se acercaba a uno de los caserones por una larga calle sombría y quieta, el fin del mundo. Solo que junto a él se veía un declive, el nacimiento de otra calle, y se comprendía que no era el fin. El caserón bajo y amplio, los cristales rotos, las persianas cerradas, cubiertas de polvo. Conocía bien aquel jardín donde se mezclaban blandos tufos de hierba, rosas rojas, viejas latas oxidadas. Bajo los jazmines en flor encontraría los periódicos tirados, pedazos de madera húmeda de antiguos injertos. Entre los árboles pesados y envejecidos los gorriones y las palomas pellizcando el suelo desde siempre. Un pajarillo posaba su vuelo, paseaba hasta hundirse en una de las matas. El caserón orgulloso y dulce en sus escombros. Morir allí. A aquella casa solo se podía llegar cuando viniera el fin. Morir en aquella tierra húmeda, tan buena para recibir un cuerpo muerto. Pero no era muerte lo que ella quería, tenía miedo también.

Un hilillo de agua corría sin cesar por la pared oscura. Juana se paró un instante, lo miró vacía, impassible. En uno de sus paseos se había sentado junto al portalón oxidado, el rostro apretado contra las rejas frías, intentando sumergirse en el olor húmedo y oscuro del patio. Aquella quietud cerrada, el perfume. Pero eso había sido

tiempo atrás. Ahora se había apartado del pasado.

Continuó andando. No sentía ya el calor de la fiebre que le había provocado la conversación con Lidia. Estaba pálida y el exceso de fatiga la dejaba ahora casi leve, los rasgos más finos, purificados. De nuevo esperaba un fin, el fin que jamás venía a completar sus momentos. Que bajara sobre ella algo inevitable, quería ceder, someterse. A veces sus pasos se equivocaban de dirección, le pesaban, las piernas apenas se movían. Pero ella se empujaba, se alzaba para caer más lejos. Miraba al suelo, las hierbas rubias que renacían humildemente después de aplastadas.

Levantó los ojos y lo vio. Aquel mismo hombre que la seguía frecuentemente, sin aproximarse nunca. Ya lo había visto muchas veces en aquellas mismas calles, en el paseo de la tarde. No se sorprendió. Algo tendría que ocurrir de algún modo, lo sabía. Afilado como un puñal. Sí, aún la noche anterior, tendida al lado de Octavio, ignorante de lo que iría a ocurrir al día siguiente, se había acordado de aquel hombre. Afilado como un puñal... Con un ligero vértigo, al intentar divisarlo de lejos, lo vio multiplicado en innumerables siluetas que henchían trémulas e informes el camino. Cuando pasó aquel momento de oscuridad de sus ojos, la frente húmeda de sudor, lo vio en contraste como un punto único y pobre andando hacia ella, perdido en la larga calle desierta. Él solo iba a seguirla, como las otras veces. Pero estaba cansada y se detuvo.

La figura del hombre se acercaba cada vez más y crecía, cada vez más Juana se sentía hundida en lo irremediable. Aún podría retroceder, aún podría volver la espalda e irse, evitándolo. Ni siquiera sería huir, adivinaba la humildad del hombre. Nada la retenía allí, inmóvil, claramente a la espera de su aproximación. Nada la retenía, ni el miedo. Ni aunque ahora se acercara la muerte, la vileza, la esperanza o de nuevo el dolor. Se paró, simplemente. Estaban cortadas las venas que la unían a las cosas vividas, reunidas en un solo bloque lejano exigiendo una continuación lógica, pero viejas, muertas. Solo ella misma había sobrevivido, todavía respiraba. Y, frente a ella, un nuevo campo, aún sin color, la madrugada alzándose. Atravesar sus brumas para verlo. No podría retroceder, no sabía por qué retroceder. Si vacilaba aún delante del extraño cada vez más próximo es porque temía la vida que de nuevo se acercaba implacable. Procuraba agarrarse al intervalo, existir en él suspensa, en aquel mundo frío y abstracto, sin mezclarse con la sangre.

Se acercaba. Se detuvo a unos pasos de ella. Permanecieron en silencio. Ella con los ojos fijos, abiertos, cansados. Él trémulo, vacilante. Alrededor, las hojas se movían agitadas por la brisa, un pájaro gorjeaba monótono.

El silencio se prolongaba a la espera de lo que pudieran decir. Pero ninguno de los dos descubría en el otro el comienzo de una palabra. Se fundían ambos en la quietud. Instantes después él dejó de palpar, sus ojos penetraron más adentro en el cuerpo de la mujer, se apoderaron suavemente de él y de su fatiga. La miraba olvidado de sí mismo y de su timidez. Juana lo sentía penetrándola y le dejó.

Cuando él habló, ella irguió imperceptiblemente el cuerpo. Le parecía larguísimo

el tiempo que había pasado, pero cuando él pronunció las primeras palabras sin intentar un inicio de conversación, supo que en realidad se había distanciado inconmensurablemente desde el principio.

—Vivo allí, en aquella casa —dijo él.

Ella seguía esperando.

—¿Quiere descansar?

Juana asintió, y él miró mudo el aura luminosa que su cabello despeinado trazaba en torno de su cabeza pequeña. Se adelantó, y ella fue tras él.

El cuarto del hombre estaba aún tibio de la última luz del sol. Corrió las cortinas y la sombra se extendió por el suelo hasta la puerta cerrada. Le acercó un sillón viejo y blando donde ella se hundió, las piernas encogidas. Él se sentó en el borde de la cama estrecha, cubierta con una sábana arrugada. Se quedó inmóvil, con las manos juntas, mirándola.

Juana cerró los ojos. Oía ruidos blandos prolongándose lejanos por la casa, la exclamación de suave sorpresa de un niño. Como desde otro mundo, sonó el canto fresco de un gallo distante. Detrás de todo, agua leve corriendo, la respiración jadeante y acompañada de los árboles.

Un movimiento sentido junto a sí le hizo abrir los ojos. No lo notó al principio, en la penumbra de la habitación. Lo vio un instante después, arrodillado junto a la cama, con el rostro vacilante entre las manos. Quiso llamarlo, y no sabía cómo. No quería tocarlo. Pero la angustia se acercaba cada vez más desde el hombre hacia ella misma y Juana se movió en su asiento, esperando su mirada.

Él alzó la cabeza, y Juana se sorprendió. Los labios entreabiertos del hombre brillaban húmedos como si una luz lo iluminara interiormente. Sus ojos resplandecían, pero no se podría saber si de dolor o de misteriosa alegría. Su frente se había alargado hacia lo alto, su cuerpo apenas se equilibraba en el esfuerzo de contenerse, de no vibrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juana fascinada.

Él la miraba.

—Tengo miedo —dijo al fin.

Se miraron un segundo. Y ella no tuvo miedo, pero sintió una alegría compacta, más intensa que el terror, poseyéndola y llenándole el cuerpo.

—Volveré a esta casa —dijo.

Él la miró fijamente, aterrorizado, sin respirar. Por un instante, Juana esperó que rompiera a gritar o que inventase un movimiento absurdo cuyo comienzo ella ni siquiera podía adivinar. Los labios del hombre temblaron un segundo. Y, liberándose difícilmente de la mirada de Juana, huyendo de ella como un loco, escondió bruscamente el rostro en las manos largas y huesudas.

El amparo en el hombre

Juana. Juana, pensaba el hombre aguardando su llegada. Juana, nombre desnudo, santa Juana, tan virgen. Qué inocente y pura. Le veía los rasgos infantiles, las manos elocuentes como las de un ciego. No era hermosa; al menos, desde que era hombre, nunca había soñado con aquella criatura, nunca la había esperado. Tal vez por eso la había seguido tantas veces por la calle, incluso sin esperar su mirada, tal vez... No lo sabía, le había gustado siempre verla. No era hermosa. O lo era. ¿Cómo saberlo? Era tan difícil descubrirlo como si nunca la hubiera visto, como si no la hubiera abrazado tantas veces. Una amenaza de transformación en el rostro, en los movimientos, de instante a instante. Incluso en reposo ella era algo que iba a alzarse. ¿Y lo que entendía ahora y sentía tan milagrosamente como si ella le hubiera explicado?, se preguntaba. Cerró los ojos, los brazos a lo largo de la cama. Pero solo hasta el momento en que sonasen los pasos de Juana allá fuera. Porque nunca se había atrevido a abandonarse en su presencia. Se inclinaba sobre ella, la esperaba a cada instante, absorbiéndola. No se cansaba, sin embargo, y aquella actitud no le quitaba naturalidad. Solo lo lanzaba a otra hasta entonces desconocida. Él era dos, ahora, pero al poco rato su nuevo ser naciente crecía y dominaba el pasado del otro. Apretó los labios. Le parecía que, misteriosamente, había cierta lógica en haber experimentado ciertas torturas, las serenas bajezas, la falta despreocupada de camino, para recibir ahora, al fin, a Juana. No es que lo hubieran lanzado alguna vez contra el cielo y contra su deseo, no es que se creyera un mártir. Jamás había esperado solución. Incluso con las mujeres, que él miraba, miraba y dejaba. Incluso aquella mujer en cuya casa él se había instalado perezosamente, a pesar de soportar apenas su presencia, una sombra fatigosa y tierna. Había caminado sobre sus propios pies, el cuerpo consciente, experimentando y sufriendo sin complacencia para consigo mismo, concediéndolo todo fríamente, ingenuamente, a su curiosidad. Se consideraba incluso feliz. Y ahora había venido a él Juana, ella, Juana que... Quiso añadir al pensamiento confuso alguna palabra más, la verdadera, la difícil, pero lo asaltó de nuevo la idea de que no necesitaba pensar más, no necesitaba nada, nada... ella vendría dentro de un momento. Dentro de un momento. Pero oye: dentro de un momento... Era así: Juana lo había liberado. Cada vez necesitaba menos para vivir: pensaba menos, comía menos, no dormía casi nada. Ella era siempre. Y vendría dentro de poco.

Cerró los ojos más intensamente, se mordió los labios, sufriendo sin saber por qué. Los abrió enseguida, y en el cuarto —¡el cuarto vacío!— súbitamente no descubrió la huella del paso de Juana. Como si fuera mentira su existencia... Se levantó. Ven, gritó en él algo ardiente y mortal. Ven, repitió en voz baja, lleno de temor, la mirada perdida. Ven...

Pasos casi silenciosos pisaban allá afuera las hojas secas. De nuevo Juana venía... de nuevo ella lo oía de lejos.

Él se quedó de pie junto a la cama, los ojos ausentes, un ciego oyendo música distante. Se acercaba, se acercaba... Juana. Sus pasos eran cada vez más una realidad, la única realidad. Juana. Con la rapidez de una puñalada, el dolor estalló en su cuerpo, lo iluminó de alegría y de perplejidad.

Cuando se abrió la puerta él dejó de existir. Se había sumido muy dentro de sí, flotaba en la penumbra de su propia selva insospechada. Se movía ahora levemente, y sus gestos eran fáciles y nuevos. Las pupilas oscurecidas y abiertas, de súbito un animal asustado como una corza. No obstante, la atmósfera se había vuelto tan lúcida que notaría cualquier movimiento de cosa viva a su alrededor. Y su cuerpo era solo memoria fresca donde se moldearían como por primera vez las sensaciones.

El pequeño navío blanco oscilaba sobre grandes olas, verdes, brillantes y mal hechas —las veía acostada, mirando el cuadrito de la pared—.

—El día tres —siguió Juana con voz clara, leve, a pequeños intervalos redondos —, el día tres hubo un gran desfile a beneficio de los recién nacidos. Era muy divertido ver a la gente cantando y empuñando banderas llenas de todos los colores. Entonces se levantó un hombre tenue y rápido como la brisa que sopla cuando uno está triste y dijo de lejos: yo. Nadie le oyó, pero él estaba casi satisfecho. Fue cuando se levantó el gran vendaval del noroeste y se lanzó sobre todos con grandes pies de fuego. Todos se volvieron a sus casas, mustios, coronados de calor. Se sacaron los zapatos, se desabrocharon los cuellos de las camisas. Todas las sangres fluían lentamente, pesadamente en todas las venas. Y un enorme no-tener-nada-que-hacer se arrastraba en las almas. En ese instante la tierra seguía rodando. Fue cuando nació un niño llamado un nombre. Era muy lindo, el niño. Grandes ojos que veían, labios finos que sentían, rostro delgado que sentía, frente alta que sentía. La cabeza grande. Caminaba como quien sabe exactamente el lugar, moviéndose sin esfuerzo entre la multitud. Quien fuera tras él, llegaría. Cuando se emocionaba, cuando se sorprendía, movía la cabeza, así, lentamente, negando, como quien recibe más de lo esperado. Era hermoso. Y, sobre todo, estaba vivo. Y, sobre todo, yo lo amaba. Yo nacía, mi corazón era nuevo cuando lo veía. Yo nacía, nacía, nacía. Ahora un verso. Lo que quiero, mi bien, es verte siempre, mi bien. Como te vi hoy, mi bien. Aunque mueras, mi bien. Otro: Oí un día una flor cantando y tranquilamente me alegré; después me acerqué y, milagro, no era la flor quien cantaba sino un pajarillo sobre la flor.

Juana hablaba al final somnolienta. Entre los ojos casi cerrados el navío oscilaba en el cuadro, las cosas del cuarto se desdibujaban, luminosas, el extremo de una dando la mano al comienzo de la otra. Porque si ella ya sabía «que todo era uno», ¿por qué continuar viendo y viviendo? El hombre, con los ojos cerrados, había apoyado la cabeza en su hombro y la oía, soñando sin dormir. A intervalos ella escuchaba en el silencio vivo de la tarde de verano movimientos sofocados y vagos en el suelo descoyuntado de madera. Era la mujer, la mujer, aquella mujer.

Las primeras veces que Juana fue a la casa grande había deseado preguntarle al

hombre: ¿era ahora como su madre?, ¿ya no era su amante?, ¿existiendo yo, le quiere ella aún en casa? Pero lo había aplazado siempre. No obstante, era tan fuerte la presencia de la otra en la casa que los tres formaban una pareja. Y jamás Juana y el hombre se sentían enteramente solos. Juana hubiera querido preguntárselo también a la propia mujer: ¿pero dónde, pero dónde se desenvuelve el alma detrás de vosotros? Eso, sin embargo, había sido un pensamiento antiguo. Porque un día la había visto de lado, las espaldas gruesas concentradas en un bloque indisoluble de angustia bajo el vestido de encaje negro. La vio también en otros momentos, rápidos, pasando de un cuarto a la sala, sonriendo deprisa, escapando horrible. Entonces Juana había descubierto que ella era alguien vivo y negro. Orejas gruesas, tristes y pesadas, con un fondo oscuro de caverna. La mirada tierna, fugitiva y risueña de prostituta sin gloria. Los labios húmedos, marchitos, grandes, tan pintados. Cómo debería amar al hombre. Los cabellos suaves eran ralos y quemados por los tintes sucesivos. Y el cuarto donde el hombre dormía y recibía a Juana, aquel cuarto con las cortinas, casi sin polvo, ella sin duda lo había ordenado. Como quien cose la mortaja del hijo. Juana, aquella mujer y la esposa del profesor. ¿Qué las unía en definitiva? Las tres gracias diabólicas.

—Almendras... —dijo Juana, volviéndose hacia el hombre—. El misterio y la dulzura de las palabras: almendra... Oye, pronunciada con cuidado, la voz en la garganta, resonando en las profundidades de la boca. Vibra, me deja larga y tensa como un arco. Almendra amarga, venenosa y pura.

Las tres gracias amargas, venenosas y puras.

—Cuenta aquello... —le dijo el hombre.

—¿Qué?

—Lo del marinero. Si amas a un marinero habrás amado al mundo entero.

—Horrible... —Se rio Juana—. Ya sé, dije que debía de ser tan verdad que ya nacía con rima. Pero ya no me acuerdo.

—Qué era domingo en la plaza. El muelle del puerto... —la ayudó el hombre.

Un día, rompiendo la quietud con que permanecía junto a Juana, había intentado hablar:

—Nunca he sido nada.

—Sí —respondió ella.

—Pero todo lo que hubo no te haría marcharte...

—No.

—Incluso esa mujer... esta casa... Es diferente, ¿sabes?

—Lo sé.

—Siempre fui como un mendigo. Pero nunca pedía nada, ni necesitaba, ni sabía. Viniste tú, ¿sabes? Yo pensaba antes: nada es malo. Pero ahora... Me dices siempre cosas tan absurdas que te juro, no puedo...

Ella entonces se levantó apoyándose en el codo, súbitamente seria, el rostro inclinado sobre él:

—¿Me crees?

—Sí... —respondió él, asustado de su violencia.

—Sabes que no miento, que nunca miento, ni siquiera cuando... ni siquiera... ¿Lo sabes? Dime, dime. El resto entonces no importaría, nada importaría... Cuando digo esas cosas... esas cosas absurdas, cuando no quiero saber nada de tu pasado y no quiero hablar del mío, cuando invento palabras... Cuando miento, ¿sientes que no miento?

—Sí, sí...

Se dejó caer de nuevo sobre la cama, los ojos cerrados, fatigada. No importa, no importa si luego él no lo cree, si huye de mí como el profesor. Al menos junto a él podía pensar. Y por ahora también es tiempo. Abrió los ojos y le sonrió. Un niño, eso es lo que es. Debe de haber tenido muchas mujeres, debe de haber amado mucho, es atractivo, con las pestañas tan largos, los ojos fríos. Antes era más consistente, yo lo he disuelto un poco. Aquella mujer espera que al fin un día me vaya. Que él vuelva.

—¿Qué hacías el domingo en la plaza? La plaza es ancha y solitaria —dijo al fin lentamente, intentando recordar y atender a la petición del hombre—. Sí... Tanto sol, pegado al suelo como si naciera de él. El mar, la barriga del mar, callada, jadeante. Los peces en domingo, moviendo rápidamente la cola y, serenos, abriéndose camino. Un navío parado. Domingo. Los marineros paseando por el muelle, por la plaza. Un vestido color rosa apareciendo y desapareciendo en una esquina. Los árboles cristalizados en domingo —el domingo es algo así como los árboles de Navidad—, brillando silenciosos, conteniendo, así, así, la respiración: un hombre pasando con una mujer con vestido nuevo. El hombre quiere no ser nada, anda a su lado mirándola casi de frente, indagando, indagando: diga, mande, pise. Ella no responde, sonríe, puro domingo. Satisfacción, satisfacción. Pura tristeza sin dolor. Tristeza que parece venir de detrás de la mujer del vestido color rosa. Tristeza de domingo en el muelle del puerto, los marineros prestados a la tierra. Esa tristeza leve es la comprobación de vivir. Como no se sabe de qué modo usar ese conocimiento súbito, viene la tristeza.

—Esta vez la historia ha sido distinta —se quejó él después de una pausa.

—Es que estoy contando solo lo que vi, y no lo que veo. No sé repetir, solo sé una vez las cosas —le explicó ella.

—Ha sido diferente, pero todo lo que tú ves es perfecto.

Él llevaba alrededor del cuello una cadenita con una medallita de oro. De un lado santa Teresita, del otro san Cristóbal. Era devoto de ambos:

—Pero no me preocupo mucho de estas cosas de santos. Solo a veces.

Ella le había contado una vez que, de pequeña, podía jugar tardes enteras con una palabra. Él le pidió entonces que inventara palabras nuevas. Nunca ella lo quería tanto como en aquellos momentos.

—Di otra vez qué es Lalande —imploró a Juana.

—Es como lágrimas de ángel. ¿Sabes lo que son lágrimas de ángel? Una especie de narciso pequeño, la brisa más ligera lo mueve a un lado y otro. Lalande es también

mar de madrugada, cuando ninguna mirada ha visto todavía la playa, cuando el sol no ha nacido. Siempre que diga: Lalande, debes sentir la vibración fresca y salada del mar, debes andar a lo largo de la playa aún oscura, lentamente, desnudo. Inmediatamente sentirás Lalande... Puedes creerme, soy una de las personas que mejor conocen el mar.

Había momentos en que él no sabía si vivía o si estaba muerto, si todo lo que tenía era poco o demasiado. Cuando ella hablaba, inventaba, ¡loca, loca! La plenitud lo llenaba como un vacío y su angustia era la de la limpidez del amplio espacio sobre las aguas. ¿Por qué se quedaba sorprendido ante ella, estupefacto como una pared blanca bajo la luna? O tal vez iba a despertar de repente, gritar: ¿quién es ésta? ¡Está de más en mi vida!, no puedo... quiero volver... Pero él ya no podría más —sentía súbitamente y se asustaba, perdido—.

—Querido —dijo ella interrumpiendo los pensamientos del hombre.

—Sí, sí... —Él escondió el rostro en aquel hombro suave y ella sintió su respiración recorriéndola de ida y vuelta, de ida y vuelta.

Los dos eran dos niños. ¿Qué importa?, pensaba ella. Él se movió, ajustó la cabeza a su carne como... como una ameba, un protozario buscando ciegamente el núcleo, el centro vivo. O como un niño. Allá fuera el mundo se deslizaba, y el día, el día, después la noche, después el día. Alguna vez tendría que marcharse, que separarse de nuevo. Él también. ¿De ella? Sí. Pronto le resultaría pesada con su exceso de milagro. Como las otras personas, inexplicablemente avergonzado de sí mismo, ansiaría irse de una vez. Pero una venganza: él no se liberaría enteramente. Terminaría maravillado consigo mismo, comprometiéndose, lleno de una responsabilidad indefinida y angustiosa. Juana sonrió. Él acabaría por odiarla, como si ella le exigiera algo. Como su tía, su tío, que pese a todo la respetaban, presintiendo que ella no amaba sus placeres. Confusamente la suponían superior y la despreciaban. Oh, Dios, de nuevo estaba recordando, contándose a sí misma su historia, justificándose... Podría preguntarle al hombre: ¿yo soy así? ¿Pero qué sabía él? Hundía el rostro en su hombro, se escondía, posiblemente feliz en aquel instante. Sacudirlo, contarle: Juana era así, hombre. Y se hizo mujer así y envejeció. Se creía muy poderosa y se sentía desgraciada. Tan poderosa que imaginaba que había elegido los caminos antes de entrar en ellos —y solo con el pensamiento—. Tan desgraciada que, creyéndose poderosa, no sabía qué hacer de su poder y veía cada minuto perdido porque no lo había orientado a un fin. Así creció Juana, hombre, fina como un pino, muy valerosa también. Su valor se había desarrollado dentro del cuarto y con la luz apagada se formaban mundos luminosos sin miedo y sin pudor. Aprendió desde muy pronto a pensar y, como no vio de cerca a ningún ser humano más que a sí misma, se deslumbró, sufrió, vivió un orgullo doloroso, a veces leve pero casi siempre difícil de soportar. ¿Cómo terminar la historia de Juana? Si pudiera coser y añadir la mirada que había sorprendido en Lidia: nadie te amaré... Sí, terminar así: a pesar de ser una de esas criaturas libres y solas en el mundo, nadie pensó en darle nada a Juana. No

amor. Le entregaban siempre cualquier otro sentimiento. Vivió su vida, ávida como una virgen —eso para la tumba—. Se hizo muchas preguntas, pero nunca pudo responderse: se detenía para sentir. ¿Cómo nació un triángulo?, ¿antes en forma de idea?, ¿o vino esta después de ejecutada la forma?, ¿nacería fatalmente el triángulo?, las cosas eran ricas. Desearía parar el tiempo en la pregunta. Pero el amor la invadía. Triángulo, círculo, líneas rectas... armónico y misterioso como un arpegio. ¿Dónde se guarda la música cuando no suena?, se preguntaba. Y, rendida, contestaba: que hagan un arpa de mis nervios cuando muera.

El fin de la lucidez de Juana se mezcló con el navío escorado sobre las olas moviéndose. Bastaba mover la cabeza para que las olas la acompañaran. Pero ella había tenido algo, lo había tenido. Un marido, senos, un amante, una casa, libros, cabellos cortados, una tía, un profesor. Tía, óigame, conocí a Juana, de quien le hablo ahora. Era una mujer débil frente a las cosas. Todo le parecía a veces demasiado preciso, imposible de ser tocado. Y, a veces, lo que usaban como aire de respirar era peso de muerte para ella. Vea si comprende a mi heroína, tía, escuche. Es voluble y audaz. No ama, no es amada. Usted acabaría notándolo como Lidia, otra mujer —una joven llena de su propio destino—, lo observó. Sin embargo, lo que hay dentro de Juana es algo más fuerte que el amor que se da y lo que hay dentro de ella exige más que el amor que se recibe. ¿Comprende, tía? No diría que es una heroína, como prometí a papá. Pues en ella había un miedo enorme. Un miedo anterior a cualquier juicio y comprensión. Se me ha ocurrido ahora eso: quién sabe, tal vez la creencia en la supervivencia futura venga de darse cuenta de que la vida siempre nos deja intactos. ¿Comprende, tía? —olvide la interrupción de la vida futura—, ¿comprende? Veo tus ojos abiertos, mirándome con miedo, con desconfianza, pero queriendo a pesar de eso, con tu feminidad de vieja, ahora muerta, es verdad, ahora muerta, que yo te gustara, pasando por encima de mi aspereza. ¡Pobre!, la mayor revuelta que sentí en ti, aparte de las que yo provocaba, puede ser resumida en aquella frase casi diaria que aún oigo, mezclada con tu olor, que no puedo olvidar: «¡No puedes salir así a la calle, con esa ropa!». ¿Qué más puedo contarte? Tengo el pelo corto, castaño, a veces llevo flequillo. Moriré un día. Nací también. Estaba el cuarto con los dos. Él era guapo. El cuarto rodaba un poco. Se volvía transparente y tibio un velo un velo que se acercaba viniendo. Ellos tres formaban una pareja, ¿a quién contarle esto? Podría adormecerse porque el hombre nunca dormía y vigilaría como la lluvia que cae. Octavio también era hermoso, ojos. Ese era un chiquillo una ameba flores blancura tibieza como el sueño mientras es tiempo aún mientras hay vida aunque más tarde... Todo como la tierra una chiquilla Lidia una chiquilla Octavio tierra De profundis...

La víbora

Que atravieso suavemente algo...

Octavio leía mientras el reloj estallaba los segundos y rompía el silencio de la noche con once campanadas.

Que atravieso suavemente algo... Es la impresión. La levedad va viniendo no sé de dónde. Cortinas se inclinan sobre las propias cinturas lánguidamente. Pero también la marcha negra, parada, dos ojos mirando fijamente y sin poder decir nada. Dios se posa en un árbol piando y líneas rectas se dirigen inacabadas, horizontales y frías. Es la impresión... Los momentos van goteando maduros y apenas cae uno se alza otro, levemente, el rostro pálido y pequeño. De repente, también los momentos se acaban. El sin-tiempo fluye por mis paredes, tortuoso y ciego. Al cabo de poco tiempo se acumula en un lago oscuro y quieto y yo grito: ¡he vivido!

La noche acallaba las cosas allá afuera, algún sapo croaba a intervalos. Cada arbusto era un bulto inmóvil y recogido.

Lejos brillaban y temblaban lucecitas rojas, ojos insomnes. En la oscuridad como de agua.

Los girasoles altos y finos aclaraban el jardín en pausas.

¿Qué pensar en aquel instante? Ella estaba tan pura y libre que podría escoger y no sabía. Miraba alguna cosa, pero no conseguiría decirla o pensarla siquiera, tan diluida se hallaba la imagen en la oscuridad de su cuerpo. La sentía solo y miraba expectante por la ventana como si mirara su propio rostro en la noche. ¿Sería eso lo máximo que lograría? Acercarse, acercarse, casi tocar, pero sentir tras sí la ola aspirándola en reflujo firme y suave, sorbiéndola, dejándole después la fantasmal e impalpable remembranza de una alucinación... Incluso en aquel momento, sintiendo la noche y sus propios pensamientos indistintos, ella permanecía aún separada de ellos, siempre un pequeño bloque cerrado, asistiendo, asistiendo. La lucecita brillando silenciosamente, apartada, solitaria, inconquistada. Jamás se entregaba.

Miró a su alrededor, la sala jadeando levemente, débilmente iluminada como en un vértigo. Alzó ligeramente la cabeza, escrutó el espacio y tenía consciencia del resto de la casa que se perdía en la oscuridad, los objetos serios y vagos flotando por los rincones. Tendría que andar a tientas apenas atravesara la puerta. Y, sobre todo, si fuese una niña, en la casa de la tía, despertando de noche, con la boca seca, yendo a buscar agua. Sabiendo a las personas aisladas cada una dentro de su sueño intraspasable y secreto. Sobre todo si fuese aquella niña y como aquella noche o aquellas noches, al atravesar la cocina sorprendiera la luz de la luna parada en el patio como en un cementerio, aquel viento libre e indeciso... Sobre todo si fuese la niña amedrentada tropezaría en la oscuridad contra objetos imprecisos y a cada golpe se condensarían súbitamente en sillas y mesas, en barreras, con los ojos abiertos, fríos, inapelables. Pero también aprisionados. Después del golpe, el dolor, la luna desnudando la terraza de cemento, la sed subiendo por el cuerpo como un recuerdo.

La quietud profunda en la casa, los tejados vecinos inmóviles y lívidos...

De nuevo Juana intentó volver a la sala, a la presencia de Octavio. Estaba liberada de las cosas, de sus propias cosas, por ella misma creadas y vivas. Que la dejaran en el desierto, en la soledad de los glaciares, en cualquier punto de la tierra y conservaría las mismas manos blancas y caídas, el mismo desapego casi sereno. Coger un fardo de ropa, irse, lentamente. No huir, pero ir. Eso, tan dulce: no huir, ir... O gritar alto, alto y recto e infinito, con los ojos cerrados, tranquilos. Andar hasta encontrar las lucecitas rojas. Tan trémulas como en un comienzo o en un fin. También ella estaba muriendo, ¿o naciendo? No, no ir, quedarse prendida en el instante como una mirada absorta se prende en el vacío, quieta, fija en el aire...

La trepidación de un tranvía lejano la atravesó como en un túnel. Un tren nocturno en un túnel. Adiós. No, quien viaja por la noche solo mira por la ventana y no dice adiós. Nadie sabe dónde están las chozas, los cuerpos sucios son oscuros y no precisan luz.

—Octavio —dijo porque estaba perdida.

La voz de Juana rasgó el cuarto inexpresiva, leve, directa. Él alzó la vista:

—¿Qué? —preguntó. Y su voz estaba llena de sangre y de carne, reunió la sala en la sala, indicó y definió las cosas. Un soplo reavivando las llamas. En la plaza vacía había entrado la multitud.

Se debatió un momento, tembló, despertó. Todo centelleaba bajo la lámpara, tranquilo y alegre como en un hogar. Dentro de la penumbra de su cuerpo, la inutilidad de la espera la atravesó sonámbula como un pájaro en la noche.

—Octavio —repitió.

Él esperaba. Entonces, de nuevo consciente de la sala, del hombre y de sí misma, sus propias llamas crecieron un poco, ella supo que debería proseguir lógicamente, que el hombre esperaba una continuación. Buscó un aviso, una petición, una palabra cierta:

—Tengo la impresión de que solo viniste para darme un hijo —dijo y solo ahora había tenido la oportunidad de cumplir la promesa hecha a Lidia. Incluso continuar queriendo un hijo sería ligarse al futuro.

—Octavio la miró un instante, asustado, sin ternura:

—Pero —murmuró él después de un tiempo, y su voz era vacilante, tímida y ronca—, pero ¿no te parece que todo ha terminado casi entre nosotros? Y casi desde el principio... —arriesgó.

—Solo terminará cuando tenga un hijo —repitió ella, vagamente obstinada.

Octavio abrió los ojos hacia ella, el rostro pálido y súbitamente cansado sobre la lámpara de la mesa, donde el libro yacía abierto.

—Tal vez un poco forzada la idea, ¿no? —preguntó con ironía.

Ella no la notó:

—Lo que hubo entre nosotros por sí solo no basta. Si aún no te lo he dado todo, tal vez me busques un día y yo sienta tu falta. Mientras que, después de un hijo, nada

nos quedará sino la separación.

—¿Y el hijo? —indagó él—. ¿Cuál va a ser el papel del pobre en todo este sabio acomodo?

—¡Oh, él vivirá! —respondió.

—¿Solo eso? —siguió él con sarcasmo.

—¿Qué se puede hacer aparte de eso? —ella lanzó la pregunta al aire, levemente, sin esperar respuesta.

Octavio, creyéndola a la espera, a pesar de la timidez y de la rabia en obedecerle, concluyó vacilante:

—Ser feliz, por ejemplo.

Juana alzó los ojos y le espió de lejos con sorpresa y cierta alegría —¿por qué?, se preguntó Octavio asustado—. Se ruborizó como si hubiera dicho una gracia ridícula. Ella lo vio rabioso y encogido en el fondo de la silla, ofendido y aplastado como si le hubieran escupido en la cara. Inmóvil, se inclinó no obstante hacia él, llena de piedad y, más que de piedad —apretó los labios, confusa—, de un amor lleno de lágrimas. Cerró los ojos por un instante, intentando no verlo, no quererlo más. En el fondo, aún podría unirse a Octavio, y él ni siquiera imaginaba hasta qué punto. Bastaría tal vez con hablarle sobre sus propios miedos, por ejemplo, resumiendo en palabras aquella sensación de vergüenza y timidez cuando llamaba al camarero en voz alta, todos oían y solo él no escuchaba. Ella se echó a reír. A Octavio le gustaría saberlo. También se uniría a él resumiéndole sus ganas de huir cuando se veía entre hombres y mujeres risueños y ella misma no sabía cómo colocarse entre ellos y probar su cuerpo. O tal vez estuviera equivocada y la confesión no los acercase. Del mismo modo que, de pequeña, imaginaba que, si pudiera contarle a alguien el «misterio del diccionario», se vincularía para siempre a ese alguien... Así: después de la i era inútil buscar la i... Hasta la ele las letras eran camaradas, dispersas como alubias sobre la mesa de la cocina. Pero después de la ele, se precipitaban serias, compactas y nunca se podría hallar, por ejemplo, una letra fácil como la a entre ellas. Sonrió, abrió los ojos poco a poco y, ahora tranquila, debilitada, ya podía mirarlo cara a cara fríamente.

—Sabes muy bien que no se trata de eso. Oh, Octavio, Octavio... —murmuró después de un instante, las llamas súbitamente reavivadas—, ¿qué nos pasa en realidad?, ¿qué es lo que nos pasa?

La voz de Octavio era áspera y rápida cuando respondió:

—Siempre me dejaste solo.

—No... —se asustó ella—. Es que todo lo que tengo no se puede dar. Ni tomar. Yo misma puedo morir de sed ante mí. La soledad está mezclada en mi esencia...

—No —repitió él, obstinado, los ojos turbios—. Tú siempre me dejaste solo porque quisiste, porque quisiste.

—No tengo la culpa —gritó Juana—. Créeme... Está grabado en mí que la soledad viene de que cada cuerpo tiene irremediablemente su propio fin, está grabado en mí que el amor cesa en la muerte... Mi presencia siempre fue esa señal...

—Cuando me acerqué —dijo él sardónico— pensé que ibas a enseñarme algo más que eso. Necesitaba —prosiguió más bajo— aquello que había adivinado en ti y que tú siempre me negaste.

—No, no... —habló ella frágilmente—. Créeme, Octavio, mis conocimientos más verdaderos atravesaron mi piel, me vinieron casi a traición... Todo lo que sé no lo aprendí nunca y nunca lo podría enseñar...

Se quedaron un momento silenciosos. En un rápido momento Juana se vio sentada junto a su padre, con un lazo en el cabello, en una sala de espera. El padre despeinado, un poco sucio, sudado, con un aire alegre. Ella sentía el lazo por encima de todas las cosas. Había estado jugando descalza en la tierra y se había calzado los zapatos apresuradamente sin lavarse los pies y ahora rechinaban ásperos en su cuero. ¿Cómo podía su padre mostrarse tan despreocupado, cómo no se daba cuenta de que los dos eran los más miserables, que nadie los miraba siquiera? Pero ella quería demostrar a todos que seguiría así, que su padre era de ella, que lo protegería, que jamás se lavaría los pies. Se vio sentada junto a su padre y no sabía lo que había sucedido un instante antes de la cena y un instante después. Solo una sombra y ella se replegó sobre sí oyendo la música de la confusión murmurando en sus profundidades, impalpable, ciega.

—Sin embargo —prosiguió Octavio—, tú misma lo has dicho: hay un instante en la alegría de poder que rebasa el miedo a la muerte. Dos personas que viven juntas —continuó más bajo— buscan tal vez alcanzar ese instante. Tú no quisiste.

Ella no respondió. Cuando ella no le respondía, él se asustaba, volvía a la niñez, a las personas enfadadas y él obligado a prometer, a agradar, lleno de remordimientos. Recordó una antigua culpa en relación con Juana y procuró librarse de ella inmediatamente para que nunca más le pesara. E incluso sabiendo que iba a hablar fuera de propósito, no pudo contenerse:

—Tienes razón, Juana: todo lo que nos llega es materia en bruto, pero no existe nada que escape a la transfiguración —comenzó, e inmediatamente su rostro se cubrió de vergüenza ante las cejas erguidas de Juana. Se forzó a continuar—. ¿No recuerdas que un día me dijiste: «el dolor de hoy será mañana tu alegría; nada existe que escape a la transfiguración»? ¿No lo recuerdas? Tal vez no haya sido exactamente así...

—Lo recuerdo.

—Bien... En aquel momento no me parecieron sencillas tus palabras. Hasta me enfadé, supongo...

—Sí... —dijo Juana—. Me dijiste que si tuvieras dolor de hígado yo vendría a poner a tus pies la misma magnificencia inútil.

—Sí. Sí. Fue eso exactamente —dijo Octavio deprisa, asustado—. Y tú ni te intimidaste, me pareció. Pero... mira, creo que no te lo conté: después comprendí que no había riqueza superflua en lo que habías dicho... Creo que jamás te confesé esto, ¿o sí? Mira, hasta supongo que en esa frase está la verdad. Nada existe que escape a

la transfiguración... —Se ruborizó—. Tal vez el secreto esté ahí, tal vez sea eso lo que adiviné en ti... Hay ciertas presencias que permiten la transfiguración.

Como ella continuara callada, él se animó de nuevo.

—Tú prometes demasiado... Todas las posibilidades que ofreces a las personas, dentro de ellas mismas, con una mirada... no sé.

Y del mismo modo que ella no se había mostrado altiva o disminuida cuando él ironizó por primera vez sobre la magnificencia inútil, ahora no se regocijaba con la humildad de Octavio. Él la miró. De nuevo no había sabido entrar en contacto con aquella mujer. De nuevo ella lo vencía.

Había silencio en la sala, y la luz y el vacío reposaban sobre las teclas blancas del piano abierto. Algo estaba muerto, lentamente, verdaderamente. Sería vano restaurar la alegría de vivir aquel instante.

—¿Qué viene ahora? —murmuró Octavio y esta vez él sucumbió en el fondo de las cosas, había sido arrastrado a la verdad de Juana.

—No sé —dijo.

Octavio la escrutó. ¿En qué meditaba ella, tan distante? Parecía flotar en el centro de algo móvil, el cuerpo vacilante, sin apoyo, casi inexistente. Como cuando se ponía a contar hechos pasados y él adivinaba que mentía. La cabeza de Juana vagaba entonces leve, inclinaba suavemente la frente, la alzaba, balbuceaba, había un núcleo sólido y astuto al principio, pero después todo era fluido e inocente. La inspiración guiaba sus movimientos. Y Octavio la miraba, olvidado de sí. La angustia terminaba oprimiendo su corazón, porque si él quisiera tocarla no podría, había un círculo imposible de atravesar, impalpable, alrededor de aquella criatura, aislándola. La amargura se apoderaba entonces de él, porque no la sentía como mujer y su cualidad de hombre se volvía inútil y él no podía ser sino un hombre. En el jardín de la prima Isabel crecían antaño rosas blancas. Él las miraba muchas veces perplejo, sin saber de qué modo cogerlas, porque ante ellas su único poder, el de niño, era vano. Las acercaba al rostro, a los labios, las aspiraba. Ellas continuaban temblando delicadamente lozanas. Si al menos hubieran tenido grandes pétalos —solía pensar—, si al menos fueran duras... si al menos al caer se aplastaran en el suelo con un ruido seco... Sintiendo que lo penetraba la gracia creciente de las flores, como la de Juana, como la de Juana cuando mentía, él era presa de una furia impotente: las aplastaba con las manos, las masticaba, las destruía.

Mirándola ahora, sin saber definir aquel rostro, quiso reconstruir la antigua sensación, volver al jardín de la prima Isabel.

Pero en vez de cualquier otro pensamiento, súbitamente comprendió que Juana se iría. Sí, él continuaría, estaba Lidia, el hijo, él mismo. Ella se iría, lo sabía... Pero qué importaba, no necesitaba a Juana. No, «no la necesitaba», pero «no podía». Y, de repente, no entendió siquiera cómo había vivido a su lado tanto tiempo, y le parecía que después de su partida simplemente tendría que unir el presente a aquel pasado lejano, de la casa de la prima Isabel, de Lidia-novia, de los proyectos de un libro

serio, de sus propias torturas frágiles, dulces y repugnantes como un vicio, a aquel pasado solo interrumpido por Juana. Sería bueno librarse de ella, hacer el plan del libro de derecho civil. Ya se veía caminando entre sus cosas con intimidad.

Pero se vio también, con extraña y cómica claridad, a sí mismo en una tarde quizá, sintiendo en el pecho un dolor agudo, entrecerrando los ojos, sabiendo sus manos vacías sin mirarlas. La indefinible sensación de pérdida cuando Juana lo dejara... Surgiría en él, no en su cabeza como un recuerdo común, sino en el centro de su cuerpo, vaga y lúcida, interrumpiendo su vida como el repique súbito de una campana. Sufriría como si estuviera mintiendo cosas locas, pero como si no pudiera expulsar la alucinación y la aspirara cada vez más como un aire que en el interior del cuerpo pudiera transformarse felizmente en agua. Sentiría el espacio abierto y límpido en su corazón, donde ninguna de las semillas de Juana había podido cubrir el bosque porque ella era imposible de poseer como el pensamiento futuro. Pero ella era suya, sí, profundamente, difusamente como una música oída. ¡Mía, mía, no te vayas!, imploró desde el fondo de su ser.

Pero él no pronunciaría tales palabras porque deseaba que ella se fuera, no sabría qué hacer de Juana si ella se quedara. Volvería a Lidia, encinta y amplia. Al cabo de un momento supo que había elegido la renuncia de lo que era más precioso en su ser, de aquella pequeña porción sufridora que al lado de Juana conseguía vivir. Y, tras un momento de dolor, como si se abandonase a sí mismo, los ojos fulgurando de fatiga, sintió la impotencia de desear algo futuro. Perplejo, asistía al fin a su purificación violenta y extraña, como si entrase lentamente en un mundo inorgánico.

—¿Quieres realmente un hijo? —preguntó, porque, medroso de la soledad en que había avanzado quiso súbitamente vincularse a la vida, apoyarse en Juana hasta poder apoyarse en Lidia, como quien, al atravesar un abismo, se agarra a las piedras pequeñas hasta alcanzar la mayor.

—No sabríamos cómo hacerlo vivir —llegó la voz de Juana.

—Sí, tienes razón... —dijo él asustado. Y deseaba violentamente la presencia de Lidia. Volver, volver para siempre. Comprendió que ésta sería su última noche con Juana, la última, la última...

—No... Quizá yo tenga razón —prosiguió Juana—. Quizá no se piense en nada de eso antes de tener un hijo. Se enciende una lámpara bien fuerte, todo queda claro y seguro, se toma té todas las tardes, se borda, sobre todo una lámpara más clara que esta. Y el hijo vive. Eso es verdad... tanto que no has temido por la vida del hijo de Lidia...

Ni un músculo del rostro de Octavio se movió, sus ojos no pestañearon. Pero todo él se condensó, y su palidez brilló como una vela encendida. Juana continuaba hablando lentamente, pero él no la oyó porque poco a poco, casi sin pensar, la cólera le fue subiendo desde el corazón pesado, le ensordeció los oídos, le nubló los ojos. Lo que..., se debatía en él la rabia torpe y jadeante, así pues ella sabía lo de Lidia, lo del hijo... sabía y se callaba... Me estaba engañando... —la carga asfixiante cada vez

pesaba más en su interior—. Admitía mi infamia serenamente, continuaba durmiendo junto a mí, soportándome... ¿desde cuándo?, ¿por qué?, pero, santo Dios, ¿por qué?

—Infame.

Juana se sobresaltó, alzó la cabeza.

—Miserable.

Su voz apenas se contenía en su garganta acartonada, las venas del cuello y de la cabeza palpitaban gruesas, nudosas, triunfales.

—Fue tu tía quien te llamó víbora, sí. ¡Víbora! ¡Víbora! ¡Víbora!

Ahora él gritaba histérico, sin dominarse. Víbora. Cada grito, apenas se liberaba de su fuente convulsa, vibraba casi alegre en el aire. Ella lo observaba, aporreando la mesa con sus puños, enloquecido, llorando de ira. ¿Cuánto tiempo? Porque Juana tenía consciencia, como de una música lejana, de que todo continuaba existiendo y los gritos no eran flechas aisladas, sino que se fundían en lo existente. Hasta que súbitamente, exhausto y vacío, se sentó en una silla, lentamente. El rostro flácido, los ojos muertos, se puso a mirar fijamente un punto en el suelo.

Se hundieron los dos en un silencio solitario y calmo. Pasaron años quizá. Todo era límpido como una estrella eterna, y ellos permanecían tan quietos que podían sentir el tiempo futuro rodando lúcido dentro de sus cuerpos con la espesura del largo pasado que instante a instante acababan de vivir.

Hasta que la primera claridad del alba empezó a disolver la noche. En el jardín, la oscuridad se desgarraba en un velo y los girasoles temblaban con la brisa naciente. Pero las lucecillas vacilaban aún en el fondo de una distancia como la del mar.

La partida de los hombres

Al día siguiente recibió una tarjeta del hombre, despidiéndose: «Tengo que marcharme por un tiempo, tengo que irme. Me vinieron a buscar, Juana, volveré. Volveré. Espérame. Sabes que no soy nada. Volveré. Ni siquiera llegaría a ver ni a oír sin ti. Si me abandonas, todavía viviré un poco, el tiempo que un pájaro queda en el aire sin mover las alas, después me caeré. Me caeré y moriré, Juana. Si no muero ahora es porque volveré, no puedo decir más, pero puedo ver a través de ti. Dios me ayude y te ayude, única. Volveré. Nunca te hablé tanto, pero no estoy quebrantando la promesa, ¿o quizá sí? Te entiendo tan bien, tan bien. Todo lo que necesites de mí, lo haré. Dios te bendiga. Te mando mi medallita con San Cristóbal y Santa Teresita».

Dobló la carta lentamente. Recordó el rostro del hombre los últimos días, sus ojos húmedos, turbios, de gato enfermo. Y alrededor la piel oscurecida y roja, como un crepúsculo. ¿Adónde habría ido? Desde luego, su vida era confusa. Confusa de hechos. Y, en cierto sentido, él le parecía sin relación con esos hechos. La mujer que lo mantenía, aquella distracción en relación consigo mismo, como de quien no tuvo un comienzo ni espera un fin... ¿Adónde habría ido? Había sufrido mucho los últimos días. Debería haberle hablado, incluso lo intentó, pero después, distraída, egoísta, lo había olvidado.

¿Adónde había ido?, se preguntó, los brazos vacíos. El torbellino giraba, giraba, y ella se encontraba de nuevo en el inicio del camino. Miró la nota donde la letra era fina e indecisa, las frases escritas con cuidado y dificultad. Volvió a ver el rostro del amante y amaba levemente aquellos rasgos claros. Cerró los ojos un instante, sintió de nuevo el olor que venía de los corredores sombríos de aquella casa inexplorada, con solo un aposento revelado, donde había conocido de nuevo el amor. Olor a manzanas viejas, dulces y viejas, que venía de las paredes, de sus profundidades. Volvió a ver la cama estrecha, que había sido sustituida por una ancha y blanda, la timidez alegre con que el hombre había abierto la puerta aquel día y había espiado el rostro de Juana, sorprendiendo su sorpresa. El barquito sobre las olas excesivamente verdes, casi hundido. Se cerraban un poco los párpados, y el barco se movía. Pero todo se había deslizado sobre ella, nada la había poseído... En resumen, solo una pausa, una sola nota, débil y límpida. Ella, que había violentado el alma de aquel hombre, la había llenado de una luz cuyo mal aún no había comprendido él. Ella misma apenas había sido tocada. Una pausa, una nota leve, sin resonancia...

Ahora de nuevo un círculo de vida que se cerraba. Y ella en la casa quieta y silenciosa de Octavio, sintiendo su ausencia en cada lugar donde el día anterior aún existían sus objetos y donde ahora había un vacío ligeramente cubierto de polvo. Era bueno que no lo hubiera visto salir. Era bueno que, en los primeros momentos, al notar dolorosamente su partida, hubiera creído que poseía aún al amante. «¿Al notar la partida de Octavio...?», pensó. Pero ¿por qué mentir? Quien se había ido era ella misma y también Octavio lo sabía.

Se quitó la ropa que se había puesto para ir a ver al hombre. La mujer de labios húmedos y flojos debería de estar sufriendo, sola y vieja en la casa grande. Juana ni sabía el nombre de él... No quería saberlo, le dijo: quiero conocerte por otras fuentes, seguir hacia tu alma a través de otros caminos; nada deseo de tu vida pasada, ni tu nombre, ni tus sueños, ni la historia de tu sufrimiento; el misterio explica más que la claridad. Tampoco indagarás nada de mí; soy Juana, tú eres un cuerpo viviendo, yo soy un cuerpo viviendo, nada más.

Oh loca, loca, tal vez hubiera sufrido entonces, y amado, si supiera su nombre, sus esperanzas y dolores. Verdad es que el silencio entre ellos fue así más perfecto. Pero de qué servía... Solo cuerpos viviendo. No, no, mejor así: cada uno con un cuerpo, empujándolo hacia adelante, queriendo vivir verazmente. Procurando, lleno de codicia, rebasar al otro, pidiendo, lleno de astuta y conmovedora cobardía, existir mejor, mejor. Se interrumpió con el vestido en la mano, atenta, leve. Tomó consciencia de la soledad en que se hallaba, en el centro de una casa vacía. Octavio estaba con Lidia, sintió, forajido junto a aquella mujer encinta, llena de semillas para el mundo.

Se acercó a la ventana, sintió frío en los hombros desnudos. Miró la tierra donde las plantas vivían quietas. El mundo se movía y ella estaba sobre él, de pie. Junto a una ventana, el cielo encima, claro, infinito. Era inútil abrigarse en el dolor de cada caso, rebelarse contra los acontecimientos, porque los hechos eran solo el desgarrón en el vestido, de nuevo la flecha muda indicando el fondo de las cosas, un río que se seca y deja ver el lecho desnudo.

El frescor de la tarde erizó su piel, Juana no consiguió pensar claramente —había algo en el jardín que la dislocaba hacia fuera de su centro, la hacía vacilar...—. Quedó en alarma. Algo intentaba moverse dentro de ella, respondiendo, y por las paredes oscuras de su cuerpo subían ondas leves, frescas, antiguas. Casi asustada, quiso traer aquella sensación a su consciencia, pero era arrastrada cada vez más violentamente más allá de un suave vértigo, por dedos suaves. Como si fuera en la madrugada. Se escrutó, súbitamente atenta como si hubiera avanzado demasiado. ¿De madrugada?

De madrugada. ¿Dónde había estado alguna vez, en qué tierra extraña y milagrosa había estado ya antes para que ahora sintiera su perfume? Hojas secas sobre la tierra húmeda. El corazón se le fue oprimiendo lentamente, se abrió, Juana no respiró durante un instante, esperando... Era de madrugada, sabía que era de madrugada... Retrocediendo como por la mano frágil de una criatura, oyó, sofocado como en un sueño, gallinas arañando la tierra. Una tierra caliente, seca... el reloj latiendo tinden... tin... dlen... el sol lloviendo en pequeñas rosas amarillas y rojas sobre las casas... Dios, ¿qué era aquello sino ella misma?, ¿pero cuándo?, no siempre...

Las ondas rosas se iban oscureciendo, el sueño huía. ¿Qué es lo que he perdido?, ¿qué es lo que he perdido? No era Octavio, ya lejos, no era el amante, el hombre desgraciado nunca había existido. Se le ocurrió que quizá estuviera preso, apartó el

pensamiento impaciente, huyendo, precipitándose... Como si todo participara de la misma locura, oyó súbitamente un gallo próximo lanzando su grito violento y solitario. Pero no es la madrugada, dijo trémula, tocándose la frente fría... ¡El gallo no sabía que iba a morir! ¡El gallo no sabía que iba a morir! Sí, sí: papá, ¿qué estoy haciendo? Ah, había perdido el compás de un minué... Sí... el reloj había hecho tinden, ella se alzó en la punta de los pies y el mundo giró mucho más leve en aquel instante. ¿Había flores en alguna parte?, y un gran deseo de disolverse hasta mezclar sus hilos con los comienzos de las cosas. Formar una sola sustancia, rosada y blanca —respirando mansamente como un vientre que se levanta y baja, se levanta y baja...—. ¿O estaría equivocada y ese sentimiento sería actual? Lo que había en aquel instante lejano ¿era algo verde y vago, la expectativa de continuación, una inocencia impaciente o paciente?, espacio vacío... ¿qué palabra podría expresar que en aquel tiempo algo no se había condensado y vivía más libre? Ojos abiertos vacilando entre hojas amarillas, nubes blancas y, muy abajo, el campo extendido, como envolviendo la tierra. Y ahora... Tal vez hubiera aprendido a hablar, solo eso. Pero las palabras nadaban sobre su mar, indisoluble, duras. Antes era el mar puro. Y solo quedaba del pasado, fluyendo dentro de ella, ligera y trémula, un poco del agua antigua entre guijarros, sombría, fresca bajo los árboles, las hojas muertas y pardas, alfombrando las orillas. Dios, qué dulcemente se hundía en la incompreensión de sí misma. Y cómo podía, mucho más aún, abandonarse al reflujo firme y blando. Y volver. Un día tendría que reunirse consigo misma, sin palabras duras y solitarias... Tendría que fundirse y ser de nuevo el mar brusco fuerte ancho inmóvil ciego vivo. La muerte la ligaría a la infancia.

Pero la verja del portón había sido hecha por hombres; y allí estaba, brillando bajo el sol. La percibió y en el impacto de la súbita percepción era de nuevo una mujer. Se estremeció perdido el sueño. Quiso volver, quiso volver. ¿En qué pensaba? Ah, la muerte la ligaría a la infancia. La muerte la ligaría a la infancia. Pero ahora sus ojos, vueltos hacia fuera, se habían enfriado, ah, ahora la muerte era otra, desde que los hombres hacían la verja del portón y desde que ella era mujer... La muerte... Y de súbito la muerte era solo cese... ¡No!, se gritó asustada, no a la muerte.

Corría ahora ante sí, ya lejos de Octavio y del hombre desaparecido. No morir. Porque... en realidad ¿dónde estaba la muerte dentro de ella? —se preguntó lentamente, con astucia—. Dilató los ojos, sin creer aún en la pregunta tan nueva y llena de deslumbramiento que se había permitido inventar. Fue hasta el espejo, se miró —¡aún viva!—. El cuello claro naciendo de los hombros delicados, ¡aún viva! —buscándose—. ¡No!, ¡oye, oye! ¡No existe el comienzo de la muerte dentro de ti! Y, como había atravesado el propio cuerpo violentamente, en su busca, sintió levantarse en su interior una brisa de salud, toda ella abriéndose para respirar...

No podía, pues, morir, pensó lentamente. Poco a poco, el pensamiento frágil tomó una larga inspiración, creció, se volvió compacto y enterizo como un bloque que se ajustara dentro de sus contornos. No había espacio para otra presencia, para la duda.

El corazón latiendo con fuerza, se escuchó atenta. Rió alto, una risa trémula y gorjeada. No... Pero estaba tan claro... No moriría porque... porque no podía acabar. Eso, eso. Una rápida visión, la de un anciano, tal vez una mujer, una mezcla de fisonomías indistintas en una sola, moviendo la cabeza, negando, envejeciendo. No, les dijo suavemente desde el fondo de la nueva verdad, no... Las fisonomías se esfumaron, porque siempre había sido ella. Porque su cuerpo no había necesitado nunca a nadie, era libre. Porque andaba por las calles. Bebía agua, había abolido a Dios, al mundo, todo. No moriría. Tan fácil. Tendió las manos sin saber qué hacer de ellas desde que sabía. Tal vez acariciarse, besarse, llena de curiosidad y de gratitud reconocerse. Ya sin enredarse en raciocinios, le pareció tan ilógico morir que se detuvo ahora estupefacta, llena de terror. ¿Eterna? Violenta... Reflexiones rapidísimas y brillantes como chispas que se entrecruzaban eléctricamente, fundiéndose más en sensaciones que en pensamientos. Cambiaba sin transición, en saltos leves, de plano a plano, cada vez más altos, claros y tensos. Y de instante en instante caía más profundamente dentro de sí misma, en cavernas de luz lechosa, la respiración vibrante, llena de miedo y felicidad, tal vez como en las caídas cuando uno duerme. La intuición de que eran frágiles aquellos momentos la hacía moverse levemente con miedo de rozarse, de agitar y disolver aquel milagro, el tierno ser de luz y de aire que intentaba vivir dentro de ella.

Nuevamente se acercó a la ventana, respirando cuidadosamente. Sumergida en una alegría tan fina e intensa como el frío del hielo, casi como la percepción de la música. Se quedó con los labios trémulos, serios. Eterna, eterna. Brillantes y confusos se sucedían largas tierras pardas, ríos verdes y centelleantes corriendo con furia y melodía. Líquidos resplandecientes como fuegos derramándose por dentro de su cuerpo transparente desde jarros inmensos... Ella misma creciendo sobre la tierra asfixiada, dividiéndose en millares de partículas vivas, plenas de su pensamiento, de su fuerza, de su inconsciencia... Atravesando la limpidez sin nieblas levemente, andando, volando...

Un pájaro, allá fuera, cruzó sesgando el aire.

Atravesó el aire puro y desapareció en la densidad de un árbol.

El silencio quedó palpitando tras él en pequeños susurros. Cuánto tiempo hacía que lo estaba observando sin darse cuenta.

Ah, moriría.

Sí, moriría. Simplemente, como había volado el pájaro. Incluyó la cabeza hacia un lado, suavemente como una loca mansa: pero es fácil, tan fácil... ni es inteligente... es la muerte que vendrá, que vendrá... ¿Cuántos segundos habían pasado? Uno o dos. O más. El frío. Comprendió que por un milagro se había dado cuenta ahora de aquellos pensamientos, que eran tan profundos que habían discurrido bajo otros, materiales y fáciles, simultáneamente... Mientras había vivido en el sueño, había observado las cosas a su alrededor, las había usado mentalmente, nerviosamente, como quien crispera las manos en la cortina mientras mira el paisaje. Cerró los ojos,

dulcemente serena y cansada, envuelta en largos velos cenicientos. Por un momento aún sintió la amenaza de la incomprensión naciendo del interior lejano del cuerpo como un flujo de sangre. La Eternidad es no ser, la muerte es la inmortalidad — flotaban aún, sueltos, restos de tormenta—. Y ya no sabía con qué relacionarlos, tan cansada.

Ahora la certidumbre de inmortalidad se había desvanecido para siempre. Una vez o dos más en la vida —tal vez una, a la caída de la tarde, en un instante de amor, en el momento de morir—, tendría la sublime inconsciencia creadora, la intuición aguda y ciega de que era realmente inmortal para siempre.

El viaje

Imposible explicarlo. Se iba apartando de aquella zona donde las cosas tienen forma fija y aristas, donde todo tiene un nombre sólido e inmutable. Cada vez ahondaba más en la región líquida, quieta e insondable, donde flotaban nieblas vagas y frescas como las de la madrugada. De la madrugada irguiéndose en el campo. En la hacienda de su tío había despertado en medio de la noche. Las tablas de la casa vieja crujían. Desde allí, en el primer piso, libre en el espacio oscuro, había hundido los ojos en la tierra, buscando las plantas que se retorcían como víboras. Algo parpadeaba en la noche espiando, espiando, los ojos de un perro tendido, vigilante. El silencio latía en la sangre y ella jadeaba con él. Después la madrugada nació sobre los campos, rosada, húmeda. Las plantas eran de nuevo verdes e ingenuas, el tallo tembloroso, sensible al soplo del viento, naciendo de la muerte. Ya ningún perro vigilaba la hacienda, ahora todo era uno, leve, sin consciencia. Había entonces un caballo suelto en la campiña quieta, la movilidad de sus piernas solo se adivinaba. Todo impreciso, pero de súbito en la imprecisión había encontrado una nitidez que ella solo había adivinado y que no pudo poseer enteramente. Perturbada pensó: todo, todo. Las palabras son guijarros rodando en el río. No fue felicidad lo que sintió entonces, sino algo fluido, dulcemente amorfo, instante resplandeciente, instante sombrío. Sombrío como la casa que quedaba en la carretera cubierta de árboles frondosos y de polvo del camino. En ella vivía un viejo descalzo y dos hijos, grandes y bellos reproductores. El más joven tenía ojos, sobre todo ojos, la había besado una vez, uno de los mejores besos que jamás había sentido, y algo se erguía en el fondo de sus ojos cuando ella le tendía la mano. Esa misma mano que ahora reposaba sobre el respaldo de una silla, como un pequeño cuerpecito aparte, saciado, negligente. Cuando era pequeña solía hacerla bailar, como a una mocita tierna. La había hecho bailar incluso para el hombre que había huido o estaba preso, para el amante —y él fascinado y angustiado había acabado por apretarla, besarla como si realmente aquella mano sola fuera una mujer—. Ah, había vivido mucho, la hacienda, el hombre, las esperas. Veranos enteros, cuyas noches transcurrían insomnes, la dejaban pálida, los ojos oscuros. Dentro del insomnio, varios insomnios. Había conocido perfumes. Un olor de verdor húmedo, de verdor iluminado por luces, ¿dónde? Ella había pisado entonces la tierra mojada de los planteles, mientras el guarda estaba distraído. Luces colgando de hilos, balanceándose, así, meditando indiferentes, música de la banda en el kiosko, los negros uniformados y sudados. Los árboles iluminados, el aire frío y artificial de las prostitutas. Y sobre todo había lo que no se puede decir: ojos y boca detrás de la cortina, espiando, ojos de un perro parpadeando a intervalos, un río rodando en silencio y sin saber. También: las plantas creciendo de simientes y muriendo. También: lejos, en alguna parte, un gorrión sobre una rama y alguien durmiendo. Todo disuelto. La hacienda también existía en aquel mismo instante y en aquel mismo instante la aguja del reloj iba avanzando, mientras la

sensación perpleja se veía rebasada por el reloj.

Dentro de sí sintió de nuevo que se acumulaba el tiempo vivido. La sensación era fluctuante como el recuerdo de una casa en la que se ha vivido. No de la casa exactamente, sino de la posición de la casa dentro de uno, en relación con el padre escribiendo a máquina, en relación con el patio del vecino y con el sol del atardecer. Vago, lejano, mudo. Un instante... se acabó. Y no podía saber si después de ese tiempo vivido vendría una continuación o una renovación o nada, como una barrera. Nadie impedía que ella hiciera exactamente lo contrario de cualquiera de las cosas que fuera a hacer: nadie, nada... no estaba obligada a seguir el propio comienzo... ¿Le dolía o le agradaba? Sin embargo sentía que esa extraña libertad que había sido su maldición, que nunca había relacionado ni siquiera consigo misma, esa libertad era lo que iluminaba su materia. Y sabía que de ahí venía su vida y sus momentos de gloria y que de ahí venía la creación de cada instante futuro.

Había sobrevivido como un germen aún húmedo entre las rocas ardientes y secas, pensaba Juana. En aquella tarde ya vieja —un círculo de vida cerrado, trabajo terminado—, en aquella tarde en que había recibido la carta del hombre, había escogido un nuevo camino. No huir, sino ir. Usar el dinero intacto de su padre, la herencia hasta ahora abandonada, y andar, andar, ser humilde, sufrir, derrumbarse por la base, sin esperanzas. Sobre todo sin esperanzas.

Amaba su elección y la serenidad ahora le alisaba el rostro, permitía acceder a su consciencia momentos pasados, muertos. Ser una de aquellas personas sin orgullo y sin pudor que en cualquier instante se abren a extraños. Así antes de la muerte se ligaría a la infancia, a través de la desnudez. Humillarse hasta el fin. ¿Cómo aplastarme lo bastante, cómo abrirme hacia el mundo y hacia la muerte?

El navío oscilaba levemente sobre el mar como sobre mansas manos abiertas. Se inclinó sobre la amurada de la cubierta y sintió la ternura subiendo vagarosamente, envolviéndola en la tristeza.

En cubierta los pasajeros andaban de un lado a otro, soportando con dificultad la espera de la cena, ansiosos por unir el tiempo al tiempo. Alguien dijo con voz lastimera: ¡Miren qué lluvia! Realmente se acercaba la nube cenicienta, ojos cerrados. Poco después se veían gotas anchas cayendo sobre las tablas de cubierta, el ruido de alfileres cayendo, y sobre el agua, perforando imperceptiblemente la superficie. Se enfrió el viento, levantaron las solapas de las chaquetas, las miradas súbitamente inquietas, huyendo de la melancolía como Octavio con su miedo de sufrir. De profundis...

¿De profundis? Algo quería hablar... De profundis... ¡Oírse! Atrapar la oportunidad fugaz que danzaba con los pies ligeros a la orilla del abismo. De profundis. Cerrar las puertas a la consciencia. Al principio percibir agua corrompida, frases tontas, pero después en medio de la confusión el hilo de agua pura temblando sobre la pared áspera. De profundis. Acercarse con cuidado, dejar resbalar las primeras olas. De profundis... Cerró los ojos, pero solo vio penumbra. Cayó más

hondo en sus pensamientos, vio inmóvil una figura flaca orlada de rojo claro, el dibujo con un dedo húmedo de sangre sobre un papel, cuando se había arañado y cuando su padre andaba buscando el yodo. En lo oscuro de las pupilas, los pensamientos alineados en forma geométrica, uno superponiéndose al otro como las celdillas de un panal de miel, algunas vacías, informes, sin lugar para una reflexión. Formas fofas y cenicientas, como un cerebro. Fuera de eso no veía realmente, intentaba imaginar quizá. De profundis. Veo un sueño que tuve: escenario oscuro abandonado, detrás de una escalera. Pero en el momento en que pienso «escenario oscuro» en palabras, el sueño se agota y queda la celdilla vacía. La sensación marchita es solo mental. Hasta que las palabras «escenario oscuro» vivan lo bastante dentro de mí, en mi oscuridad, en mi perfume, a punto de convertirse en visión de penumbra, desgarrada e impalpable, pero detrás de la escalera. Entonces tendré de nuevo una verdad, mi sueño. De profundis. ¿Por qué no viene lo que quiere hablar? Estoy dispuesta. Cerrar los ojos. Llena de flores que se transforman en rosas a medida que el animal se estremece y avanza en dirección al sol del mismo modo que la visión es mucho más rápida que la palabra, escojo el nacimiento del suelo para... Sin sentido. De profundis, después vendrá el hilo de agua pura. Vi la nieve temblar llena de nubes rosadas bajo la función azul de las vísceras cubiertas de moscas al sol, la impresión cenicienta, la luz verde y translúcida y fría que existe detrás de las nubes. Cerrar los ojos y sentir rodar la inspiración como una cascada blanca. De profundis. Dios mío, os espero. Dios, venid a mí. Dios, brotad en mi pecho, no soy nada y la desgracia cae sobre mi cabeza y yo solo sé usar palabras y las palabras son mentirosas y yo sigo sufriendo, al fin el hilo sobre la pared oscura. Dios, venid a mí y no tengo alegría y mi vida es oscura como la noche sin estrellas y Dios ¿por qué no existes dentro de mí?, ¿por qué me hiciste separada de ti? Dios, venid a mí, yo no soy nada, soy menos que el polvo y te espero todos los días y todas las noches, ayudadme, solo tengo una vida y esa vida fluye por mis dedos y se encamina serenamente hacia la muerte y nada puedo hacer y solo asisto a mi agotamiento a cada minuto que pasa, estoy sola en el mundo, quien me quiere no me conoce, quien me conoce me teme y yo soy pequeña y pobre, no sabré que existí dentro de pocos años, lo que me queda por vivir es poco y lo que me queda para vivir mientras tanto seguirá intacto e inútil, ¿por qué no te apiadas de mí?, que no soy nada, dadme lo que preciso. Dios, dadme lo que preciso y no sé lo que es, mi desolación es honda como un pozo y yo no me engaño a mí misma y a la gente, venid a mí en la desgracia y la desgracia es hoy, la desgracia es siempre, beso tus pies y el polvo de tus pies, quiero disolverme en lágrimas, de las profundidades clamo por vos, venid en mi auxilio, que no tengo pecados, desde las profundidades clamo por vos y nada me responde y mi desesperación es seca como las arenas del desierto y mi perplejidad me sofoca, me humilla, Dios, ese orgullo de vivir me amordaza, yo no soy nada, desde las profundidades clamo por vos desde las profundidades clamo por vos, desde las profundidades clamo por vos, desde las profundidades clamo por vos...

Ahora los pensamientos ya se iban solidificando y ella respiraba como un enfermo que hubiera pasado por el gran peligro. Algo aún balbuceaba dentro de ella, pero su cansancio era grande, tranquilizaba su rostro en máscara lisa y de ojos vacíos. Desde las profundidades la entrega final. El fin...

Pero de las profundidades como respuesta, sí como respuesta, avivada por el aire que aún penetraba en su cuerpo, se alzó la llama quemando lúcida y pura... Desde las profundidades sombrías el impulso implacable ardiendo, la vida de nuevo levantándose informe, audaz, miserable. Un sollozo seco como si la hubieran sacudido, alegría brillando en su pecho intensa, insoportable, ¡oh el torbellino! Sobre todo, se aclaraba aquel movimiento constante en el fondo de su ser —ahora crecía y vibraba—. Aquel movimiento de algo vivo intentando libertarse del agua y respirar. También como volar, sí como volar... andar por la playa y recibir el viento en el rostro, el pelo al aire, la gloria sobre la montaña... Alzándose, alzándose, el cuerpo abriéndose al aire, entregándose a la palpitación ciega de la propia sangre, notas cristalinas, tintineantes, centelleando en su alma... No había desencanto ni siquiera ante sus propios misterios, oh, Dios, Dios, Dios, venid a mí, no para salvarme, la salvación estaría en mí, sino para sofocarme con toda tu mano pesada, con el castigo, con la muerte, porque soy impotente y medrosa para dar el pequeño golpe que transformará todo mi cuerpo en ese centro que desea respirar y que se alza, que se alza... el mismo impulso de la marea y del génesis, del génesis, el pequeño toque que en el loco deja vivir solo el pensamiento loco, la llaga luminosa creciendo, oscilando, dominando. Oh, cómo se armonizaba con lo que pensaba y cómo lo que pensaba era grandiosamente, aplastantemente fatal. Solo te quiero, Dios, para que me recojas como a un perro cuando todo sea de nuevo solo sólido y completo, cuando el movimiento de alzar la cabeza de las aguas sea solo un recuerdo y cuando dentro de mí solo haya conocimientos, que se usaron y se usan y por medio de ellos de nuevo se reciben y se dan cosas, oh Dios.

Lo que en ella se había elevado no era el valor, ella era sustancia solo, menos que humana, ¿cómo podría ser héroe y desear vencer las cosas? No era mujer, existía y lo que había dentro de ella eran movimientos alzándose siempre en transición. Tal vez hubiera alguna vez modificado con su fuerza salvaje el aire a su alrededor y nadie lo notaría nunca, tal vez hubiera inventado con su respiración una nueva materia y no lo sabía, solo sentía lo que jamás su pequeña cabeza de mujer podría comprender. Un tropel de cálidos pensamientos brotaban y se arrastraban por su cuerpo asustado y lo que en ellos valía es que encubrían un impulso vital, lo que en ellos valía es que en el instante mismo de su nacimiento había la sustancia ciega y verdadera creándose, alzándose, destacando como una burbuja de aire en la superficie del agua, casi rompiéndola... Notó que aún no se había dormido, pensó que aún tendría que estallar en fuego abierto. Que terminaría de una vez la larga gestación de la infancia y de su dolorosa inmadurez reventaría su propio ser, al fin, al fin libre. No, no, ningún Dios, quiero estar sola. Y un día vendrá, sí, un día vendrá en mí la capacidad tan roja y

afirmativa como clara y suave, un día lo que yo haga será ciegamente, seguramente, inconscientemente, pisando en mí, en mi verdad, tan íntegramente lanzada en lo que haga que seré incapaz de hablar, sobre todo un día vendrá en que todo mi movimiento será creación, nacimiento, quemaré todos los noes que existen dentro de mí, me demostraré a mí misma que nada hay que temer, que todo lo que yo sea será siempre donde haya una mujer con mi principio, alzaré dentro de mí lo que soy un día, a un gesto mío ondas se levantarán poderosas, agua pura sumergiendo la duda, la consciencia, seré fuerte como el alma de un animal y cuando hable serán palabras no pausadas y lentas, no levemente sentidas, no llenas de voluntad de humanidad, no el pasado corroyendo al futuro, lo que yo diga sonará fatal e íntegro, no habrá ningún espacio dentro de mí para que sepa que existe el tiempo, los hombres, las dimensiones, no habrá ningún espacio dentro de mí para notar siquiera que estaré creando instante por instante, no instante por instante: siempre fundido, porque entonces viviré, solo entonces viviré más que en la infancia, seré brutal y mal hecha como una piedra, seré leve y vaga como lo que se siente y no se entiende, me rebasaré en ondas, ah, Dios, y que todo venga y caiga sobre mí, hasta la incomprensión de mí misma en ciertos momentos blancos porque basta cumplirme y entonces nada impedirá mi camino hasta la muerte-sin-miedo, de cualquier lucha o descanso me levantaré fuerte y bella como un caballo joven.



Clarice Lispector (Tchetchelnik, Ucrania, 1920-Río de Janeiro, 1977) sorprendió a la intelectualidad brasileña con este primer libro, *Cerca del corazón salvaje*, por el que recibió el premio de la Fundación Graça Aranha 1945. Hoy es una de las más singulares representantes de las letras brasileñas, a cuya renovación contribuyó con títulos tan significativos como *La hora de la estrella*, *Aprendizaje o el libro de los placeres* o su obra póstuma *Un soplo de vida*.